



PASSPORT

NORTH ATLANTIC OCEAN

LUZ
GUILLÉN

NO
IMPORTA
DÓNDE

zafiro

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Carmen está desencantada con el amor. Debido a su trabajo como abogada especializada en divorcios, es una escéptica incorregible por lo que a relaciones sentimentales se refiere.

Para huir de la solitaria vida en que se ha sumido desde que sus tres amigas se han comprometido con los hombres de sus vidas, decide irse a vivir una aventura, eso sí, «controlada».

Sin embargo, el viaje no resulta ser tan «controlado» como imaginaba, sobre todo porque Mourad, el guía de la expedición, consigue colarse en su corazón sin que ella se dé cuenta.

A la luz de la luna, en el desierto argelino, el deseo y la aventura se conjuran para derribar las defensas más firmes.

¿Podrá vencer la distancia y sus reticencias la pasión que ha nacido entre ellos?

NO IMPORTA DÓNDE

Luz Guillén

zafiro 

A mis amigas, a aquellas que llevan conmigo desde que mi memoria alcanza y a aquellas que se han ido sumando a mi vida a lo largo del camino. A las que siguen estando... y a las que las circunstancias apartaron de mí. A todas, gracias por formar parte de mi historia y por haber inspirado esta serie de relatos.

Capítulo 1

—Traes cara de cansada.

—Joder, no me extraña —convino, de mal humor, abandonando de cualquier manera el maletín sobre su escritorio—. Menuda reunión de mierda.

—¿Negociaciones duras, Carmen?

Sara, su becaria postadolescente con más buena intención que saber hacer, pululaba a su alrededor recogiendo las prendas que ella iba soltando a su paso. Mientras, la recién llegada seguía despoticando por lo bajo, farfullando para sí en un lenguaje extraño que sólo ella era capaz de comprender, hasta que decidió compartir su cabreo con la administrativa.

—¿Duras? Bah, eso es un eufemismo de «cabronada elevada a la enésima potencia». —Movi6 las manos, crispadas, frente a la chica, como si pudiera agarrar a alguien con ellas y estrujarlo—. El abogado de la parte contraria era un prepotente engreído, además de mis6gino; el marido, un *gi-li-po-llas*, con todas las letras —respir6 un par de veces, tratando de calmarse—, y, para rematar la faena, cuando ya lo tenía todo más o menos ligado y enfocado de una forma muy favorable a nuestros intereses, va la tontaina de la esposa, nuestra clienta, y se pone a llorar, arrepentida por quitarle su «tan estimado» yate, y le dice que lo perdona. ¿Te lo puedes creer?

Sara seguía el discurso con atención, pero sin entender a qué venía tanto alboroto. Carmen, después de cuatro años ejerciendo de abogada de familia, debería de estar acostumbrada a ese tipo de enfrentamientos; no obstante, asintió con la cabeza.

—¿Te lo imaginas? ¿Puedes comprender que una mujer a la que le han puesto los cuernos día sí y día también acepte perdonar al malnacido que se los pone?

—preguntó, perpleja y enfurecida—. Con esa declaración, mi clienta ha perdido «puntos» que a mí me había costado lo indecible conseguir.

—No, yo... no puedo creerlo. Claro... claro que es una mala estrategia para el divorcio —aceptó Sara, con cara de circunstancias.

—A veces no entiendo a nuestras congéneres. —Giró sobre sus talones y se sentó frente a su mesa—. Las mujeres siempre estamos hablando de igualdad, de derechos y esas cosas y, a las primeras de cambio, cedemos, tal como hacían nuestras madres.

—Ya..., supongo que tienes razón.

—La tengo, sin duda —afirmó categóricamente. Cogió su maletín, sacó el portátil del interior, lo puso frente a ella y lo abrió—. Bueno, ahora me toca volver a renegociar los términos de ese maldito divorcio.

—¿Necesitas algo?

—De momento, tiempo para trabajar —dijo centrándose en la pantalla. Un segundo después, levantó los ojos para fijarlos en su sucedáneo de secretaria—, aunque un café estaría bien.

—Enseguida, Carmen. —Y, previniendo que le pudiera pedir algo más, salió del despacho procurando no hacer ruido.

Dos horas y tres cafés más tarde, Carmen cerró el ordenador. Se desperezó y reprimió un bostezo. Era tarde, estaba agotada y tenía ganas de llegar a su piso, darse una ducha de una hora, por lo menos, y descansar. Por su cabeza no pasó ni por un segundo la idea de cenar, entre otras cosas porque no había tenido tiempo de hacer la compra y en su nevera a duras penas quedaba una zanahoria arrugada y un tomate con mala pinta.

Salió de la desierta oficina —Sara y Ricardo ya se habían ido un buen rato antes— y se dirigió al garaje del edificio en busca de su coche.

Esa tarde, para mayor fastidio, el tráfico en Barcelona estaba imposible y le costó más de lo debido llegar a su hogar. Para cuando lo hizo, su ya de por sí agrio humor había empeorado lo indecible. Subió por la escalera, pues desde hacía un tiempo era el único ejercicio que tenía tiempo de hacer, y entró en su solitaria morada. En ese momento, con las luces todavía apagadas y el silencio inundándolo todo, volvió a sentir una soledad desoladora, tal y como llevaba

ocurriéndole en los últimos meses. En la intimidad de su casa no servía de nada fingir. Estaba sola y se sentía sola, muy sola. Un tiempo atrás contaba con la posibilidad de llamar a cualquiera de sus chicas, comentarles su mal día y sentirse reconfortada escuchando sus amistosas voces..., pero ya no podía reclamar su atención, ni siquiera por teléfono. No quería *molestar* a ninguna de las tres. Dani, además de trabajar en la agencia de seguros, estaba liada ayudando a Bruno, su novio, en la confección de un nuevo libro de fotografía. El tiempo libre que le quedaba era para dedicárselo a su *amor*, no a apaciguar los ánimos de su amiga cascarrabias. A Merche, en Dublín, y a María, en Glasgow, tampoco podía llamarlas para contarles sus penas. Estaban lejos y muy entregadas a sus *hombres*.

Echaba de menos aquellos tiempos pasados en los que se juntaban las cuatro para salir, ya fuera para ir de *pescas*, a bailar o simplemente a tomar una copa para dedicarse a chismorrear de todo y de nada a la vez. ¡Había que joderse! La habían abandonado, la habían traicionado, habían desertado... La habían dejado sola.

Aunque, si quería ser honesta consigo misma y hacer honor a la verdad, debía reconocer que eso no era totalmente cierto. Si quería hablar con ellas, no tenía más que marcar su número o poner un mensaje en el grupo de WhatsApp que tenían conjunto y estarían allí para ella, lo sabía. Sin embargo, no quería demostrarles lo mal que se sentía, lo mucho que las añoraba y la envidia que la invadía siempre que hablaban y salía en la conversación lo felices que eran las tres. Era ruin no alegrarse por ellas, y por eso Carmen, en realidad, estaba contenta de que hubieran encontrado a sus príncipes azules. A pesar de ello, por su experiencia en parejas, no creía que aquella felicidad que vivían sus amigas se prolongase mucho en el tiempo y le dolía haber quedado relegada a un segundo plano en sus vidas por algo que, a buen seguro, no les iba a durar. ¿Era egoísta por su parte pensar así? Posiblemente. Las dejaría disfrutar del tiempo que tuvieran con sus chicos y luego, cuando la burbuja de amor explotara, recogería lo que quedara de ellas con un «os lo dije».

Aunque... ¿y si ellas tenían razón?, ¿y si sus historias románticas acababan con un «felices para siempre»? Ella continuaría sola y amargada..., pero no,

Carmen sabía que las historias de amor duran una temporada y luego se acaban de manera poco armoniosa. Vivía del fracaso de las parejas que se prometían la eternidad y que, después de un período, a veces largo y, otras, muy breve, se tiraban los trastos a la cabeza.

Sacudiéndose de encima esos lúgubres pensamientos, hizo lo que estaba deseando hacer desde hacía rato: se dio una larga ducha. Al salir de debajo del agua, abrió la nevera, más por costumbre que por otra cosa, y, al encontrarla pelada, la cerró y se preparó unos cereales con leche. No tenía hambre, el agotamiento del día se la había quitado, pero era consciente de que debía ingerir algo si quería rendir al día siguiente. Los casos de divorcio se amontonaban en su mesa. Estaba deseando acabar con el de la mujer llorona para meterle mano al siguiente de la larga lista.

* * *

—Buenos días, Carmen. —Su compañero y socio en el bufete mantenía la puerta de la oficina abierta para ella—. Veo que continúas sin tiempo para ir al gimnasio.

—¿Cómo lo sabes?

—Sigues subiendo la escalera en vez de coger el ascensor —señaló lo obvio, encogiendo un hombro al decirlo.

—Pues sí. Estoy atrapada bajo una montaña de trabajo que no me permite hacer nada aparte de escalar por ella.

—Sí, ya lo veo. —Meneó la cabeza mientras se dirigía a la puerta que daba a su despacho. Antes de entrar, la miró por encima del hombro—. Por cierto, haz el favor de no acabar tan tarde. Ayer me fui y todavía estabas enfrascada en tu caso. Tienes que relativizar. Es sólo trabajo.

—Vale, lo que tú digas —contestó con ironía.

Ricardo negaba con la cabeza cuando entró en su cubículo. Ella miró la puerta cerrada por la que había desaparecido su colega y también negó en silencio. ¿Qué sabía él? El derecho mercantil era bastante más relajado que el de familia. Ni el negocio más complicado se podía comparar con una separación,

sobre todo si había dinero o niños de por medio; en ese caso, la guerra estaba servida.

Parte de aquel día lo dedicó a redactar un nuevo preacuerdo, en el que le concedía a la parte contraria la embarcación con la que estaba encaprichada; a cambio, su clienta se quedaba enteramente con el bungalow que el matrimonio había comprado en La Molina y cuya propiedad, en el trato anterior, iba a quedar dividida entre ambos cónyuges. Estaba convencida de que la esposa salía ganando con el trueque, que es lo que quería como abogada, especialmente porque ella se llevaría una buena comisión al final del proceso de divorcio.

Si podía elegir, prefería mil veces las separaciones en las que no había implicados niños, pues, si los había, éstas resultaban dolorosas para los padres y para los menores, y a ella le acababan afectando, así que el resto de la jornada lo dedicó a repasar los términos de otro divorcio sin críos, que podía resultar ventajoso para ella, además de a pelearse con Sara por no haber transcrito sus apuntes correctamente, y cuya consecuencia fue un disgusto para la secretaria y un mal humor de campeonato para ella.

Otro día de trabajo duro, escalando en su profesión, creándose una fama bien merecida de mujer fría... y otra noche de soledad y de cena frugal.

* * *

El divorcio de su clienta estaba listo para la firma. Había conseguido que la llorona no se dejara conmover de nuevo y que el trato con el abogado que representaba al marido no se convirtiera en un baño de sangre. Todo un logro en tan sólo quince días desde el primer encuentro de las partes. Estaba satisfecha de sí misma... pero no tenía a nadie con quien compartir su entusiasmo. Necesitaba soltar toda la euforia hablando con alguien que se alegrara de su éxito. No lo pensó. Todavía en el despacho, mientras apagaba su ordenador y se preparaba para volver a su casa, marcó el teléfono de Dani y puso el manos libres. Dos tonos después, la voz de su amiga emergía del aparato.

—¡Hola, Carmen! Dichosos los oídos que te escuchan. ¿Qué es de tu vida?

—Eso podría decirlo yo también, ¿no crees? —replicó, aunque estaba tan

satisfecha que se negó a tomarse a mal el comentario de su amiga.

—Bueno, supongo que sí. El caso es que prefiero que me llames tú cuando no estás atareada con tus juicios y tus divorcios —aclaró Dani, poniendo ese hecho de manifiesto.

—Ya. Pues, ¿sabes?, estoy a punto de firmar uno que me va a dejar un buen porcentaje. Estoy que no quepo en mí de alegría.

—¿Sí? —preguntó su amiga, aunque la cuestión real que le vino a la mente fue: «¿Tú, alegre?».

—Sí, y para celebrarlo he pensado que te invito a cenar esta noche.

—Uy, Carmen, esta noche es imposible. Bruno y yo hemos quedado con sus padres. Celebran su trigésimo sexto aniversario de boda y, aunque no estén Rubén ni Merche, quieren festejarlo con nosotros. Mi suegra me ha dicho que ha hecho un cabrito al horno que ya me hace salivar.

—Vaya... —dijo Carmen, desinflándose, mientras, con el bolso ya colgado, apagaba la luz de su despacho—. ¿Qué tal mañana?

—¿Y si lo dejamos para el sábado? Bruno tiene que trabajar en una boda y seguramente llegará tarde. Estaré sola.

—Ya veo. —Su ánimo estaba ya en caída libre, pero mejor era el sábado que nada—. De acuerdo. Sábado. Cena. Copa. Baile.

—Eh, eh, eh —la interrumpió Dani—. Sábado, sí. Cena, también. Copa, puede ser. Baile, definitivamente no.

—¿Sabes que te has vuelto un muermo? —Para entonces ya estaba en el garaje del edificio y la cobertura empezaba a fallar.

—¿Qué has dicho? Se te oye entrecortada.

—He dicho que nos vemos el sábado. —No valía la pena hablar sobre lo aburrida que se había vuelto, porque eso llevaría a otro tipo de conversación que no estaba dispuesta a mantener.

—De acuerdo, hasta el sábado. Tengo muchas ganas de verte.

—Y yo a ti —dijo melancólica—, y yo a ti.

La charla con Dani no había resultado como esperaba... más bien todo lo contrario. Ya no estaba tan entusiasmada como unos minutos antes, y por nada

quería perder el buen humor que, extraño en ella, sentía. Necesitaba que alguien le devolviera la euforia que se le estaba escapando.

Saliendo del parking, con el móvil sobre la consola del coche, realizó otra llamada, esta vez por Skype. Un tono, dos tonos... cinco... diez. Se dio por vencida. Merche debía de estar trabajando o haciendo a saber qué. Probó de nuevo, pero, en vez del de Merche, marcó el número de María.

—¡Carmen! —Aunque un poco distorsionada, la voz de su amiga le sonó a gloria.

—¿Qué hay, escocesita? —Su tono rezumaba cariño por todas partes.

—Bien, cansada. Acabo de volver de un *tour*.

La abogada se incorporó al carril antes de volver a hablar.

—¿Qué tal tus clientes de hoy?

—Bien, bueno, como todos. Algún que otro pesado, pero, en general, bien.

—¿Cómo estás? ¿Y tu *highlander*?

—Los dos estamos genial..., esperando a que os dignéis alguna de vosotras venir a visitarnos —bromeó antes de que se oyera su carcajada—. *Dark*, ¡que me vas a tirar! Perdona, Carmen, es que estoy entrando en casa y *Dark* se me ha echado encima.

—¡Qué mono! —¿Debería comprarse un perro para que alguien la recibiera tan efusivamente cuando volviera a su piso? No, definitivamente, no: mucho trabajo, demasiada responsabilidad. Inevitablemente, volvió a sentirse hundida —. Parece que te quiere mucho.

—*Sip*, tanto como yo a él. —María dijo unas cuantas palabras en inglés que Carmen no alcanzó a entender y después pareció besar a alguien. ¿Sean?—. Bueno y ¿cuál es el motivo de esta llamada tan inesperada?

—¿Te molesto? —Se tensó y, distraída, a punto estuvo de saltarse un semáforo en rojo.

—Nunca, Carmen. Tú nunca molestas.

—Me alegra oír eso. —María no era capaz de imaginar lo ciertas que eran sus palabras—. Sólo te llamaba para comentarte que estoy a punto de cerrar un divorcio millonario.

—Si no sabes en qué gastarte el dinero, ya sabes, yo seguro que le doy buen

uso.

—¡Joder, que te crees tú eso! —soltó riendo—. Con lo que me ha costado conseguir el acuerdo, pienso disfrutar de cada céntimo de la comisión que gane en algo que me recompense de los malos tragos pasados.

—Un viajecito podría estar bien —comentó su amiga como si tal cosa—. Escocia está preciosa en verano.

—Te veo las intenciones, María. —Era su amiga más íntima y siempre sabía arrancarle una sonrisa—. Iré a verte, te lo prometo. De todas maneras, además de visitarte a ti y pasarme unos días con Merche —esperaba que pocos, porque sería incapaz de aguantar *tanto amor* a su alrededor—, me has dado una idea. Realizar un viaje estaría bien.

—Pero ¿vas a ir sola?

—¿Por qué no? Mejor sola que mal acompañada. ¿No dice eso el refrán?

—Pero vendrás, ¿no? —insistió María con tono lastimero.

—Sí, pesada —contestó Carmen con una nueva sonrisa—. Y, hablando de viajes, ¿qué me recomiendas?

—Puff, ¿aparte de Escocia? —Ambas se rieron—. Depende de lo que te apetezca. ¿Por qué no vas a ver a Saray y que te asesore?

—Saray, ¿tu excompañera?

—Sip.

—Es buena idea; un día de estos pasaré por tu antigua agencia de viajes a ver qué me ofrecen..., pero, antes, todavía tengo un divorcio que firmar y un acuerdo que preparar para otra pareja. —Estaba llegando a su destino y empezó a buscar un sitio donde aparcar—. El resto de separaciones tendrá que esperar a septiembre o a que lo lleve un abogado recién salido de la uni que Ricardo quiere contratar durante el verano.

—Bueno, pues ya me irás contando. ¡Ah!, y dale un beso a Saray de mi parte cuando vayas a verla.

—¿A Saray le mandas un beso y a mí no?

—¡Mira que eres celosa! Otro bien grande para ti. Y ahora te dejo, que mi chico me reclama.

—Saluda a Sean de mi parte.

—Seguro. Un beso, petarda.

—Otro, renacuaja.

La conversación concluyó en el mismo instante en el que un coche le dejaba un espacio libre justo diez metros por delante de su portal.

Subió la escalera con reencontrada alegría. María siempre ejercía un influjo positivo en su estado de ánimo; casi tataraba una canción cuando abrió la puerta de su guarida... pero, como ocurría día tras día, solamente la recibió la soledad. Una soledad húmeda que se filtraba por los poros de su piel y se hacía fuerte en sus huesos, arrinconando su buen humor hasta hacerlo desaparecer.

No podía seguir de esa guisa: ocupada, desilusionada, enfadada con el mundo, empezando por ella misma... y sola. Casi se diría que utilizaba la soledad como autoflagelación, como si se regodeara en ella, porque, desde que sus amigas eran felices en sus vidas en pareja, ella parecía haberse encerrado en un cascarón aislado que la alejaba de todo. Los pequeños intentos que se había animado a hacer para salir de esa espiral habían resultado un fracaso estrepitoso. Ir *de caza*, sin el estímulo del cotilleo posterior con sus amigas, había perdido aliciente. Sus chicas no tenían ni idea de lo que habían hecho con ella al construirse una vida al margen del grupo que siempre habían formado las cuatro. Y lo que tenía claro, cristalino, era que ella no iba a caer en las garras de esa ilusión llamada «amor». Ni hablar, nunca... por más envidia que le despertara poder experimentar lo que Dani, Merche y María estaban viviendo.

* * *

Dos días más tarde, pasadas las doce del mediodía, salía del juzgado con una sonrisa triunfal en los labios y la cuenta corriente bastante más abultada. Finalmente había logrado que el impresentable del abogado de la parte contraria se diera por satisfecho con el acuerdo que había elaborado a base de horas de insomnio. La sonrisa también tenía otro motivo, uno mucho más irónico. Al salir de la sala donde habían sellado el divorcio, observó cómo una joven —muy muy joven—, encaramada a unos altísimos —y en apariencia desorbitadamente caros— tacones, con un cinturón por falda y unas tetas grandes, claramente *sintéticas*

—obsérvese la sorna—, se arrimaba al recién estrenado divorciado y le propinaba un beso de tornillo que subió la temperatura del vestíbulo donde se encontraban. Tres pasos por detrás, su flamante exmujer dejaba caer unas lágrimas, tal vez de tristeza o tal vez de rabia. Carmen meneó la cabeza, divertida, al tiempo que le estrechaba la mano al jodido abogaducho que se creía el dios del derecho. Por fin se libraba de verles más la jeta a los componentes de ese trío.

Dada la hora que se había hecho, resultaba una tontería volver al despacho antes de comer. Le pareció buena idea ir a un japonés cercano y darse un capricho, para variar. Mientras se encaminaba hacia allí, por una vez no pensó en el nuevo caso que tenía por delante, sino en aquella idea que había sembrado María en su cabeza: un viaje. ¿A dónde ir? ¿Qué le apetecía ver? ¿No se sentiría todavía más sola si lo realizaba sin compañía? Decidió que esa tarde, pasara lo que pasase, saldría temprano del despacho e iría a la agencia de viajes donde María había trabajado antes de trasladarse a Glasgow.

* * *

Inevitablemente, salió más tarde de lo que tenía planeado. Se había metido de cabeza en un nuevo caso y se le había ido el santo al cielo. De todas formas, todavía tenía tiempo para pasar por la agencia, a riesgo de que Saray la mirara mal por llegar tan cerca de la hora de cierre.

Antes de entrar, observó las ofertas colgadas en el escaparate. Nada le resultó muy interesante. Al mirar a través de los panfletos pegados en el cristal, vio que no había clientes y que tanto Saray, limándose las uñas, como Óscar, absorto en su móvil, parecían esperar la hora para salir pitando de allí. La campanilla de la puerta los distrajo de sus *quehaceres*.

Con un chasquido de lengua, Saray levantó la mirada de sus dedos para enfocarla en la puerta. Un instante después, sonreía de oreja a oreja.

—¡Hombre, Carmen, qué alegría verte!

—Hola, Saray —dijo al ver cómo la altísima joven se acercaba a ella con los brazos abiertos—. ¿Qué tal va todo?

—Eso tú, ¿cómo te va la vida, señora abogada importante?

—Currando como una esclava —soltó poniendo los ojos en blanco—. La gente no deja de casarse para divorciarse poco después, ya ves.

—Bueno, mujer, habrá de todo.

—Habrá... —Saludó con la mano a su compañero, que hasta ese momento no se había dignado levantar la vista del móvil—. Hola, Óscar.

—Hola, Carmen —contestó a su saludo para, acto seguido, volver su atención de nuevo a su *smartphone*.

—Dime, ¿qué te trae por aquí? —preguntó la agente turística, sentándose en su silla e indicándole con un gesto a Carmen que la imitara—. ¿Planeando un viaje?

—Lo estoy pensando, sí.

—¿Quieres que te prepare un *tour* por Escocia y así aprovechas para ver a nuestra María?

—No, Saray, no —negó, sonriendo socarronamente—. Para hacer eso no necesito programar nada. ¿Has olvidado que *mi amiga* María vive allí y que *es* guía turística?

—No, no, claro que no —se excusó, dándose una palmada en la frente—. ¡¿En qué estaría yo pensando?! A ver, ¿qué te apetece?

—No sé, algo exótico, pero no típico; lejos, pero no demasiado; diferente, pero sin rarezas; aventurero, pero sin peligro... y que no sea excesivamente caro.

—Jo, no pides tú nada.

—Sólo pretendo tener las vacaciones de mi vida sin necesidad de arruinarme.

—¿Cuándo quieres salir?

—Tengo un caso entre manos que no puedo demorar más. Por suerte no creo que sea complicado. ¿Un mes? No, mejor un mes y medio, por si acaso, pues siempre pueden presentarse imprevistos que arruinen mis planes. —Pensó en el que había cerrado esa misma mañana y le entraron sudores—. Creo que en un mes y medio estará bien.

—Julio, ¿eh? Si me pongo ya mismo, quizá todavía pueda encontrar algo que no se nos dispare de precio, a pesar de que esas fechas ya son en temporada alta

—comentó Saray, más para sí misma que para Carmen, mientras se golpeaba la barbilla con su cuidada uña color marfil.

—Entonces, ¿quedamos en que me dices algo?

—Sí, no te preocupes. En cuanto encuentre algo que pueda cuadrarte, te aviso.

En ese instante, Óscar, que parecía que había permanecido ajeno a su conversación, levantó la vista en dirección a ellas con los ojos desmesuradamente abiertos y una sonrisa iluminándole el gesto.

—Argelia —soltó.

—¿Cómo dices? —preguntó su compañera, sin entender a qué venía el comentario.

—Argelia, ése es el destino ideal para ti, Carmen. Reúne todo lo que has pedido. Creo que lo disfrutarás; ya verás como no te arrepentirás de mi sugerencia.

—Argelia, ¿eh? —meditó Saray, sin parar de darse golpecitos en la barbilla—. Sí, Óscar, tienes razón. Argelia es un buen destino. —Se giró hacia Carmen con cara de suficiencia, como si la idea hubiera sido suya—. Argelia, entonces.

—Pues vale —aceptó la abogada, con un encogimiento de hombros.

Salió de la agencia ya tocadas las ocho, dejando a los dos guías recogiendo sus cosas para cerrar y marcharse. No estaba segura de que las vacaciones que acababan de proponerle fueran realmente las que ella deseaba; no en vano, sería una mujer sola en un país donde las féminas no gozan de mucha consideración... aunque, por otro lado, fijo que no era la primera ni sería la última en aventurarse a viajar sin compañía por esas tierras. Sí, pensándolo bien, sería divertido conocer una cultura tan diferente a la suya. Siempre que había salido de viaje lo había hecho a países europeos, en los que las costumbres autóctonas eran muy semejantes a las suyas. Lo más extraño que se había atrevido a hacer había sido una escapada de una semana a México, y fue a un *resort* en Cancún: nada que ver con la propuesta que le habían hecho los excompañeros de trabajo de su amiga María.

* * *

El nuevo divorcio del que se tenía que encargar a priori era un caso fácil y de rápida solución. Ambos parecían personas sensatas y con las ideas claras, y daba la impresión de que se llevaban bastante bien. Al menos ésa fue la sensación que le dejó su cliente en la primera entrevista, en este caso el marido. Al parecer, ya habían acordado prácticamente todos los temas entre ellos dos y sólo requerían los servicios de los juristas por puro trámite. Se sintió aliviada, porque un caso complicado no le dejaría tiempo suficiente como para asesorar al nuevo abogado que iba a incorporarse de forma eventual a su bufete.

Así que, con buen talante y los deberes hechos, se presentó en el despacho del mediador contrario el día indicado. Nada más entrar en la sala de reuniones, presidida por una mesa rectangular de gran tamaño y dos sillas a cada lado, se quedó de piedra. Frente a ella, con una sonrisa que pretendía ser seductora y que sin duda resultaba terriblemente engreída, estaba el letrado que ella esperaba no volver a ver más: el impresentable que le había amargado la vida en el caso anterior de divorcio.

—¿Tú? —preguntó él con voz ruda—. ¡Vaya casualidad!

—Buenos días, señor Abellán. —Le tendió la mano, intentando disimular el asco que sentía por aquel individuo rechoncho y calvo cargado de mala fe.

—¡Uy, qué formalita! —exclamó él, arqueando una ceja y esbozando una socarrona sonrisa.

—¿Perdón? —Le clavó una afilada mirada de desaprobación.

—No, nada. La última vez que te vi, estabas mucho más guerrera. —La repasó de arriba abajo con mirada lasciva.

Carmen, que no necesitaba mucho para exaltarse, a punto estuvo de decirle cuatro cosas bien dichas al gilipollas machista ese que la miraba babeante, pero se contuvo. Era una profesional y se debía a su cliente. Cerró los ojos y sacudió la cabeza en su imaginación; tenía claro que, lo que ella había esperado que fuera un divorcio sin complicaciones, acababa de convertirse en un auténtico quebradero de cabeza. Estaba tan segura de que Abellán le complicaría la vida como de que se llamaba Carmen Sancho Galván. A partir de entonces, un silencio tenso y agobiante se cernió sobre ellos como una losa. Ella aguantaba

con dignidad las miradas furtivas que le lanzaba Abellán de vez en cuando, concentrándose en buscar documentos en su maletín, pero cada vez le resultaba más difícil soportar la situación. Por suerte, cuando estaba ya al límite, la pareja de próximos exesposos apareció por la puerta, junta. Venían charlando tranquilamente, como dos viejos amigos. Entraron en la sala sonrientes y saludaron a sus abogados con un educado «buenos días» antes de tomar asiento, cada uno en un lado de la mesa, junto a su representante legal.

—Bien —comenzó diciendo Carmen, abriendo un dossier que previamente había sacado de su portadocumentos—, como los dos están de acuerdo en los términos del divorcio, traigo el convenio ya redactado para que lo lean y lo firmen. Creo que estarán de acuerdo y podremos acabar con el papeleo sin alargarnos demasiado.

—Un momento, señorita Sancho —la interrumpió el calvorotas que tenía delante—. Me gustaría leer lo que ha preparado y, del mismo modo, que ustedes, su cliente y usted, le echen una ojeada al acuerdo que he preparado yo.

«¡Joder!», exclamó Carmen para sí. Ya empezaba la batalla.

Después de la lectura del panfleto, porque no se podía llamar de otra manera a la sarta de sandeces que le había preparado su oponente, Carmen estaba que echaba chispas. Pero ¿qué se había creído el imbécil ese? Con las condiciones que ponía en el documento que había presentado, las negociaciones se iban a alargar durante semanas, con lo que no le quedaría tiempo suficiente para formar al nuevo becario ni para preparar en condiciones sus deseadas vacaciones.

—Pepa, ¿estás conforme con lo que pide tu abogado? —La voz indignada de su cliente la distrajo de sus cavilaciones.

—Mira, Fede, ya sé que no es lo que habíamos hablado, pero él me recomienda...

—Pepa —la interrumpió su todavía marido, alzando la palma de la mano en su dirección—, ¿por qué?

La pregunta quedó en el aire y sin respuesta por parte de su esposa. El que sí respondió fue su abogado.

—Mire, señor Lebrón, usted tiene un sueldo muy superior al de su mujer. Por tanto, su posición se verá afectada y es justo que tenga una compensación.

—¿Una compensación, dice? Mientras ella acababa la carrera, yo me ocupé de los gastos de la casa, sin importarme nada más que el hecho de que ella lograra licenciarse. —Respiró con dificultad. Se notaba que estaba herido—. Hasta que consiguió un trabajo, yo me encargué de todo. Siempre he compartido las tareas domésticas para no cargarla con labores que pudieran entorpecer sus aspiraciones... y ahora, después de haber quedado de acuerdo en cómo distribuir nuestros bienes, procurando en todo momento que el reparto fuera equitativo, me sale con éstas. —Miró a Pepa, francamente dolido—. No esperaba esto de ti.

—Fede, comprende que...

—No, no comprendo nada. —Retiró la silla, haciéndola chirriar por el parqué, se levantó y, antes de marcharse, le repitió muy serio—. No esperaba esto de ti.

Carmen, que había estado siguiendo la conversación como si se tratara de un partido de tenis, se levantó también para seguir a su cliente. Metió de prisa los papeles que había llevado y los que le había entregado Abellán en su maletín y, cuando ya tenía la manija de la puerta en la mano, se giró hacia el letrado, que permanecía todavía sentado, y le escupió—: Supongo que estará satisfecho.

Ésa fue la primera de un rosario de reuniones que, paulatinamente, fueron enrareciendo la amigable relación que habían tenido los cónyuges. Cada vez que se juntaban, las asperezas parecían crecer. Esa situación se traducía en más trabajo para Carmen, que volvía a estar centrada en un caso que le robaba todo el tiempo libre del que pudiera disponer.

Trabajo, comidas rápidas, insomnio, cansancio, a duras penas algún mensaje a sus amigas y, tras eso, inevitablemente, soledad. Así pasó Carmen las siguientes cinco semanas. En ese tiempo, Saray la había llamado en varias ocasiones para hablar sobre su próximo viaje, pero apenas había prestado atención a lo que le decía la guía, tan enfrascada como estaba en el divorcio que debería de haber sido de fácil solución. Tampoco había podido dedicarle mucho tiempo a Roberto, el joven abogado que iba a ocuparse de sus casos durante sus vacaciones, y pensar en los desastres que podría organizar el novato le erizaba la piel. Estaba deseando poner fin a aquella locura para poder dedicarse a esas otras cuestiones.

El día que se había fijado para la firma, Carmen estaba terminando de pulir

los últimos flecos que quedaban, previendo las posibles objeciones del calvorotas seboso de Abellán. Iba ya justa de tiempo y lo que menos necesitaba era una interrupción..., pero la tuvo.

—Carmen, una tal Saray quiere hablar contigo —le anunció Sara, rompiéndole la concentración.

—¡Joder! Ahora no —espetó en un susurro desesperado—. Dile que la llamaré en cuanto pueda.

—Ha insistido en que es muy *importante*. —La muchacha hizo hincapié en la última palabra.

—Joder, joder, joder... De acuerdo, pásamela, pero, por favor, no más llamadas hasta que me vaya.

—Prometido, ni una más —le aseguró su joven secretaria.

Carmen cerró los ojos y elevó la cabeza en una muda súplica para que la llamada no se alargara mucho.

—¿Saray?

—Hola, Carmen. Necesito que me confirmes cuál de las dos opciones que te di has elegido.

—¿De qué hablas?

—A ver, alma de cántaro, te dije que te había preparado dos opciones de viaje en Argelia y que tenías que elegir una. —Le habló como si se dirigiera a una niña pequeña. Luego, con su voz habitual, añadió—: Te vas en una semana y todavía no me has contestado, te recuerdo. El turoperador me exige saberlo hoy mismo, a ser posible, antes de una hora, así que dame una respuesta ya.

Carmen no tenía idea de a qué se refería Saray. Si se esforzaba mucho, quizá le sonara algo..., pero muy lejanamente. Además, en ese momento no tenía tiempo para perderlo con esa tontería. Con el teléfono entre el hombro y la oreja, seguía comprobando el documento que tenía delante.

—No sé, Saray, tú misma —dijo para salir del paso y que la llamada acabara ya.

—Ah, no. No me vas a hacer responsable si después no te gustan tus vacaciones. —La chica parecía ofendida—. Tú viajas, tú eliges.

—Está bien. —Miró el reloj colgado encima de la puerta y vio que, si no se

apresuraba, llegaría irremediablemente tarde—. La segunda opción me parece mejor. —En realidad ignoraba qué era lo que comprendía esa alternativa, lo único que quería era salir por la puerta a la de ya.

—¿Estás segura? —Desde el otro lado de la línea, la sorpresa provocó que las cejas de Saray se alzaran hasta alcanzar el nacimiento del pelo.

—Sí, claro —contestó Carmen, introduciendo trabajosamente los dossieres en su maletín.

—De acuerdo, como prefieras. —Saray no salía de su asombro, pero ¡cosas más raras había visto! Antes de cortar la comunicación, añadió—: No te olvides de cambiar moneda.

¿Cambiar moneda? Bien, algo tendría que cambiar, claro, pero con la Visa se iba a todas partes, ¿no? Eso fue lo que pensó mientras, atropelladamente, acababa de prepararse y desaparecía del despacho como una bala.

Después de la firma de documentos, la expareja no se dedicó ni una triste mirada. Lo que podría haber sido un acuerdo amistoso había acabado como el rosario de la Aurora. Carmen, agotada mentalmente, acompañó a su cliente a tomar un café para despedirse, aunque ganas no es que tuviera, precisamente. Se sentaron en una cafetería y, durante más de una hora, se vio obligada a escuchar, de nuevo, las quejas de Fede. No la culpaba a ella, por fortuna, sino que hacía responsable de lo mal que habían ido las cosas al señor Abellán y a la ingrata de su ya exesposa. Durante la conversación, Carmen sólo pensaba en las ganas que tenía de volver al bufete y empezar a cerrar asuntos antes de su marcha. Bueno, en eso y en el dinero con que se vería gratificada su dedicación al caso. Sabía que su postura era egoísta, sí, pero se negaba a involucrarse personalmente en sus casos. Uno debía prever los posibles problemas que se pudieran derivar de un matrimonio y, si no lo hacía... que se atuviera a las consecuencias.

* * *

El joven que habían contratado para el verano parecía competente y muy despierto. A pesar de que ella apenas le había dedicado un minuto, se había familiarizado rápidamente con el trabajo y parecía tenerlo todo relativamente

bajo control. Carmen se congratuló por ello. No le quedaban días para formarlo. Confiaba en que, entre lo que él aprendiera por su cuenta, lo que Ricardo pudiera enseñarle y la poca ayuda que pudiera ofrecerle Sara, el chico saliera airoso. De todas formas, tampoco es que ella se fuera para toda la vida. Sólo estaría ausente durante tres semanas. Esperaba que durante ese período no hubiera una debacle en el bufete.

Con más tiempo del que solía disponer, por fin Carmen pudo dedicarse a preparar su viaje durante esa semana... pero sólo fue tres días antes de irse cuando acudió a Viajes Un Paraíso Para Ti, la agencia donde había trabajado María y donde había contratado sus ansiadas vacaciones.

—¡Ya era hora! —Con esa frase lapidaria la recibió Saray al verla aparecer por la puerta.

—Lo sé —se excusó ella, aunque sin atisbo de culpabilidad—. He estado muy liada con el trabajo. De todas formas, Saray, estaba tranquila porque sabía que tú te estabas encargando de todo —afirmó con voz melosa, con la intención de que no se enfadara con ella.

—Anda, no me regales los oídos, que no hace falta. —La guía le hizo un gesto con la cabeza, invitándola a sentarse a su mesa—. Te he preparado toda la documentación, un *planning* con los horarios y una descripción de la ruta.

—Gracias, sabía que podía confiar en ti. María me dijo que eras excelente preparando *tours*.

—Ella sí que es buena en eso —dijo Saray con una sonrisa al pensar en su antigua compañera—. Aunque... es cierto que yo tampoco lo hago del todo mal.

—Bien, ¿me pones al corriente, por favor?

Saray abrió la carpeta que contenía toda la información y empezó por lo básico: día, hora y destino. Siguió con algunos detalles irrelevantes, como el tipo de coche que utilizarían durante el *tour*, el número de personas que viajarían con ella y el nombre del conductor/guía que los acompañaría. Según iba hablando, todo era del agrado de Carmen, cosa que alegró mucho a Saray, puesto que todavía quedaban por explicarle los pormenores más problemáticos.

—Hasta ahora, ¿qué te parece el plan, Carmen? —preguntó con prudencia, a la vez que señalaba los folios con uno de sus largos dedos, coronado con una

impecable uña color rubí.

—De momento, todo me está gustando bastante, la verdad —contestó ella, regalándole una enorme sonrisa.

—Perfecto. En la carpeta va el visado que pedí en tu nombre, el...

—¿Visado? No sabía que se necesitara —la interrumpió, echando el cuerpo hacia atrás en la silla debido a la sorpresa.

—Carmen, te lo comenté por teléfono, ¿no lo recuerdas? Y me firmaste los papeles para pedirlo. —Saray estaba perpleja. No había conocido nunca a nadie menos interesado en sus vacaciones.

—Supongo que lo dijiste y sé que firmé varios documentos —se disculpó, frunciendo luego los labios—, pero estas últimas semanas no he tenido la cabeza para nada más que para el trabajo.

—Pues menos mal que sí me escuchaste cuando te pedí el pasaporte —bromeó meneando la cabeza.

—Ah, sí. Te lo trajo Sara, ¿no?

—Sí, sí, tranquila, también está en la carpeta, junto con el resto de la documentación.

—Bien, pues ya está todo, ¿verdad? —Apoyó las palmas sobre la mesa para ayudarse a ponerse de pie.

—No, todavía me quedan algunas recomendaciones que hacerte y terminar de concretarte la ruta que vas a realizar.

—Seguro que todo es maravilloso y me lo paso en gran...

—Carmen —esta vez fue Saray, con voz contundente, quien la cortó a ella—, hay cosas que debo explicarte. Es importante.

—De acuerdo —aceptó fastidiada.

Resopló con un gesto explícito muy poco femenino, apoyó la espalda en el respaldo de su asiento y se cruzó de brazos, dispuesta a escuchar el rollo que, sin duda, le iba a soltar la mujer sentada frente a ella.

Capítulo 2

—¡Joder, coño, Saray, ¿tú estás loca o qué? —vociferó una vez hubo acabado de hablar la guía—. Pero ¿dónde cojones me envías, hostias?

—Cálmate, Carmen, por favor.

—¡¿Que me calme?! Pero si me estás diciendo poco menos que a donde voy es a meterme en un nido de terroristas.

—No, mujer, tampoco es eso.

—¿Entonces? Porque, si no lo he entendido mal, y no me tengo por idiota, me has insinuado algo por el estilo.

—No, no... Sólo te recomiendo que no te alejes de tu grupo en ningún momento, que tengas siempre dentro de tu radio de visión a tu guía y...

—Y que, si la policía me pone escolta, no la rechace, ¿te parece poco? — Echó hacia delante el cuerpo y dejó caer la cabeza sobre la superficie de la mesa—. Yo sólo quería un poco de aventura, no acabar secuestrada y en un harén. — Su voz era el sonido de la desolación.

—En serio que no es para tanto. —Saray no sabía cómo enderezar el entuerto que había provocado su explicación—. No eres la primera turista que enviamos a Argelia y jamás, pero jamás de los jamases, ha habido ningún contratiempo.

Carmen ladeó la cabeza en dirección a la excompañera de María y alzó una ceja inquisidora.

—¿Nunca? ¿Nada de nada?

—Bueno... —Desvió la mirada, sin saber qué contestar—. Algún susto sin importancia, algún hurto, algún...

—Saray, ¿puedes pasar a mi despacho? —La figura enjuta de Marisa se había materializado junto al escritorio donde estaban sentadas, sin que ninguna de las

dos chicas se hubiera dado cuenta de ello—. ¿Nos disculpa, por favor? —dijo dirigiéndose a Carmen—. Mi compañera estará con usted en un instante.

—Claro, vayan. No me importa esperar. —Ciertamente, en ese momento lo único que tenía en mente era que se iba de vacaciones a un país donde los terroristas campaban a sus anchas y que ella resultaría ser su siguiente víctima. ¿Cómo se le había ocurrido hacerle caso a María?

No, coño, no. La culpable no era María. El autor de semejante fechoría era Óscar. Tenía suerte el tal Óscar de no estar presente en el establecimiento en ese momento, porque si lo tuviera delante..., la terrorista sería ella.

Sólo tenía dos alternativas: o se iba de viaje y se encomendaba a todos los dioses conocidos para que la protegieran, o perdía el dinero que ya había pagado por sus vacaciones... y eso sí que quedaba absolutamente fuera de la ecuación. Después de haber sudado tinta con los dos últimos casos de divorcio, no estaba para nada dispuesta a perder sus ganancias.

Mientras tanto, a una puerta de distancia de ella, Saray estaba recibiendo la bronca del siglo.

—Pero ¿a ti qué te pasa? ¿No te das cuenta de que diciéndole todo eso puedes asustarla?

—Marisa, sólo pretendía ponerla sobre aviso. Es una de las mejores amigas de María, no lo olvides.

—¿Y qué? Tú le das la información por escrito y, si no la lee, es su problema. —Se encogió de hombros e hizo un gesto de indiferencia con los labios—. Si le pasa alguna cosa, la agencia no se hace responsable.

—Pero Marisa...

—De esta manera ya has visto lo que has conseguido: se ha puesto hecha un basilisco. Podemos perder la venta y, lo que es peor, la clienta —dijo abriendo las manos con las palmas hacia arriba—. Lo más probable es que no le ocurra nada, pero la has puesto en guardia y nos echará la culpa a nosotros por cualquier pega que se le presente, por insignificante que ésta sea. —La miró fijamente a los ojos y, señalando directamente su nariz, concluyó—. Que sea la última vez que previenes tan alarmantemente a un cliente. ¡Es una advertencia!

Con el rapapolvo de Marisa encima, pero con la conciencia tranquila por

haber hecho lo que ella creía que era su deber, Saray volvió a su puesto. Carmen la esperaba con la decisión tomada: haría el viaje.

—Lamento haberme puesto como una energúmena —se disculpó señalando con la cabeza la dirección por donde había regresado Saray.

—¿Lo has oído?

—¡Joder, como para no hacerlo! —Sus ojos expresaron su desagrado—. Siento que te haya metido la bulla por contarme la peligrosidad que encierra el viaje.

—No me importa, Carmen. No podía dejar que te fueras sin que lo supieras. Que estuviera escrito... no me garantizaba que te dieras por enterada.

—Gracias, Saray.

—Prométeme que tendrás cuidado y que no harás ninguna tontería.

—Te lo prometo: no me meteré en líos y no me separaré del guía ni para mear.

—Ésa es mi chica.

—Pero, de todas formas, quiero que quede claro que no me voy tranquila.

—Llámame en cuanto vuelvas.

—De acuerdo. Bien, ahora me largo ya, que todavía me queda equipaje por empacar.

—Nos vemos a tu regreso —le dijo levantándose de su asiento y acercándose a Carmen.

La acompañó hasta la puerta y, cuando ya estaba a punto de salir, recordó algo que se había dejado en el tintero.

—Por cierto, Carmen, ¿has cambiado dinero?

—Sí, unos doscientos euros, ¿por qué?

—Primero, para asegurarme de que, al menos, me escuchaste en eso y me hiciste caso y, segundo, para asegurarme de que llevas lo suficiente.

—Llevo la Visa.

—Ya, claro, en el desierto vas a encontrar un cajero automático detrás de cada duna, ¿vedad, Carmen? —Ironía al poder.

—*Touché* —admitió con una sonrisa culpable en los labios, sintiéndose un poco tonta—. ¿Cuánto crees que debo cambiar?

—Como poco, tres veces más, por si las moscas. ¡Ah!, no olvides llevar el comprobante del cambio, por si te lo piden las autoridades.

—Saray, déjalo, que lo estás arreglando por momentos. —Sarcasmo en modo contraataque.

—De acuerdo, sólo una cosa más.

—Miedo me das.

—Tranquila, lo que voy a preguntarte no tiene nada que ver con el peligro.

—Dispara.

—¿Cómo llevas el francés?

La abogada puso los ojos en blanco. Ese viaje empezaba ya a pesarle en los hombros y ni siquiera había salido aún de Barcelona.

—Muy oxidado. Mucho, mucho, mucho.

—¡Ah! Pues bien...

—Mira, mejor me voy, que la próxima que sueltes igual me hace cambiar de opinión; ya tengo demasiadas dudas como para que sigas sumándole más.

Se alejó de allí con la mano metida en su bolso en busca de su móvil. Antes de llegar al paso de peatones siguiente ya lo tenía en las manos y buscaba entre sus contactos de WhatsApp el grupo que tenía con sus amigas.

—Chicas —dijo presionando el icono de audio—, en tres días me voy a Argelia de vacaciones, ya os lo conté. Os lo digo porque acabo de enterarme de que hay un peligro real de encontrarme con células terroristas y, para qué negarlo, estoy un poco cagada. Tenía que contároslo. Supongo... espero... deseo... ruego... que no pase nada, pero con lo que me ha descrito Saray... Bueno, nada, eso, que estoy un poco asustada y necesitaba compartirlo con alguien. Venga, os dejo. Un beso. Hablamos.

Estuvo tentada de llamar también a sus padres, con los que había cortado todo contacto casi tres años antes por culpa de una trifulca provocada por su hermano Víctor, pero consiguió contenerse; por un lado, porque sonaría raro que, después de tanto tiempo, se pusiera en contacto con ellos y, por otro, porque estaba segura de que no les interesaba nada de lo que ella pudiera sentir.

Caminó calle arriba en busca de su coche y, antes de haber llegado a la esquina siguiente, oyó el sonido de un mensaje entrante. Miró la pantalla de su

teléfono y vio que se trataba también de un audio.

—Carmen —la voz acatarrada de Merche la hizo sonreír—, si no lo ves claro, no te aventures. Eres un poco sieso, cierto, pero te quiero y no me gustaría que te ocurriera nada malo. Piénsalo bien antes de subirte al avión. —Estornudó, se sonó la nariz y continuó—. Chicas, os quiero a todas y os echo de menos.

Ni un minuto después, volvió a oír un aviso proveniente de su móvil. Esta vez, el mensaje era de Dani.

—Carmen —de fondo se oía el ruido del tráfico y un par de perros ladrando frenéticamente—, estoy con Merche: eres un sieso —bromeó—; aun así, si no lo ves claro, no vayas. Por cierto, todavía tenemos una cena pendiente tú y yo, ya sabes. Tanto trabajo no puede ser bueno. Y yo también os echo de menos. A las tres.

Subió a su vehículo sin tener claro que hubiera tomado la mejor decisión, especialmente después de escuchar a sus dos amigas. Se quedó sentada, con el motor apagado y las manos pegadas al volante, meditando. En ese momento, otro mensaje llegó a su terminal.

—¡Chicas, pero ¿estáis todas tontas o qué? —María parecía irritada—. ¿Cómo se os ocurre decirle algo así? Carmen, ve de vacaciones a Argelia sin miedo, no va a pasar nada. Hay tanto riesgo de que sufras un ataque terrorista allí como en cualquier otro sitio del planeta. —Dijo algo en inglés, seguramente a su novio Sean, y volvió a hablar—. En Estados Unidos hay cerca de cuarenta mil muertos al año por arma de fuego, un promedio de noventa al día, y nadie deja de visitar Norteamérica por miedo a que le peguen un tiro, ¿verdad? De hecho, tú, Dani, fuiste de vacaciones a Nueva York, ¿no es así? —recalcó para que entendieran su postura—. Déjate de tonterías y de miedos y disfruta de un país repleto de encanto. Volverás enamorada de allí. Y, por cierto, ¿qué es eso de una cena pendiente y del exceso de trabajo?

Carmen, en el interior de su vehículo, sonrió. María siempre sabía tocar la tecla adecuada para relativizar las cosas. Tenía razón, el riesgo de que algún loco decidiera hacer un disparate estaba en todas partes. Poner barreras a lo que uno deseaba hacer por miedo a lo que pudiera pasar era una tontería. Sí, estaba

decidido, y esa vez sin dudas: iría a Argelia y disfrutaría de cada minuto que pasara allí.

Metió la llave en el contacto, pero, antes de girarla, oyó de nuevo su teléfono.

—Tienes razón, María, como siempre. —El sonido que envolvía a María ya no parecía ser el de un atasco—. Es cierto, Carmen, ve y vive a tope tus vacaciones. Y, en cuanto a lo de la cena, tiene muy fácil explicación: hace más de un mes, doña Carmencita me llamó para que cenáramos juntas; tenía que celebrar que había ganado un caso. Yo estaba la mar de contenta porque llevaba tiempo sin verla y... el día anterior a que nos reuniéramos, un sábado, me llamó y me dijo que tenía que anularlo porque le había entrado otro caso complicado... Ella, en su línea: el trabajo es lo primero.

—Es verdad —contestó sin demora Carmen en el grupo—. Desde que no puedo contar con vosotras para divertirme, no hago más que currar. Te compensaré, Dani. ¿Te viene bien que quedemos mañana? Mi avión sale el domingo a primera hora; si quedamos pronto y no nos alargamos mucho, me haría ilusión despedirme de ti en persona, ya que de Merche y de María no puedo hacerlo.

Puso el motor en marcha y conectó el Bluetooth justo antes de incorporarse a la marcha. Un instante después recibía una llamada de Dani.

—Quedamos mañana —fue el saludo de su amiga—. Ven a casa a las siete y ni se te ocurra volver a anular la cena.

—De acuerdo, yo invito.

—No, mejor te invito yo. Haré una cena para chuparse los dedos —dijo Dani.

—No sé. Es mucho curro para ti, ¿no?

—Por mi amiga, lo que sea. Tengo ganas de verte, bueno, de veros a todas. A ver cuándo podemos volver a juntarnos las cuatro.

—Eso, a ver —suspiró Carmen con nostalgia—. Bueno, pues nos vemos mañana.

—Hasta mañana a las siete, muermillo mío.

Capítulo 3

Llegó al aeropuerto sin haber dormido nada. La cena con Dani se había alargado más de lo que tenían previsto; hacía demasiado tiempo que no quedaban y Carmen, especialmente, necesitaba la compañía de su amiga y el calor que despertaba en su pecho estar con alguien querido. Fue una velada magnífica, llena de confidencias y recuerdos. Incluso hicieron una videoconferencia, primero con Merche y después con María, para sentir las cerca. Por esa noche, dejó su carácter complicado a un lado y volvió a ser la chica alegre que solía ser tiempo atrás. Sus amigas ejercían esa influencia en ella... casi siempre.

No obstante, al acabar tan tarde, casi no había podido descansar, habida cuenta de que debía estar en la terminal a las cuatro y media de la madrugada. A duras penas tuvo tiempo de volver a casa, darse una ducha y arreglarse medianamente para poder llegar puntual al aeropuerto. No se maquilló y se peinó sin miramientos, una cola alta y el flequillo suelto. Estaba demasiado cansada como para andarse con florituras, sobre todo teniendo en cuenta que tenía que volar.

El taxi la dejó frente a la misma puerta. Por lo menos no tendría que caminar mucho, pensó mientras colocaba su equipaje en uno de los carros destinados a transportar maletas.

La desanimó un poco ver la cola formada frente al mostrador de *check in*. Lo único que deseaba en ese momento era pasar rápido por todo el trámite y poder sentarse en la sala de espera hasta que saliera su vuelo. Soñaba con echar una cabezadita una vez hubiera embarcado en su avión. Aunque el trayecto era muy corto, si apuraba desde el principio, podría dormir una hora por lo menos. Y necesitaba descansar, no solamente por la noche de juerga casera que había pasado o por las horas que le quedaban hasta poder tumbarse en una cama. Sobre

todo, necesitaba desprenderse del agotamiento mental que habían supuesto los dos últimos casos de divorcio que le habían tocado en suerte llevar.

La fila se movía con relativa rapidez y no tardó demasiado en poder dejar sus dos maletas en la cinta transportadora. En cuanto al control de seguridad, fue casi un paseo debido a la hora tan temprana que era. Por ello, no le costó mucho llegar a la sala de la puerta de embarque. Se sentó en uno de los incómodos asientos, se colocó su mochila en el regazo y cerró los ojos.

—Atención, por favor —se escuchó la voz mecánica de una mujer saliendo por los altavoces del recinto—. Ésta es una última llamada para los pasajeros del vuelo Vueling 7476 con destino a Argel. Si vuela con nosotros, por favor pase por la puerta D14 urgentemente: su vuelo va a salir. —Acto seguido, el mismo mensaje se oyó en inglés.

Carmen se espabiló, sobresaltada. Se había dormido sin darse cuenta y a punto había estado de perder su avión. Los dos agentes de tierra se apresuraron a comprobar su billete y documentación antes de dejarla pasar al *finger*. Por supuesto, fue la última en embarcar.

La esperanza de dormir en el avión se desvaneció de sopetón; el sobresalto que le había causado la llamada por la megafonía del aeropuerto la había despejado por completo. Aun así, una vez acomodada y con el cinturón abrochado, se recostó en el respaldo de su asiento y cerró de nuevo los ojos. Esa vez Morfeo se negó a abrazarla, aunque ella, testaruda como pocos, continuó con los párpados pegados, intentando seducirlo.

Había transcurrido ya la mitad del vuelo cuando se sumió en un duermevela muy placentero que quedó interrumpido por el toque en su hombro de una azafata.

—¿Qué? —le preguntó Carmen con brusquedad a la joven que le había roto el sueño.

—Perdone, señorita, pero tiene que rellenar este formulario para el control de inmigración —contestó la tripulante de vuelo con una falsa sonrisa.

—¿Que tengo que qué? —Entrecerró los ojos en dirección al papel que le tendía la sobrecargo.

El hombre sentado a su lado le sonrió; esa vez la sonrisa era genuina.

—El Gobierno argelino exige este papel para dejar entrar en su país a cualquier visitante.

—¿No había bastante con el visado? —No sabía si era la falta de descanso, pero lo cierto era que no entendía nada.

—Lo requieren además del visado —le contestó su compañero de fila—. No se preocupe, son algunas preguntas básicas que no representan ninguna complicación.

—Está bien, gracias. —Cogió la cuartilla verde y le echó un vistazo rápido antes de sacar un bolígrafo de su mochila.

* * *

El control de pasaportes fue tedioso. Los policías a cargo de comprobar la documentación eran muy meticulosos y no perdían la oportunidad de preguntar todo aquello que les parecía relevante. Cuando le llegó el turno a Carmen, no fue diferente. El agente que la atendió, un hombre delgado de piel aceitunada y ojos rasgados, la escrutó con detenimiento, comprobando más de una vez la foto del pasaporte para asegurarse de que era la misma persona. Estudió el papel verdoso que le había entregado junto a su documento identificativo y finalmente, antes de poner el sello de entrada en el pasaporte, le hizo algunas preguntas en francés que a ella le costó contestar, pero no por la dificultad de las cuestiones, sino por lo precario de su nivel en dicha lengua.

Después de aquel interrogatorio, siguió al resto de los pasajeros por los pasadizos que conducían a las cintas transportadoras, donde no tardaron en aparecer maletas. Las suyas salieron relativamente pronto. Las cargó en un carrito y se dirigió a la puerta de salida.

La terminal no estaba muy concurrida, por lo que no le costó localizar a un joven, moreno y muy alto, que sujetaba una pancarta con su nombre. Se acercó a él con decisión. y, cuando el hombre la miró, se quedó paralizada. Unos ojos grises, rodeados de largas pestañas negras, la observaban con curiosidad.

—¿*Mademoiselle* Sancho? —preguntó con una voz profunda que sonó a música en sus oídos.

—Sí —afirmó incomprensiblemente tímida.

—Mi nombre es Mourad Salek y seré su guía durante su estancia en mi país —dijo en francés.

Carmen asintió con la cabeza para hacerle saber que le había comprendido, pero sin articular palabra alguna.

—Por favor, permítame —añadió Mourad, refiriéndose al carro con sus maletas.

—Claro... —accedió, en un terrible intento por hablar el idioma galo.

—Sígame. —Inició el camino hacia el exterior, asegurándose de que Carmen lo seguía—. ¿Prefiere que hablemos en inglés? —inquirió el guía, hablando impecablemente dicha lengua.

Carmen suspiró aliviada antes de contestarle.

—Por favor, se lo agradecería mucho.

—Perfecto, no hay problema... y tutéeme, si lo desea. —Y, sin más, continuó caminando.

A ella le costaba seguir sus largas zancadas, y eso que no era precisamente pequeña, pero, comparada con aquel hombretón, parecía una niña. Era una estampa cómica: el guía avanzando a buen ritmo empujando el carrito con el equipaje y Carmen detrás de él, casi corriendo para seguirle el paso.

Cuando llegaron a un todoterreno frente al que él se detuvo, la abogada estaba sudando y con la lengua fuera, cosa que decía muy poco en favor de su forma física, porque no habían recorrido más de quinientos metros. Claro que, si se tenía en cuenta el calor sofocante que los acompañaba y la carrera que había necesitado realizar para lograr mantenerse cerca de Mourad, quizá su estado tenía una lógica explicación.

* * *

Apenas intercambiaron algunos monosílabos en los casi treinta minutos que tardaron en llegar al hotel que tenía reservado. Carmen, intentando no ser pillada, miraba de reojo de vez en cuando al hombre que conducía.

«Joder —iba pensando conforme recorrían kilómetros—, menudo pedazo de

espécimen masculino que voy a tener a mi alcance durante tres semanas.»

Porque Mourad era una especie diferente de ser humano. A su altura, su tez morena y sus ojos de un gris azulado que hipnotizaban, había que sumarle la anchura de sus hombros, sus músculos bien definidos, una nariz patricia y unos labios... destinados a besar y ser besados.

«Anda, Carmen, no seas gilipollas y olvídate del tema. Debe de estar hasta la coronilla de turistas babeantes. Además, parece muy profesional y podría ser embarazoso si le entras por las buenas, y todavía mucho más si te rechaza», se dijo.

Con esos pensamientos en la cabeza, no se percató de que habían entrado en la ciudad ni que se acercaban a la que, durante esa noche, iba a ser su morada.

Mourad aparcó frente a la puerta del lujoso hotel El Aurassi y la instó a entrar con una inclinación de cabeza, mientras él se encargaba de su equipaje. El vestíbulo del establecimiento era grandioso y muy elegante. Carmen no pudo evitar mirar a todas partes, complacida, mientras se acercaba al mostrador de admisión. Una chica morena y de largo cabello negro la recibió con una enorme sonrisa.

—Buenos días, *Mademoiselle*. ¿En qué puedo servirla?

Antes de que pudiera responder, su guía estaba junto a ella y, guiñándole un ojo a la recepcionista, le hablaba de la reserva que su clienta tenía para esa noche.

—Sí, por supuesto. Permítame que haga una comprobación, por favor —pidió amablemente a la vez que consultaba su ordenador—. Sí, aquí está. Si me disculpa, llamaré al botones para que la acompañe a su habitación.

—Claro, no hay problema —dijo Carmen apoyando la cadera en la madera negra del frontal de recepción.

—*Mademoiselle* —la reclamó Mourad—, debo volver al aeropuerto para recoger a otro cliente que nos acompañará en la ruta.

—De acuerdo —aceptó ésta, decepcionada. No tenía ganas de que se fuera ni de quedarse sola.

—Mientras tanto, una vez se haya acomodado, puede disfrutar de las instalaciones que le ofrece el hotel, desde piscina a gimnasio o sala de masajes.

—Vaya, no sabía que hubiera de eso aquí.

—Sí, *Mademoiselle*, y puede utilizarlos todos, si ése es su deseo.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

—Después de recoger al pasajero, que llegará en una hora, lo traeré aquí y volveré por tercera vez al aeropuerto a buscar a los dos últimos integrantes del grupo —comentó sin inflexión en la voz—. Cuando estén todos, hayan ocupado sus respectivas habitaciones y estén preparados, iremos a visitar la ciudad. Le aconsejo que, hasta entonces, no salga del recinto del hotel.

—No pensaba hacerlo —aseguró ella, airada.

En ese momento un chico poco mayor que un niño se hizo cargo de su equipaje y, con una sonrisa, le indicó a Carmen que lo siguiera.

—La avisaré cuando esté todo el mundo preparado —le recordó Mourad, mirándola fijamente a los ojos. Luego insistió—: No salga del hotel bajo ningún concepto.

Ella no le contestó. Giró sobre sus talones y fue tras el adolescente que acarreaba sus maletas con ruedas. Estaba molesta con su guía... y lo peor del caso era que no tenía ni idea de por qué.

* * *

La habitación era espaciosa, con una gran cama presidiendo el centro del espacio. El baño, en un lateral, parecía más un *spa* que otra cosa. Los ventanales, del techo al suelo, daban a la piscina en forma de ocho gigante que invitaba a darse un chapuzón. A pesar de ello, prefirió tumbarse sobre el colchón y descansar para reponerse de la noche en vela y del viaje en avión. No tardó en quedarse dormida.

El sonido repetitivo e insistente del teléfono de la habitación la sobresaltó, arrancándola del placentero sueño en el que estaba sumida. Miró a su alrededor parpadeando, sin recordar por un instante dónde se hallaba, antes de contestar.

—*Mademoiselle* Sancho —la voz rotunda y varonil del otro lado de la línea terminó de despejarla—, saldremos dentro de quince minutos. La esperaremos junto a la entrada.

—De acuerdo —dijo frotándose el ojo derecho con las yemas de los dedos—. Nos vemos allí.

Se desperezó, elevando al cielo los brazos, mientras iba hacia el lavabo. Allí, se lavó la cara con agua fría y se miró al espejo de medio cuerpo. Todavía quedaban restos de sueño adheridos a su rostro, pero le dio igual. Volvió al dormitorio, abrió una de sus maletas y sacó el vestido de florecitas que planeaba ponerse; con el calor que debía de hacer en la calle, ni loca seguiría con los vaqueros y la camiseta que se había puesto para viajar.

* * *

Distinguió a Mourad nada más salir del ascensor. Estaba de espaldas a ella, conversando con otro hombre. A diferencia del guía, el otro era rubio, delgado y nada atractivo, aunque desde la distancia no se apreciaban claramente los rasgos de su cara. En el momento que se acercó a ellos, el guía se giró. Esos ojos, que resaltaban en su tez morena, la escrutaron sin disimulo.

—*Mademoiselle* Sancho —dijo haciendo un leve gesto con la cabeza—, permítame que le presente a uno de sus compañeros de viaje. —Con la mano abierta hacia arriba, señaló al otro individuo—. *Monsieur* Flaubert.

—Encantada. —Tendió la mano en su dirección—. Mi nombre es Carmen Sancho —se presentó en su francés de parvulario.

—Yo sí que estoy encantado —contestó él. En lugar de estrecharle la mano, la tomó ente las suyas y le besó el dorso—. Estoy convencido de que nos lo vamos a pasar muy bien en este recorrido —concluyó, esbozando una sonrisa de complacencia.

Tuvo que tirar de su mano para liberarla del agarre de aquel tipo. En ese momento, ya que podía verlo bien, se ratificó en su primera opinión. Era muy poco atractivo. Sus ojos pequeños, negros y semejantes a los de una rata, estaban separados entre sí por una nariz aguileña y un poco torcida. Los labios, finos, mostraban una sonrisa desagradable dirigida a ella y que, sin razón alguna, le molestó muchísimo. Aunque no debía de ser más de unos cinco o seis años mayor que Carmen, a la chica le pareció un viejo prematuro..., un viejo verde

prematureo. Le desagradó de inmediato. En ese instante apareció una pareja, aproximadamente en la mitad de la treintena, junto a ellos. Se presentaron como *Mademoiselle* y *Monsieur* Fontaine, aunque enseguida dieron sus nombres de pila: Sylvie y Jean Paul. A diferencia de lo que le había pasado con el otro integrante del grupo, a Carmen le cayeron bien al instante. Lo único que le molestó de ellos, y lo cierto era que no era culpa suya, fue que no hablaran ningún otro idioma en que se pudieran comunicar aparte del suyo propio. Carmen se dijo que eso representaría un gran inconveniente a lo largo de los días que iban a compartir.

Tras las presentaciones, Mourad los instó a salir al exterior. Nada más cruzar las puertas acristaladas, un intenso y aplastante calor les dio una bofetada como bienvenida. Frente a ellos, un Range Rover de color marrón desvaído, y casi de la misma edad de Carmen, los estaba esperando.

—¿Ése es el coche con el que haremos la ruta? —preguntó la española con escepticismo, al ver que el guía se dirigía hacia él.

—*Oui, Mademoiselle*. No se deje influir por su aspecto —le contestó Mourad mientras abría la puerta de atrás para que subieran sus clientes—. Es un vehículo muy fiable. Jamás me ha dejado en la estacada.

Ella encogió los hombros, no muy convencida, y subió tras el matrimonio Fontaine. Louis lo hizo en el asiento del copiloto; el último en acomodarse fue el argelino.

Capítulo 4

El paseo por la ciudad, cobijados en el Range Rover, los llevó a recorrer sus lugares más significativos. Era una urbe de contrastes: junto a zonas modernas que bien hubieran podido estar en cualquier capital europea, encontraron, en la alcazaba, mezquitas de aspecto tradicional y barrios típicos del Magreb que parecían sacados de los cuentos de *Las mil y una noches*. Les llamó especialmente la atención a todos una antigua catedral católica reconvertida en un templo islámico. Se apearon del vehículo para pasear por la Plaza de la Grande Poste, con el Mediterráneo al fondo, donde admiraron sus monumentales edificios y jardines. Callejearon por la Rue Didouche Mourad, en pleno centro, rodeados por ajetreados viandantes. Se asombraron al visitar el Parque de la Libertad, un lugar en apariencia abandonado pero en el que, si se observaba con detenimiento, se podía apreciar el extremo cuidado que se le dedicaba. También pasaron por el Museo Central del Ejército y el Monumento a los Mártires de Argel, desde cuyo mirador pudieron contemplar la totalidad de la urbe... Resultó una buena muestra de los tesoros que escondía la capital del país, y en todo momento se pudo distinguir el orgullo patrio en las explicaciones de Mourad; estaba enamorado de su ciudad y no podía, ni parecía querer, negarlo.

Ya apenas quedaban unos exangües rayos de sol cuando decidieron dar por finalizada la visita. El canto del imán llamando a la oración les recordó lo tarde que era ya... sin olvidar que, al alba, comenzarían la ruta que los llevaría a recorrer todo el territorio seguro del país y debían descansar. No obstante, todavía hubo tiempo para que Mourad los acompañara a un típico restaurante árabe, con aspecto de jaima, donde cenaron antes de retirarse definitivamente a sus habitaciones.

Carmen, sin poder evitarlo y muy a su pesar, se sentía excluida del grupo.

Entre ellos siempre hablaban en gabacho y raras veces Louis recordaba que ella estaba allí y le traducía la broma de turno. Sólo Mourad parecía constantemente atento a su bienestar. Intentaba incluirla en la conversación haciendo de intérprete y repetía sus explicaciones en inglés para ella con tal de implicarla en la charla. Sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos del guía, ella empezaba a arrepentirse de haber realizado ese viaje.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, aburrida, miraba a todas partes durante una de las interminables charlas que mantenían los galos. Distraída con lo que veía a su alrededor, no percibió que Mourad se había levantado de su asiento y se sentaba a su lado hasta que le habló.

—No parece muy feliz, *Mademoiselle*.

—Supongo que tienes razón. Mis compañeros de viaje están ahí, tan entretenidos, explicándose... bueno, no sé qué se cuentan, y yo no entiendo más que alguna palabra suelta, así que me siento... —Iba a confesar que se sentía sola, pero se contuvo. No tenía por qué revelarle a un extraño sus sentimientos.

—No se dé por vencida, por favor —le rogó el guía, mirándola desde la profundidad de sus iris grises—. Le prometo que ésta va a ser la experiencia de su vida, se lo garantizo. Yo me ocuparé de que así sea. —Carmen no respondió. Se limitó a esbozar una sonrisa que tanto podía hablar de su incredulidad como de su convencimiento de que creía que Mourad decía la verdad. Él continuó muy serio y concentrado en ella—. Se lo prometo, y yo jamás rompo una promesa.

Para el trayecto de vuelta, cambiaron los asientos: Jean Paul ocupó el del copiloto, mientras que Louis se sentó entre Sylvie y ella. Ese hombre la ponía nerviosa; esa cara de ratón y esa risilla de hiena ya comenzaban a sacarla de quicio... y el *tour* no había empezado siquiera. Además, le parecía que el franchute ese le tiraba la caña. Iluso. Se echó las manos a la cabeza mentalmente. Esperaba de todo corazón que Mourad cumpliera su palabra y que aquellos días resultaran inolvidables, a pesar de los inconvenientes que, a priori, estaban incomodándola.

Por suerte, no tardaron en llegar al hotel. El argelino los acompañó hasta la puerta de entrada y les dio las últimas instrucciones antes de despedirse de ellos.

—Les pido que metan lo imprescindible en el equipaje. Lo que no se lleven

consigo, se guardará en la consigna del hotel. —Mirando por turnos a cada uno de ellos, añadió—: Cuando hablo de lo imprescindible, lo digo muy en serio. Debemos llevar material para la ruta en el Range Rover, lo que no deja espacio para grandes bultos. También les aconsejo que no olviden la crema solar y un abrigo o anorak para las noches.

—¡Pero si hace un calor de mil demonios! —protestó Louis.

—No durante la noche en el desierto —aseveró Mourad con voz paciente—. Háganme caso, me lo agradecerán. Por lo demás, un par o tres camisetas, unos pantalones cortos y otros largos, su ropa interior —sin querer, desvió un instante la mirada hacia Carmen— y sus enseres de aseo.

—¡Con la ropa tan bonita que me había traído para el viaje! —se quejó Sylvie antes de reprimir un bostezo.

—No se preocupe, en el desierto no tendría muchos admiradores para verla con ella puesta —se atrevió a bromear Mourad, quien hasta ese instante no había hecho ningún comentario que no fuera meramente profesional, a excepción de lo que le había dicho a Carmen a solas.

—Tranquila, mi amor, ya te los pondrás a la vuelta —la consoló su marido, estrechándola por los hombros.

—Bien, sólo me resta decirles que los espero aquí mismo a la hora del Fajr...

—¿Perdón? —lo interrumpió el gabacho desgarrado—. ¿Se puede saber qué demonios es eso?

Mourad lo fulminó con la mirada antes de contestar.

—Es la primera llamada al rezo.

—Y eso, ¿a qué hora es? —insistió Louis, sin darse cuenta de lo impertinente que estaba sonando.

—Sobre las seis y media, aproximadamente —contestó el árabe, procurando ocultar su descontento.

—¡Pues haberlo dicho así, hombre! —gruñó hacia él un segundo antes de girarse en dirección a Carmen y dedicarle una sonrisa condescendiente—. Éste se cree que estamos al tanto de sus costumbres.

Ella le dedicó una mirada de hastío. Luego, cambiando el gesto por una amable sonrisa, miró a Mourad.

—Nos vemos en unas horas, entonces.

Sylvie, que ya no podía esconder sus bostezos, fue la primera en darse la vuelta y entrar en el vestíbulo, siempre seguida de cerca por Jean Paul. Louis fue tras ellos. Cuando Carmen iba a traspasar el umbral de la puerta del hotel, sintió una mano aferrando su antebrazo. Miró el punto en el que Mourad la estaba agarrando y siguió con la mirada la línea de su brazo hasta llegar al rostro moreno del guía.

—Nunca rompo una promesa —pronunció con voz ronca y, tal como había hecho hasta ese momento, encadenó sus ojos fuertemente a los suyos.

Después de ese breve e intenso instante, la soltó, pero siguió mirándola durante un eterno segundo sin añadir nada más. Finalmente, se giró y, con paso decidido, subió a su vehículo y desapareció en la noche, dejando a la abogada con una sensación desconocida en las entrañas y un hormigueo excitante en el punto exacto donde él la había tocado.

* * *

Tomaba el ascensor para descender a la planta baja a la hora exacta en que una voz salía de un altavoz llamando a la oración. Carmen había tenido dificultades para conciliar el sueño. Sentía una extraña mezcla de sentimientos encontrados con respecto a ese viaje. No estaba resultando lo que ella esperaba, a pesar de que sólo acababa de comenzar. Por otra parte, la promesa que le había hecho Mourad la llenaba de curiosidad. ¿A qué se referiría el guía al asegurarle que sería el viaje de su vida? ¿Las vistas? ¿Las gentes? ¿La experiencia?... ¿Él? La miraba de una forma tan intensa cuando le hizo esa promesa que no sabía ni qué pensar. Por otro lado, el hecho de no tener a nadie con quien hablar con facilidad, aparte de Mourad, le parecía un tanto molesto y un gran inconveniente, sin olvidar tampoco al gabacho esmirriado que le daba repelús. Todo eso le había rondado por la cabeza hasta altas horas de la madrugada y no le había dejado descansar el tiempo que hubiera necesitado.

Mientras el elevador descendía, desechó la idea de que el argelino filtrara un mensaje oculto en las palabras que le había dedicado la noche anterior. Estaba

convencida de que quien había hablado era el profesional y no el hombre, por mucho que le hubiese gustado que fuera diferente; era un tipo imponente y rodeado de un misterio que a ella le encantaría descifrar.

Lo primero que vio al abrirse las puertas mecánicas fue la espalda de quien había ocupado sus últimos pensamientos. Estaba solo, mirando hacia el exterior apoyado de lado, de forma despreocupada, en una columna.

Al oír el sonido del ascensor, Mourad miró por encima de su hombro para saber quién descendía de él. Al verla, su mirada relajada cambió. Por unos segundos sus ojos quedaron engarzados con los de Carmen, pero al cabo de un instante los bajó, negando con la cabeza de manera prácticamente imperceptible, para luego volver a fijarlos en ella de una manera totalmente neutra.

—*Mademoiselle*, permítame su macuto —le pidió alargando la mano para cogerlo—. Lo llevaré al coche.

—De acuerdo. —Se acercó a él, se quitó la mochila de los hombros y se la pasó.

Al entregársela, sus dedos se rozaron una fracción de segundo, produciéndole a ella un escalofrío placentero que hubiera jurado que también sintió él. Sus miradas volvieron a encontrarse unas décimas de segundo antes de que Mourad se diera la vuelta y se perdiera, saliendo por las puertas acristaladas del hotel.

El elevador volvió a abrirse detrás de la abogada. La voz amable y algo estridente de Sylvie la saludó, seguida inmediatamente de la de su marido. Gracias al poco francés que Carmen había aprendido de pequeña y a ese lenguaje internacional de signos que todo el mundo parece conocer, se dieron los buenos días mientras esperaban que apareciera el último integrante del grupo. Jean Paul intentó decir algunas palabras en español, lo que les provocó una carcajada a los tres. Después de todo, igual no era tan malo eso de no hablar el mismo idioma que aquella pareja, pensó; así podría poner a prueba todo lo que sabía de gabacho y, ayudada por gestos y contando con el esfuerzo que pudieran hacer ellos por adivinar lo que tratara de decirles, era posible que llegaran a entenderse más o menos bien. Además, siempre podían recurrir a Mourad para traducirles lo que no logran captar. Por desgracia también estaba incluido

Louis en el lote y ése, del que no tenía ningunas ganas de saber qué decía, era el único que podía hablarle en inglés.

Como si lo hubiera invocado, el susodicho apareció por la escalera que había junto a ella.

—Carmen —la saludó con ese acento galo que destilaba su inglés—, ¿preparada para empezar la aventura? —Luego, dirigiéndose a la pareja, hizo lo propio, esta vez en su idioma.

Justo en ese momento apareció Mourad, instándoles a seguirlo, y, a pesar de la insistencia de Jean Paul por hacerlo él mismo, cargó con la bolsa de Sylvie y los condujo hasta el vehículo, que ya estaba preparado y esperando a sus ocupantes y sus pertenencias. Empezaba el *tour*.

La primera parada la harían en Zéralda, una ciudad situada al oeste de Argel. El trayecto era relativamente corto, poco más de media hora, pero, como todavía no habían desayunado, a mitad de camino el guía les indicó una bolsa situada detrás del asiento trasero, que contenía algo para picar y agua, por si les apetecía comer algo. Todos estuvieron de acuerdo en esperar a llegar a su destino.

—Pararemos en Zéralda a desayunar y visitar por encima la ciudad —les comunicó—. No nos entretendremos mucho, no es una población muy interesante, pero ya que recalamos allí no desperdiciaremos la oportunidad de conocerla, aunque sea de pasada.

Los franceses estuvieron de acuerdo, aportando comentarios que a Carmen le costó seguir. Ella, por su parte, se limitó a asentir con la cabeza. Mourad buscó sus ojos a través del retrovisor para asegurarse de que le parecía bien; al encontrarlos, volvió a mirarla con aquella intensidad que a la española empezaba a gustarle más de lo debido.

Tal como había predicho el guía, la pausa fue corta, pero no les impidió disfrutar de un maravilloso desayuno argelino antes de recorrer las calles de la urbe en el todoterreno. Después de la visita, emprendieron camino hasta su siguiente parada: El Attaf, un municipio situado a mitad de camino entre Argel y Oran. Allí pasarían la primera noche.

Ese trayecto hasta su siguiente destino era largo, especialmente por las malas condiciones de la carretera, así que Carmen, acunada por los kilómetros y la

incesante charla que no entendía, cedió al cansancio, producto de otra noche sin apenas haber pegado ojo.

Lo primero que detectó al despertar, ya en El Attaf, fue la mirada de Mourad fija en ella a través del espejo retrovisor; después, la pátina color ocre que lo envolvía todo. El polvo de arena, acentuado por los rayos del sol, daba una inquietante sensación de sequedad. Otra cosa que llamó su atención cuando miró por la ventanilla fue la población en sí. Carecía totalmente de encanto; era una amalgama de edificios de distintas alturas sin ninguna gracia que la decepcionó de inmediato.

—Estamos llegando al hotel donde pasaremos la noche —les anunció el guía, primero en francés y luego en inglés, traduciendo para ella.

—¿Un hotel? —preguntó Louis, mirando primero al argelino y girándose hacia el asiento trasero donde estaban los demás—. ¡Pensaba que acamparíamos, que esto iba a ser una aventura!

—Y lo haremos, *Monsieur*, pero más adelante.

—No te quejes, Louis —lo regañó Sylvie, dándole un golpecito en el hombro—. Seguro que más adelante echarás de menos una cama.

—No creo que eso vaya a pasar —replicó él alzando la barbilla, mostrándose orgulloso—. Yo he venido a vivir una aventura —repitió.

—La vivirá, se lo aseguro —intervino Mourad, provocándole con su afirmación un pellizco de decepción a Carmen, al recordarle las palabras que le había dedicado a ella la noche anterior; tal vez sólo se trataba de una frase hecha dicha para contentar a sus clientes y ella había querido entrever un mensaje oculto en ella... Sí, eso debía de haber sido.

Conforme se acercaban al centro de la ciudad, la pesadez del polvo que antes estaba presente en todo lo que veían a su paso se fue disipando hasta desaparecer por completo. La estampa había cambiado para dar paso a una visión de un casco viejo hermoso y acogedor.

El hotel escogido era bastante bonito por fuera, cosa que agradó a todos... hasta que llegaron a las habitaciones. A Carmen se le cayó el alma a los pies cuando abrió la puerta de la suya; era, sin duda, el cuarto más cutre que hubiera visto en su vida. Las sábanas eran horribles, escasamente había espacio para

dejar el macuto, olía a tabaco añejo y a alcohol rancio... Sólo un pequeño ventanuco, casi a la altura del techo, dejaba entrar la luz de la calle y, sobre la cama, una triste bombilla hacía las veces de lámpara. Salió de aquel antro sin apenas haber puesto un pie dentro. Se encontró en el descansillo con sus compañeros de viaje, que tenían la misma cara de espanto que, imaginaba, mostraba ella.

—Mourad —Louis fue el primero en poner el grito en el cielo—, pero ¿dónde coño nos has metido?

La abogada no necesitó que le tradujeran lo que había dicho el francés.

—Sí, ya sé que no es un establecimiento de lujo —se defendió éste—, pero sí el único aceptable libre para pasar la noche.

—Pues casi preferiría dormir en el coche, la verdad —comentó Sylvie, visiblemente horrorizada.

—Este lugar es un punto de parada de camioneros y comerciantes en la ruta de Argel a Orán y, aunque no lo crean, está limpio y se come muy bien.

—¿Limpio? —preguntó Jean Paul, abriendo desmesuradamente los ojos.

—Mourad —intervino Carmen—, ¿te importaría traducirme? No me entero de nada... —Él lo hizo de inmediato, mirándola con... ¿temor a su reacción?

—No podemos quedarnos aquí —volvió a mediar Sylvie.

Carmen meditó por un momento. Aquel sitio era terrible, sí, pero, al parecer, no había más remedio que quedarse a pasar la noche allí. Además, si Mourad decía que estaba limpio, seguro que debía estarlo. Por otro lado, ya estaba pagado, ¿no? Su mente práctica entró en acción.

—Por favor, Mourad, ¿puedes traducir lo que voy a decir? —Él asintió con la cabeza—. Bien, esto —abarcó el espacio que los rodeaba con los brazos— es lo que hay. A mí tampoco es que me guste mucho la idea de pasar la noche aquí, pero, si no hay más remedio... Si no os fiáis del estado de las sábanas, siempre podéis utilizar el saco de dormir y, por otro lado, una noche se pasa como sea. —A continuación, girándose hacia el argelino y señalándolo con el dedo, añadió sonriendo—: Pero más te vale que la comida de este sitio sea buena o te las verás conmigo.

Mourad le devolvió la sonrisa, la primera que Carmen le veía esbozar desde

que lo conocía, y por poco se le escapó un gemido de admiración. Tenía la sonrisa más atractiva, electrizante y cautivadora que ella hubiera visto jamás. Sus ojos grises brillaron con luz propia, dándole a su ya perfecto rostro un aspecto casi mágico. Por un momento permaneció en silencio, disfrutando de la visión de su guía. Fue el bufido disconforme de Louis lo que la hizo reaccionar.

—¡Venga, hombre, no te pongas así! —le pidió al francés, cambiando el gesto—. Sólo es una noche.

—Está bien —entendió que decía Sylvie—, dormiremos aquí.

Satisfecha, Carmen le hizo un gesto con la cabeza a la mujer y se dirigió de nuevo a ese cuchitril que era su habitación.

Tal como les había prometido Mourad, los platos que servían en aquel establecimiento eran de buena calidad y muy sabrosos; la mezcla de especias, el contraste de sabores, la explosión de gustos... y, como colofón, los dulces bañados en miel resultaron un auténtico festín. Fue todo un lujo para sus paladares, así que, finalmente, todos estuvieron de acuerdo en aplaudir la elección del lugar.

La tarde la dedicaron enteramente a pasear por la población, que al final resultó ser más grande de lo que habían imaginado. En un momento dado, Mourad les planteó la posibilidad de que se separaran para investigar cada uno por su cuenta durante un rato. A Jean Paul le pareció una estupenda idea y no tardó en perderse por una calleja acompañado de su mujer, no sin antes concretar la hora en la que deberían volver a reunirse. Louis le propuso a Carmen que lo acompañara.

—Tú vienes conmigo —le dijo sin esperar una negativa—. Aquí no es recomendable que una mujer ande sola por la calle.

La española observó a su alrededor; muchas mujeres, unas con la cabeza cubierta y otras no, tranquilas y sin muestras de temor, caminaban de aquí para allá. Con disgusto mal disimulado, se giró hacia el franchute y negó con la cabeza.

—Te agradezco el «ofrecimiento» —contestó con ironía, pues había sonado a orden—, pero creo que no voy a correr ningún riesgo.

—¿No te han explicado que Argelia es un país peligroso —insistió él,

engreído—, especialmente para las féminas?

—Me arriesgaré —concluyó ella, para luego girar sobre sus talones y alejarse. Al hacerlo, vislumbró una mueca de preocupación en el rostro de Mourad, pero siguió con decisión su camino.

Louis trató de ir tras ella, pero el guía se lo impidió.

—No se preocupe, *Monsieur, Mademoiselle* estará a salvo —afirmó con falso convencimiento—. Disfrute usted de su paseo. Le aconsejo que visite el centro financiero, seguro que se sorprende.

—No sé —contestó Louis mirando por donde había desaparecido Carmen—. ¿Estás seguro de que no le ocurrirá nada? Es una mujer.

—Estoy completamente seguro —aseveró Mourad con voz fría.

Louis ya no dudó más y dirigió sus pasos hacia el sitio que le había indicado el guía. Éste, en el mismo instante en el que dejó de verlo, corrió en busca de Carmen. Si bien le había asegurado a Louis que ella estaría a salvo, debía encargarse personalmente de que así fuera.

Llevaba diez años trabajando como guía, amaba su país, sus costumbres, y le gustaba mostrárselos a los visitantes que caían en sus manos. En todo ese tiempo, nunca se había fijado en una clienta, jamás, y eso que había recibido infinidad de insinuaciones. Durante toda su vida laboral, muchas mujeres habían intentado seducirlo... sin éxito. No creía que fuera buena idea mezclar el placer con el negocio...; claro que nunca había conocido a ninguna mujer como Carmen. Desde que la vio en el aeropuerto, se sintió atraído por ella. Mala cosa..., de lo más inconveniente.

Le costó encontrarla más de lo que esperaba, pero lo logró. La vio a lo lejos, paseando tranquilamente, sin que ella fuera consciente de su presencia. Los hombres que se cruzaban con ella la miraban curiosos y con deseo; las mujeres, simplemente con desaprobación... Una joven extranjera, paseando sola sin un acompañante masculino que la vigilara, era algo muy poco apropiado para sus costumbres. Carmen, ajena a esas miradas, caminaba con determinación y seguridad, cosa que asombró a Mourad. O era una inconsciente o más valiente de lo que hubiera imaginado.

Durante unos minutos la siguió a una distancia prudencial, observando su

forma de andar y sus movimientos tranquilos cuando miraba a todas partes como si estuviera intentando absorber cuanto veía. De repente, se paró frente a una tienda y se quedó embelesada mirando su interior. Él se detuvo a su vez para evitar que ella lo descubriera. En ese instante, un hombre se paró a un lado de Carmen y, un segundo después, otro lo hizo al otro lado. Mourad se puso en guardia. Desde donde estaba no podía distinguir qué había llamado la atención de la española, pero la actitud alerta de los dos tipos que la habían flanqueado no parecía que atendiera al escaparate frente a ellos, sino a la chica.

Uno de los individuos se acercó peligrosamente a ella. Desde la distancia, Mourad pudo advertir su cara de alarma a pesar de sonreír al sujeto, intentando parecer calmada. El otro se puso a su espalda y pareció empujarla hacia su compañero. Mourad no esperó más: inició una rápida carrera para llegar hasta ella. En cuestión de segundos, se plantó a su lado.

—Aquí estás, querida —dijo con la respiración agitada no sólo por haber corrido—. Perdona que me haya retrasado —añadió apartando sin disimulo al hombre que se había posicionado tras ella y posándole la palma de su mano en la espalda.

Mourad advirtió varias cosas a la vez: el gesto de alivio que le dedicó Carmen, la mirada intimidatoria que le mostró uno de los tipos y cómo el otro tiraba del brazo de su amigo para alejarse de ellos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella, aturdida, al verlo mientras observaba cómo los dos argelinos se alejaban de mala gana—. ¿Y de dónde sales tú?

—No tengo claro si trataban de robarle o si pretendían... ponerla en un aprieto —contestó él, señalando con el pulgar por encima del hombro en dirección a por donde se habían perdido aquellos dos.

—No me has contestado, ¿de dónde sales? —insistió, frunciendo el entrecejo—. Hace más de diez minutos que... ¿Me has estado siguiendo? ¿Por qué?

—Sólo quería asegurarme de que estaba bien, *Mademoiselle*. —Parecía avergonzado, pero no mucho.

—Pensaba que habías dicho que estaría a salvo. —Carmen lo miró, retándolo.

—Porque estaba seguro de que lo estaría, yo me iba a encargar de ello. — Aquella mirada acerada la atravesó de nuevo, estremeciéndola de arriba abajo y

dejándola muda. Cambiando de tema, Mourad añadió—: Creo que ya es hora de regresar. Hemos quedado en veinte minutos con los demás.

Carmen no discutió. Echando un último vistazo a todo cuanto la rodeaba, siguió al guía de camino al punto de reunión.

Capítulo 5

A pesar de haber afirmado que una noche se pasaba de cualquier manera, Carmen no pareció estar de acuerdo consigo misma cuando cerró la puerta de su habitación. Se dejó caer, inquieta, en el catre que hacía las veces de cama. Sentada en el borde del colchón, miró la reducida estancia con aprensión antes de abrir las piernas y mirar por entre ellas debajo de la cama en busca de no sabía qué. Cuando quedó claro que no tenía compañeros indeseables, se puso en pie y comenzó a desnudarse.

Ya entre las ásperas sábanas, se quedó mirando la bombilla apagada; pendía sobre ella, bañada por la escasa luz que entraba por el ventanuco. No podía dormir. Repasó mentalmente toda la jornada desde que se había despertado en Argel esa misma mañana. Le pareció que había pasado toda una vida.

Su memoria se centró en el inesperado encuentro que había tenido esa tarde con Mourad. En ningún momento sospechó que él iba tras sus pasos, de ahí que se sorprendiera tanto cuando su mano firme se posó en su cintura, sólo un segundo después de haber oído su voz. Lo primero que sintió al tenerlo junto a ella fue alivio; inmediatamente después, un hormigueo allí donde la tocaban sus largos dedos y, por último, indignación. ¿Cómo se atrevía a seguirla? Pero lo cierto era que, en su fuero interno, había agradecido que lo hiciera.

Cuando paró en aquella pintoresca tienda, no imaginó que estuviera llamando la atención de aquel par de tipos que la rodearon casi en el mismo instante de haberse detenido. Había intentado no asustarse al ver a esos dos posicionándose a su lado. De hecho, les sonrió de forma amable, imaginando que hacían lo mismo que ella: mirar lo que exponía el establecimiento. Fue al notar cómo uno de esos hombres se desplazaba hasta su espalda y la empujaba hacia su compañero cuando empezó a inquietarse. Estaba planeando cómo salir de aquel

atolladero cuando apareció Mourad de la nada para sacarla de aquella situación tan comprometida. Y lo había hecho sin grandes demostraciones de poder, únicamente utilizando su voz y su presencia. En aquel momento lo había sentido como su salvador.

Durante la cena con el resto del grupo, sorprendió al guía mirándola en más de una ocasión. Recordaba muy bien la sensación, casi palpable, de sus ojos fijos en ella como una caricia. Sin embargo, apenas le dirigió la palabra, salvo para traducirle lo que estaban hablando los demás. Sólo cuando tocó retirarse a los dormitorios se acercó a ella.

—*Mademoiselle*, por favor, cierre por dentro —le había pedido ante su puerta—. Yo estaré en la habitación contigua, por si necesita cualquier cosa.

—De acuerdo —había aceptado Carmen antes de entrar.

Y ahí estaba ella, con la mirada fija en la bombilla suspendida sobre la cama y sin poder quitarse de la cabeza a su guía..., a su héroe.

—¡Mierda! —exclamó en el silencio de su estancia—. ¿Por qué tiene que estar tan bueno, el jodido?

Con tan sólo pensar en él se le estimulaban los sentidos, algo nada adecuado. Prácticamente acababan de comenzar el viaje, uno que iba a durar casi tres semanas. No podía, no debía, dejarse llevar por lo que ese argelino avivaba en ella. Estaba convencida de que un polvo con él sería como para tirar cohetes, pero no era una idea demasiado inteligente por varias razones. Por un lado, seguro que Mourad no se dejaría tentar, pues debía de estar acostumbrado a que sus clientas reaccionaran ante su magnetismo sin permitirse a sí mismo ceder a la tentación. En segundo lugar, y aunque hiciera demasiado tiempo que no estaba con un hombre, acabar en la cama con su guía sería, probablemente, una de las peores decisiones de su vida; le gustaba demasiado y eso podía suponer un gran inconveniente a la larga. Por último, el grupo era muy reducido y los demás terminarían dándose cuenta de que entre ellos dos había algo. Carmen no estaba dispuesta a aguantar, durante días, las miradas y comentarios que pudiese suscitar el hecho de que se acostara con Mourad. Además, ¿cómo y cuándo podrían estar solos, sin los otros pululando a su alrededor?

Frustrada, se giró en el catre, obligándose a dejar de pensar en él. Había ido a

Argelia a vivir una experiencia, a disfrutar de esa tierra y sus encantos, no a complicarse la vida sucumbiendo al impulso de liarse con el hombre que iba a mostrárselos.

Al otro lado de la pared, Mourad no hacía más que dar vueltas en el sucedáneo de cama en el que estaba tumbado. Debido a un error en la reserva, había tenido que compartir habitación con Louis, por lo que hubiera sido fácil achacar su insomnio a los ensordecedores ronquidos con los que lo estaba martirizando... pero mentiría. Tenía a Carmen metida en la cabeza a fuego..., sus carnosos y sensuales labios, su nariz, recta y algo respingona; esos ojos oscuros y perspicaces, y ese cuerpo bien formado y apetecible como un helado de dátiles en mitad del desierto. Además, ese bello envoltorio encerraba dentro a una mujer inteligente, valiente —lo demostraba el hecho de haberse arriesgado a realizar sola aquel viaje —, perspicaz...

Cuando aquella tarde había visto a aquellos dos tipejos, claramente con malas intenciones, junto a ella, lo atravesó un instinto asesino nada común en él. Por suerte no le habían plantado cara cuando lo vieron aparecer; de lo contrario, no hubiera dudado en utilizar la fuerza. Por fortuna para todos, habían sido lo suficientemente listos como para largarse sin rechistar.

Después del incidente, no había podido despegar los ojos de esa chica. Había intentado ser sutil, sin conseguirlo. De hecho, Carmen lo había pillado varias veces mirándola y se preguntaba qué opinaría ella sobre eso. Aunque, pensándolo bien, eso significaba que ella también había estado mirándolo... ¿Quizá la española se sentía también atraída por él? ¡Qué tontería! Lo más probable era que le despertara la curiosidad por ser alguien tan diferente a lo que ella conocía, o tal vez era por gratitud, por haberla librado de aquel par de zopencos en la calle..., nada más.

Con un amasijo de mil preguntas y otras tantas conjeturas en mente, le costó conciliar el sueño, ignorando que, al otro lado del tabique, al motivo de su desvelo le ocurría exactamente igual.

* * *

El recorrido se reanudó temprano a la mañana siguiente. Los franceses, despejados y activos, no se dieron cuenta del estado de Carmen, claramente cansada, ni del de Mourad, otro tanto de lo mismo.

Su siguiente destino era Aïn Séfra. Tenían por delante un largo itinerario de más de siete horas, en las que Mourad debería luchar por mantenerse alerta mientras conducía. Nunca se había permitido no dar el ciento por ciento en su trabajo; sin embargo, ese día no estaba en sus mejores condiciones. Esa noche de descanso, más corta de lo que debería haber sido, no le había servido para reponer energías... Además, para agravar la situación, Carmen era su copiloto en aquel trayecto. Su cercanía, el aroma que desprendía al moverse y, sobre todo, los ruiditos que empezó a emitir cuando la rindió el sueño lo estaban distrayendo peligrosamente. Dudaba poder seguir así mucho tiempo.

Durante más de tres horas, aguantó estoicamente, intentando concentrar toda su atención en la carretera..., pero la cercanía de esa mujer, la cháchara y las preguntas incesantes de los tres ocupantes de la parte trasera del vehículo, además de la monotonía de la vía, lo estaban llevando al límite de sus fuerzas, así que decidió hacer un alto en el camino con la excusa de comprar comida en el mercado de una pequeña ciudad llamada Muaskar.

—¿Dónde estamos? —preguntó la abogada, reprimiendo un bostezo, cuando notó que el todoterreno se paraba.

—Haremos un descanso para estirar las piernas y comprar fruta fresca —contestó Mourad, fingiéndose distraído con el cuadro de mandos del Range Rover.

—Buena idea —aceptó ella mientras se desentumecía con disimulo.

—Carmen —la llamó Louis en ese momento—, ¿vienes?

Antes de seguir a sus compañeros de viaje, lanzó una mirada furtiva hacia el argelino y se dirigió a él.

—¿Nos acompañas?

—No. Nos veremos aquí en media hora.

Decepcionada, llegó hasta el grupo, que ya la esperaba, para adentrarse por las callejuelas que conformaban el mercado, atestadas de puestos de frutas, dulces, olivas y otras viandas.

Por su parte, Mourad los vio alejarse y se maldijo a sí mismo. En otra circunstancia, habría acompañado a sus clientes, les habría aconsejado qué comprar o les habría explicado cualquier cosa que quisieran saber. En ese momento, sin embargo, no podía hacerlo. Tenía que alejarse de Carmen y de su influjo, aunque sólo fuera durante un rato. Necesitaba recobrar la sensatez y su característico aplomo. Y, antes que nada, necesitaba un café si no quería acabar durmiéndose al volante.

Durante el corto paseo, y no sin esfuerzo, la española mantuvo una animada charla con Sylvie. Los olores, las texturas y los sabores de aquellos alimentos que les daban a probar eran un buen tema de conversación. Su francés, que creía del todo olvidado, parecía querer emerger y empezaba a entender no sólo a su compañera, sino también a los mercaderes que se esforzaban en venderles sus productos. Además, cuando las dificultades del idioma se hacían más evidentes, tiraba del universal lenguaje de los signos.

Cargados con sus adquisiciones, regresaron al coche y lo encontraron vacío.

—¡Vaya! ¿Dónde se habrá metido este tipo? —refunfuñó Louis con su irritante tono de voz.

—No creo que tarde —respondió Jean Paul, mirando a todos lados, buscándolo con la vista.

—No importa si se retrasa —intervino Sylvie—. Todavía quedan muchas horas de viaje y no me importa alargar la pausa un poco más.

—Podemos tomar un té en ese bar —sugirió Carmen, señalando un pequeño local con mesas en el exterior cubiertas por un toldo de uralita.

—Buena idea —corearon los otros tres.

Ocuparon una mesa de la terraza desde donde se podía distinguir sin problemas el todoterreno. Louis, deliberadamente, se sentó de frente al vehículo para ser el primero en ver aparecer a su guía.

—¡Qué falta de profesionalidad! —exclamó primero en francés, repitiéndolo luego en inglés para que la española lo entendiera—. ¡Habrased visto! Nos deja colgados aquí, con este maldito calor y cargados de comida que se va a estropear.

—No seas tan dramático —trató de razonar con él Jean Paul, frenándolo con

un gesto de manos, antes de llamar la atención del camarero—. A mí no me importa esperarlo tomando un té a la menta, la verdad. Cuatro té a la menta —le pidió al empleado que se acababa de aproximarse a ellos, alzando ese número de dedos.

Mourad los había visto acercarse al mismo lugar al que él había acudido para descansar. Estaba en el interior del establecimiento, acunado por la fresca sombra que se extendía allí. Desde su posición tenía una vista perfecta de la mesa que ocupaban sus clientes. Detectó claramente el rostro avinagrado de Louis, el gesto curioso de Sylvie, la postura tranquila de Jean Paul y la expresión expectante de Carmen. Ella parecía lanzar miradas disimuladas al coche, como si esperara encontrar algo o a alguien. ¿A él, tal vez? Enfadado por esa estúpida suposición, se acabó de un sorbo el fortísimo café que le habían servido y, tras dejar unas monedas sobre su mesa, se dirigió hacia el exterior, confiando en que el oscuro líquido y el breve receso le hubieran devuelto su buen juicio y le hubiesen ayudado a refrescarse lo suficiente.

—Ahí está Mourad —anunció la abogada, con un toque de alivio y emoción en la voz, cuando lo vio salir de las profundidades de la taberna—. Estaba justo aquí mismo.

—Mourad, qué bien que apareces —intervino Jean Paul, dedicándole una sonrisa—. Coge una silla y siéntate con nosotros. Acabamos de pedir.

—¿Se puede saber por qué coño te has alejado del vehículo? —La voz exigente de Louis los tensó a todos de inmediato.

—¡No te pases! —lo advirtió Sylvie secamente, mostrando una cara de sí misma que hasta ese instante no había aparecido—. Tiene derecho a descansar y a tomarse algo si quiere. Trabaja para nosotros, no es nuestro esclavo.

Todos miraron al francés con reprobación y sin simpatía y a continuación, ignorándolo, comenzaron a explicarle al argelino lo que habían visto y comprado en el mercado.

—Hay dátiles de todas clases —detallaba Sylvie, ante la sonrisa complaciente de Mourad—. Nos han dejado probar varios tipos. Al final, nos hemos decidido por unos oscuros, grandes y muy dulces; nos han dicho que se llaman Medjool.

—Yo he comprado aceitunas —reveló Carmen mirándolo con la cabeza

gacha, inusitadamente tímida dado su temperamento habitual—, y unos dulces de pistacho y miel deliciosos.

Al acabar de decir aquello, involuntariamente, se imaginó a Mourad dándole de comer uno de esos pastelitos con sus propias manos. La imagen le produjo un acaloramiento inesperado, acompañado de un repentino e inadecuado cosquilleo en las entrañas. Por suerte, nadie pareció darse cuenta de ello... excepto el guía, que otra vez la estaba observando fijamente con aquellos profundos ojos acerados. En un fallido intento de disimular su turbación, agitó la mano frente a su cara.

—¡Qué jodido calor! Ni a la sombra se refresca una.

—Estamos casi en el desierto, ¿qué esperabas? —preguntó Louis, desdeñoso. Todavía le duraba el enfado por la reprimenda de Sylvie—. Y más adelante será un infierno, ya verás.

—No le haga caso, *Mademoiselle* —lo contradijo Mourad, molesto, señalando al gabacho con la cabeza—. Hará calor, sí, pero los paisajes se lo harán muy llevadero.

Procurando rebajar la tensión que se había creado en un momento, Jean Paul anunció:

—Ahí llegan nuestros tés.

Tuvieron que esperar a que las bebidas se enfriaran lo suficiente antes de poder tomarlas. Al acabar, pagaron las consumiciones y reanudaron el viaje. Por desgracia, la tirantez provocada por Louis los siguió hasta el todoterreno; ni siquiera Sylvie, siempre deseosa de hablar, se libró de ella.

Más silenciosos que antes de parar, admiraron las vistas que se sucedían kilómetro a kilómetro. Poco a poco iban dejando atrás el paisaje mediterráneo para adentrarse, paulatinamente, en un paraje más seco y árido. A su derecha, las altas montañas del Atlas, frontera natural con Marruecos, consiguieron relajar el ambiente gracias a su espectacularidad. Uno tras otro, empezaron a hacerle preguntas y más preguntas a su guía sobre esas montañas, que él no dudó en contestar.

De repente, avistaron un control policial a unos cuantos metros de ellos, y todos, excepto Mourad, se alarmaron.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sylvie, inquieta.

—¿Qué es eso? —quiso saber Jean Paul desde su asiento de copiloto.

—¿Nos van a cachear? —inquirió Louis, preocupado.

Carmen, que no había podido evitar mirar en todo momento a Mourad desde que se montaran en el vehículo, no dijo nada. Lo veía sereno, cosa que la tranquilizó.

—No se alteren, es habitual —pidió el argelino sin mostrar signos de nerviosismo—. Estamos cerca de la frontera con Marruecos y las autoridades extreman las precauciones aquí.

—¿Por qué hacen algo así? —La chirriante voz de Louis sonó todavía más aguda de lo normal—. ¿Es peligroso?

—No para nosotros —lo tranquilizó él—. Andan a la caza de terroristas, porque sospechan que se esconden en las montañas. A nosotros nos dejarán pasar sin problemas.

Carmen, que a base de escucharlos hablar empezaba a entender gran parte de lo que decían, se alarmó al oír la palabra «terroristas». Buscó los ojos de Mourad a través del retrovisor y, al ver que su semblante no había variado, se relajó de nuevo, convencida de que no había riesgo de un ataque..., al menos por el momento.

Pasaron ese primer control sin contratiempos y después dos más, antes de llegar a Aïn Séfra. Para entonces, todo lo que los rodeaba era una inmensa extensión llana, repleta de arbustos y cubierta de arena.

—Esta ciudad —les explicó conforme avanzaban por sus calles— es la puerta del desierto por el noroeste. No es muy interesante, si dejamos de lado el mercado. —Hizo un movimiento con la cabeza para que todos fijaran su atención en el sitio del que hablaba—. Podemos visitarlo más tarde, cuando se hayan instalado en el hotel, si no están demasiado agotados. —Acabó de hablar con los ojos clavados en el espejo, encontrándose con los de Carmen, que los retiró de inmediato, turbada por la intensidad de su mirada.

—Me parece una idea maravillosa —declaró Jean Paul con entusiasmo.

—Y a mí —aplaudió Sylvie.

—Yo creo que me echaré un rato para descansar de tanto coche —intervino

Louis.

—Me apetece mucho —afirmó la española, y no sólo porque deseara visitar el mercado.

El hotel era de un lujo asiático si lo comparaban con el de la noche anterior. ¡Había hasta aire acondicionado!, y, como el otro, también disponía de restaurante... pero lo más asombroso era que tenía wifi. Cuando se enteraron, los cuatro turistas pegaron un grito de alegría.

Quedaron en reunirse de nuevo veinte minutos más tarde, el tiempo justo de dejar el equipaje y poco más. Carmen los aprovechó para escribir algunos mensajes. Uno a Saray, para comentarle que, de momento, el viaje le estaba gustando mucho. Otro a Sara, para decirle que estaba bien y que se lo comunicara a Ricardo. El último, dirigido a sus amigas, lo dictó.

—Chicas: el viaje, todo un éxito. El paisaje, la comida y todas esas cosas, geniales. Lo único malo es que tenemos en el grupo a un tipejo odioso que se está ganando a pulso una hostia. Me mira como si yo fuera un caramelo, el muy mamón. La otra pareja es agradable, aunque a duras penas los entiendo, porque no hablan más que gabacho. Y lo mejor de todo —inspiró teatralmente—: el guía. El tío está para comérselo sin pan ni nada. Unos ojos..., una boca..., una espalda de dos metros..., una voz de esas que te dejan lela..., un de todo... Lástima que no me lo pueda merendar. —Hizo una pequeña pausa y añadió como para sí misma—: Quizá la última noche... En fin, os dejo, que he quedado con el buenorro de mi guía. Dudo que pueda volver a ponerme en contacto con vosotras en bastante tiempo. No desesperéis.

Contenta después de haber hablado en su propio idioma, aunque sólo hubiera sido mediante la grabación de un mensaje de voz, se adcentó un poco y salió disparada hacia el vestíbulo del hotel, donde esperaba encontrarse con su grupo... en especial con el adonis de su guía.

Lo encontró hablando con un trabajador del establecimiento. El hombre le explicaba alguna cosa que lo mantenía atento, por lo que no se dio cuenta de que ella se acercaba hasta que estuvo a su lado.

—*Mademoiselle* —la saludó amablemente al verla junto a él—, este empleado me estaba informando de que esta noche habrá un espectáculo de

música y danza tradicionales. Si lo desean, podemos asistir.

—Eso estaría muy bien; si los demás no tienen inconveniente, por mí, perfecto.

—Estupendo. —La miró de esa manera tan suya que hacía temblar a Carmen —. Lo organizaré.

Sylvie y Jean Paul aparecieron en ese instante y juntos, los cuatro, salieron a visitar el mercado del que les había hablado el argelino. Durante el paseo, Mourad se mostró atento a sus tres clientes en todo momento, pero de quien no se separó ni un segundo fue de Carmen. Lo vivido el día anterior le había agudizado su instinto protector hacia ella. Si se acercaba algún hombre, aunque fuera un instante, él estaba allí como un perro guardián. Si un comerciante se ponía pesado intentando venderle su mercancía, él lo persuadía para que la dejara tranquila. Su celo por la española iba mucho más allá de lo que sus obligaciones como guía le exigían, a pesar de saber que no debía tener favoritismos. Procurando justificarse, se dijo a sí mismo que se debía a que Carmen era una mujer joven, hermosa y... sola, pero sabía que se estaba engañando. Era simple y llanamente que Carmen le gustaba.

Capítulo 6

Al volver al hotel, cada uno se retiró a su habitación para refrescarse y descansar antes de la cena. Carmen aprovechó parte del tiempo que tenía para lavar algo de ropa, ya que ignoraba cuándo volvería a tener oportunidad de hacerlo. Después, revisó su móvil por si había noticias de las chicas. No la defraudaron. Sus tres amigas habían escritos sendos mensajes en el grupo de WhatsApp que compartían.

Dani le decía que disfrutara del viaje y que les fuera contando cómo le iba conforme pudiera hacerlo. Merche le comentaba que en Dublín, donde vivía con Rubén, llovía a mares, a diferencia del calor que ella debía de estar pasando en Argelia. Por su parte, María se sumaba a los buenos deseos de sus amigas y añadía un comentario jocoso sobre el guía buenorro, instándola a probar los *manjares* que le pudiera proporcionar el maromo.

Sus amigas siempre le arrancaban una sonrisa. Eran sus aliadas, sus confidentes... Aunque en el último año su relación hubiera cambiado, seguían estando allí para cuando las necesitaba. Sin embargo, aun convencida de eso, no pudo evitar evocar cómo habían variado las cosas desde que ellas tenían pareja. Volvió a sentir aquel nudo en el estómago que le recordaba lo sola que estaba en verdad. Sí, ellas siempre le darían su apoyo, su amistad, su confianza..., pero la realidad era que las tres habían iniciado una vida que Carmen estaba muy lejos de comenzar. Y, a pesar de la desconfianza que sentía por el amor, de lo que la razón y la experiencia le dictaban con respecto a ese sentimiento tan ensalzado por todo el mundo, sintió una punzada de celos al sentirse incapaz de creer que pudiera llegar a conocerlo en toda su vida.

Más taciturna de lo que le hubiese gustado, se dirigió al restaurante, donde ya la esperaba el resto del grupo. Louis retiró la silla vacía que tenía a su lado y la

invitó a sentarse. Sintió náuseas por ese gesto, que, más que amable, se le antojó algo machista, pero lo hizo.

—Estás preciosa —la alabó con su insoportable voz de pito—. Si quieres compañía esta noche, estaré encantado de ofrecerme como voluntario —añadió mirando descaradamente su escote.

—Gracias, muy amable —contestó, intentando no revelar el asco que le producía simplemente la idea—, pero no, gracias.

—Si cambias de opinión..., ya sabes.

La abogada, con considerable esfuerzo, contuvo las ganas de soltarle una fresca de las suyas; todavía quedaba mucho viaje por delante y no deseaba enrarecer el ambiente. Alzó los ojos y allí, frente a ella, encontró los del argelino, que la miraba con el ceño fuertemente fruncido. Después de un intenso instante, dirigió la mirada, más ceñuda si cabía, a Louis. Carmen detectó cómo Mourad apretaba la mandíbula antes de girarse y llamar al camarero. Ella no supo qué pensar. ¿Por qué parecía furioso? ¿Acaso había hecho algo para fastidiarlo? Entonces se dio cuenta de que Louis la miraba de forma lasciva, lo que la llevó a especular que tal vez, sólo tal vez, el guía se hubiera molestado por esa razón. Inexplicablemente, se sintió al instante más animada..., pero luego pensó que, probablemente, a éste no le hacía gracia que sus clientes *confraternizaran* entre ellos durante el *tour* y se volvió a desinflar.

Lo cierto era que a Mourad, que tenía una gran facilidad para detectar el carácter de la gente, no le gustaba Louis, nada en absoluto, sobre todo después de haber visto cómo le hacía proposiciones sexuales a una de sus clientas, quien, para más inri, era la mujer que le gustaba a él. Había fingido no oír al gabacho cuando habló con Carmen, pero lo había hecho. Por eso estaba terriblemente enfadado con Louis... y, especialmente, consigo mismo. No debería afectarle lo que pasara entre los miembros del *tour*, siempre y cuando no perjudicara su buena marcha o creara malos rollos. Sin embargo, pensar en Louis gozando de una noche a solas con Carmen... De todas formas, podía estar tranquilo; había sido testigo de lo poco que a la española le apetecía la compañía de aquel insoportable individuo. Pero saberlo no cambiaba el hecho de que tampoco él podría disfrutar de ella. No, no podía, por más que lo deseara.

Sylvie y Jean Paul, aparentemente ajenos a todo lo que pasaba a su alrededor, se mostraron entusiasmados cuando, tras la cena, se atenuaron las luces de la sala y, en una pequeña tarima, que hacía las veces de escenario, empezaron a sonar las primeras notas de sha'bi, la música tradicional argelina, y tres parejas vestidas con trajes tradicionales daban comienzo al espectáculo. La francesa, entusiasmada, comenzó a seguir el ritmo con las palmas y su marido la imitó casi de inmediato.

A sus espaldas, Louis, envalentonado con la escasez de luz, apoyó el brazo sobre el respaldo de la silla de Carmen y, con un dedo, empezó a acariciarla en la nuca. Ella dio un respingo y le apartó la mano de un manotazo.

—¿Se puede saber qué coño haces, Louis? —siseó con los dientes apretados mientras se levantaba.

El matrimonio Fontaine la miró por encima de sus hombros con una muda pregunta en los ojos. Ella les sonrió a la vez que les decía que no pasaba nada con un gesto de cabeza. Cuando se volvieron otra vez hacia el escenario, Carmen se encaró con el galo y, en voz baja pero contundente, le espetó:

—Como vuelvas a ponerme un dedo encima, te lo rompo.

Tras su amenaza, que tenía claro que llegado el caso pondría en práctica, cambió su asiento por otro en el lado contrario de la mesa, junto a Mourad. Él, que había estado atento a lo que ella hacía, se sintió doblemente orgulloso; por un lado, por su reacción, que hablaba de valentía, de que no se dejaba amedrentar, y, por el otro, porque, entre todas, hubiera elegido la silla situada junto a él.

Si no hubiera estado de tan mal humor, a Carmen casi le hubiera parecido cómico cómo se desarrolló la noche a partir de ese momento. Sylvie y Jean Paul, entregados incondicionalmente al espectáculo, no dejaron de vitorear a bailarines y músicos. Louis aguantó no más de diez minutos allí, los mismos que dedicó a lanzarle miradas envenenadas a ella, antes de desaparecer de la sala. Ella, hasta que el gabacho se esfumó, reprimió a duras penas las ganas de estrangularlo, pero, después de que se hubiera ido, se dedicó a estudiar disimuladamente al hombre sentado a su lado y que cada vez le parecía más y más atractivo. Y Mourad... Mourad, de vez en cuando, desviaba la vista de lo que pasaba sobre el

escenario para mirarla... de aquella manera que la hacía estremecerse por dentro. Sí, era una situación cómica... o trágica, según se mirase.

—¿Dónde está Louis? —planteó Sylvie, sorprendida, cuando, al acabar la actuación, pareció percatarse de su ausencia—. ¿Se ha marchado sin despedirse? ¿No le gustaba lo que veía? A mí me ha parecido todo fascinante.

—Debía de estar cansado —conjeturó Jean Paul mientras se levantaba y retiraba la silla de su mujer para que hiciera lo mismo—. Me he dado cuenta de que va un poco a la suya, ¿no os parece?

Compartiendo una mirada cómplice, Mourad y Carmen no contestaron de inmediato. Luego, fue ella quien, con su precario francés, intervino.

—Sí, al parecer no tiene muy en cuenta lo que opinan los demás —afirmó con un doble sentido que sólo Mourad captó.

—Será mejor que nos retiremos ya —propuso el guía mientras abandonaban el restaurante—. Mañana nos espera un largo viaje.

—Sí, será lo más sensato —convino Jean Paul, procurando disimular un bostezo—. Lo cierto es que estoy agotado.

—Yo también estoy rendida —aseguró Sylvie antes de encaminarse, de la mano de su esposo, a su habitación—. Buenas noches.

—Buenas noches —dijeron los dos a coro frente a la puerta del dormitorio de Carmen.

Se quedaron allí, de pie, observando cómo el matrimonio desaparecía un poco más allá del pasillo. Mourad fue el primero en girarse para encararse a ella.

—Si vuelve a importunarla, *Mademoiselle* —ambos sabían perfectamente que se refería a Louis—, dígamelo. Yo lo arreglaré.

—Gracias, pero sé cuidarme sola.

—La creo... He sido testigo de lo bien que lo hace. —Sus ojos, fijos en los de ella, hablaban de ¿admiración?, ¿orgullo?—. Aun así, por favor, dígamelo y le pararé los pies.

—Gracias, Mourad, es muy amable por tu parte, pero dudo de que vuelva a molestarme —aseguró con la tarjeta-llave de su habitación en la mano—. Buenas noches —se despidió, a pesar de haber preferido mil veces invitarlo a entrar.

—Buenas noches, *Mademoiselle*. —La mirada que le dedicó él decía a las claras cuánto le gustaría aceptar una hipotética invitación, aunque estuviera resignado a no hacerlo.

A solas en su dormitorio, tras cambiarse y asearse, Carmen se dejó caer pesadamente sobre la cama, con los párpados apretados, obligándose sin éxito a no recordar unos ojos azul acerado que la acompañaron hasta que se quedó dormida.

Mourad entró en el cuarto demasiado alterado como para poder ceder al sueño. Esa chica le tenía caliente la sangre. Le gustaba como no recordaba que lo hubiera hecho ninguna otra. Las mujeres que conocía o había conocido no tenían nada que ver con aquella extraña joven. Era seria, reservada, pero a la vez tan llena de vida, tan valiente... y tan preciosa. Todas las demás palidecían a su lado. ¡Cómo lo mortificaba saberla inalcanzable! No pudo dejar de pensar en Louis. Aquel indeseable lo reunía todo: era un cretino chauvinista, racista y ególatra, además de desconsiderado. Y lo peor era que, al parecer, había puesto a Carmen en su punto de mira. Por suerte, ella no estaba por la labor. Lo había dejado patente en el restaurante..., aunque mucho se temía que el francés no se daría por vencido tan fácilmente. Era demasiado estúpido como para saber cuándo debía parar. Mourad se propuso estar atento a sus movimientos. Por primera vez en toda su vida laboral, no le importaría nada echar a alguien de su *tour*. Y ese alguien era, sin duda, Louis.

* * *

—¿Qué opinas? —inquirió Sylvie mientras se desvestía.

—¿De Louis? —respondió Jean Paul con otra pregunta—. Ya sabemos que no es de fiar. Es posible que simplemente sea un imbécil, aunque creo que no es el caso. —Le dedicó una significativa mirada a Sylvie a la vez que encogía un hombro.

—Ésa es también mi opinión —convino ésta, separando las sábanas y sentándose sobre la cama—. En cambio, Carmen me parece una chica muy íntegra. ¿Te has dado cuenta de cómo le ha parado los pies al capullo ese?

—Sí. Decidida pero sin dar un espectáculo. Me ha gustado su reacción.

—¿Y te has fijado en Mourad? Parecía dispuesto a romperle la cara a Louis.

—Sonrió negando con la cabeza—. Está interesado en la española... aunque dudo que dé un paso para acercarse a ella.

—Sí, lo he notado. También ella se siente atraída por él, pero tampoco la veo iniciando un acercamiento.

—No —aseguró Sylvie, tumbándose—. Él es muy profesional, y diría que considera que no sería apropiado.

—Y ella no se arriesgará a recibir un desplante, que creo que es lo que teme —conjeturó Jean Paul, quitándose el reloj antes de meterse entre las sábanas.

—Será curioso ver cómo manejan su relación.

—Sí, muy curioso.

Ambos se giraron, dándose la espalda.

—Buenas noches.

—Que descanses.

* * *

El viaje se reanudó más tarde de lo que se habían propuesto. Un sonido extraño al arrancar el motor obligó a Mourad a revisar el todoterreno de arriba abajo para asegurarse de que estaba en perfectas condiciones. Sólo cuando quedó convencido de que todo estaba bien consintió en volver a la carretera.

El camino, una sucesión de desierto pedregoso, inmensas superficies de arena y algunas dunas, despertaba un interés desigual entre los miembros del grupo. Mientras que los Fontaine no paraban de alabarlo, Louis lo criticaba sin ningún reparo. Carmen, por su parte, lo admiraba en silencio, sin conseguir entusiasmarse por completo.

En las escasas ocasiones en las que paraban para estirar las piernas, decidían quién sería el afortunado que iba a ocupar el asiento del copiloto, el más confortable de todos. Cuando le tocó el turno a la abogada, llegaba el momento de desviarse de la calzada principal para adentrarse en una vía secundaria dirección a Taghit, frontera oeste del Gran Erg Occidental.

Durante la travesía, y dado que ya empezaban a conocerse todos, las conversaciones versaban tanto sobre lo que veían a través de las ventanillas como sobre cosas personales, para revelar pequeñas porciones de sus vidas. Sylvie y Jean Paul explicaron que hacía poco más de un año que se habían casado y que ésa era la luna de miel que no habían podido hacer en su día. Contestando a las preguntas que le planteaba Jean Paul, Louis les habló de su trabajo en la banca con un orgullo desmedido. Según afirmaba él, en su sede no funcionaba nada sin que él diera su visto bueno. La mirada escéptica de Carmen y la curiosidad de Sylvie, que le planteó tantas preguntas que aquello se asemejó a un interrogatorio, lo volvieron a poner de un mal humor que le duró horas. Estaba claro que ese tipo tenía una opinión de sí mismo mucho mejor de la que despertaba en los demás, sin mencionar que no le gustaba que nadie metiera las narices en sus asuntos. La española, por su parte, les comentó que trabajaba como abogada de familia en un bufete de Barcelona, del que era socia, ganándose con ello una mirada de admiración por parte de la pareja francesa.

El único que no mencionaba nada ajeno al paisaje que los rodeaba era Mourad. En silencio, escuchaba con atención lo que contaban los otros ocupantes del vehículo, reforzando con lo que oía la opinión que ya se había formado de cada uno de ellos. A su parecer, Louis era, tal como ya pensaba, un auténtico capullo; el matrimonio Fontaine, cariñoso e inofensivo —Sylvie, simpática y parlanchina, y Jean Paul, conciliador—, y luego estaba Carmen... Cada vez le quedaba más claro que era una mujer independiente, inteligente y poco dada a las ñoñerías. Por otro lado, y para su desesperación, de forma inexplicable suponía que era sexualmente muy activa y sin tabúes, nada que ver con las mujeres de su país; de hecho, totalmente opuesta a ellas. Pensar en la española de ese modo alimentaba de manera alarmante su imaginación, demasiado.

Se sacudió de encima las imágenes que Carmen creaba en su cabeza antes de ser capaz de decir:

—Ahí está el hotel. Disfruten de la cama, porque no volverán a ver una en días.

Capítulo 7

Tras visitar la parte vieja de Taghit, con sus casas de adobo y sus calles laberínticas, subieron a las dunas para adentrarse un poco en el Gran Erg. La panorámica desde allí era magnífica: a un lado, un infinito mar de arena; por otro, una visión del oasis donde se asentaba el pueblo, y, girando un tercio el cuerpo, el río Oued Zousfana bordeado de palmeras.

—A unos pocos kilómetros de aquí —los informó Mourad— se pueden visitar unas pinturas rupestres, si lo desean.

—Oh, no... Yo prefiero deslizarme por las dunas como hacen esos niños de ahí —dijo Sylvie señalando en dirección a un grupo de chiquillos.

—Me apunto —se sumó Carmen, más entusiasmada que en otras ocasiones por la propuesta.

—Pues a mí sí que me gustaría visitar esas pinturas —afirmó Louis con voz desafiante.

—Me temo que nadie más quiere ir —declaró Jean Paul, comenzando a caminar hacia el grupo de críos.

—Lo siento —se disculpó Mourad—: Si ellos no quieren ir, me temo que nos tendremos que quedar aquí.

Louis aceptó, porque no le quedaba otra. No iría a ver arte prehistórico, pero tampoco se lanzaría por la arena fina del desierto como un zagal—. De acuerdo, entonces me voy al hotel.

—Adiós —dijeron todos a coro. Si no hubiera sido de mal gusto, casi podría afirmarse que lo habían dicho aliviados.

La primera en deslizarse por las ondas de arena con una garrafa de plástico aplastada que le servía de trineo fue Sylvie; la siguió Carmen, con una explosión de risas. Mourad se deleitó mirándola... y escuchándola. Era la primera vez que

la oía reír, reír de verdad. Era un sonido vivo, franco, fresco..., absolutamente maravilloso.

—¿Qué, te animas a bajar conmigo? —le preguntó Jean Paul, dispuesto ya a tirarse.

—Sí, ya voy. —Dejó caer al suelo la garrafa, se sentó encima y se dejó ir.

Desde abajo, las dos mujeres observaron su descenso. Sylvie miró a Carmen de reojo y decidió echar un poco de sal a la herida.

—Es atractivo, ¿verdad? —le preguntó, dándole un codazo en el brazo—. Y exótico.

—¿Qué? —Ella estaba tan atenta a Mourad que, a pesar de que, para ese momento del viaje, ya entendía casi sin problemas algunas frases cortas en francés, por un instante no comprendió lo que le decía su compañera—. Sí —admitió al fin, sin perder de vista al guía.

—Y tiene unos ojos... —insistió la francesa—. Creo que nunca había visto unos ojos que expresaran tanto.

La española no le pudo contestar, pues los hombres habían llegado al final del descenso y estaban junto a ellas. En su lugar, le dedicó una mirada turbada. ¿Tanto se le notaba que estaba colada por Mourad? Intentaría disimular un poco mejor, se dijo.

Después de un buen rato de diversión, los cuatro volvieron caminando al hotel con una sonrisa despreocupada, sacudiéndose la arena que los cubría casi por completo y comentando alegremente las caídas y revolcones que habían sufrido durante sus descensos por las dunas. Al llegar, se retiraron a sus habitaciones para refrescarse antes de la cena, excepto el guía, que se quedó en recepción para ultimar la reserva para la cena.

La habitación del matrimonio quedaba junto a la que ocupaba Louis. Antes de entrar, se pararon frente a la puerta al oír la voz de Louis a través de ella; no había réplica, nadie contestaba, así que probablemente hablaba por teléfono. Parecía alterado, pero desde el pasillo ninguno de los dos fue capaz de captar con nitidez qué le pasaba.

—Bueno, nuestro paisano no sólo es desagradable con nosotros... —comentó Sylvie, frunciendo el ceño.

—Sí, se ve que el tipejo es una joyita con todo el mundo —contestó Jean Paul con ironía.

—¿No te parece que sería interesante saber qué le ocurre ahora a nuestro *amigo*? —Señaló la puerta con la cabeza.

—Absolutamente —convino pensativo—..., absolutamente.

—Bien, será mejor que nos duchemos ya —indicó Sylvie, con la ropa interior limpia en la mano, por fin dentro de su dormitorio—. Nos esperan para cenar dentro de media hora.

—Tú primero —ofreció él con amabilidad—. Mientras estás en el baño, iré a hablar con el conserje para ver qué puedo averiguar.

—Buena idea. Hasta ahora.

* * *

Esa noche no se demoraron en la sobremesa; se trató de una cena rápida antes de retirarse definitivamente a descansar. La actividad de la tarde los había dejado molidos... a todos, menos a Louis, quien, como no había participado, no estaba tan cansado como los demás.

—Voy a dar un paseo —les anunció cuando se levantaban de la mesa—. Todavía no tengo sueño.

—Buenas noches, entonces —dijo Carmen sin mirarlo.

—Buenas noches. Tenga cuidado, Louis —pidió Mourad con el ceño fruncido.

—Buenas noches —coreó al unísono el matrimonio antes de mirarse con complicidad.

* * *

El trayecto hasta Kerzaz, donde estaba previsto montar el campamento, fue más caluroso que el de días anteriores, a pesar del aire acondicionado del Range Rover. El ambiente cargado del habitáculo —no se atrevían a bajar las ventanillas por miedo a la temperatura asfixiante del exterior—, sumado al

traqueteo del coche sobre el terreno pedregoso del camino, sumió al grupo en un sopor que duró prácticamente todo el viaje. Mourad permanecía atento a la carretera, intentando lidiar con el tedio, algo difícil sin el acompañamiento de las voces de sus compañeros de expedición. Cuando sus clientes se despertaron, al parar el vehículo, se encontraron en medio de la nada.

—¿Dónde narices estamos? —preguntó Louis con su habitual altanería.

—En el punto exacto donde montaremos el campamento —contestó el argelino, sacando la llave del contacto y abriendo la puerta del conductor.

El bochorno del exterior se coló dentro del coche, dejando a sus ocupantes la sensación de haber recibido una bofetada de fuego.

A pesar del intenso calor, imitando lo que había hecho su guía, todos descendieron del todoterreno. Miraron a su alrededor y admiraron las dunas del Gran Erg Occidental, al pie de las cuales se habían detenido. Dedicaron unos instantes a imbuirse de la belleza —árida, extraña y desconcertante— del paisaje que los rodeaba, pero enseguida se dirigieron a la parte trasera del Range Rover, donde Mourad se afanaba en sacar paquetes, y lo ayudaron a vaciar lo que necesitarían para pasar esa noche.

Estaban poniendo la última piqueta de la última tienda del que sería su pequeño campamento, cuando la brisa empezó a soplar, levantando algunos molestos granos de arenilla. En menos de diez minutos, aquello se había convertido en una ventisca y la arena parecía un aluvión de diminutas balas que se incrustaban en la piel.

—¿Qué demonios pasa? —inquirió Louis, a gritos por culpa del ulular del viento.

—Una tormenta de arena —informó Mourad, muy serio.

—¿Qué hacemos? —preguntó Jean Paul, intentando cubrirse los ojos con las manos para evitar el polvo.

—De momento, encerrarnos en una de las tiendas —propuso, diligente—. La de ustedes es la más grande, refugiémonos allí —ordenó caminando contra la lluvia de arena en dirección a la carpa roja que sería el dormitorio de la pareja.

Abrió una rendija e hizo entrar a toda prisa a Sylvie. Cuando iba a hacer lo mismo con Carmen, Louis le cortó el paso, se le adelantó y se deslizó al interior.

Mourad maldijo para sus adentros; ese hombre no merecía tal título. La virulencia de la tormenta crecía por segundos, por eso no podía perder el tiempo pensando en el francés. Sin dudarle un instante, instó a la española a que se cobijara dentro de la tienda, la siguió Jean Paul y, por último, entro él, arrastrando su mochila.

Sólo quedaba un pequeño hueco junto a Carmen y no titubeó: se sentó a su lado. Todos estaban tratando de quitarse parte de los granos amarillentos que los cubrían. Dejando lo que estaba haciendo, la abogada giró la cara hacia él y, en un arrebató, le cogió el antebrazo con las dos manos y lo miró atemorizada.

—¿Estamos en peligro?

Mourad miró las manos de la chica, enternecido por su inquietud, y sonrió.

—No la voy a engañar, *Mademoiselle*...

—Déjate de pamplinas. Mi nombre es Carmen, ya va siendo hora de que me llames así.

—De acuerdo, Carmen —dijo con los ojos fijos en ella antes de pasearlos por el rostro de los otros tres. Avergonzada, ella soltó su agarre—. No es necesariamente *peligroso*. Sólo en el caso de que el viento arreciara, y dudo que lo haga por la estación del año en la que estamos, podría ser potencialmente alarmante.

Observó sus caras y calló por un momento. Debía encontrar las palabras justas para que se tranquilizaran, pero sin que los llevara a menospreciar el riesgo que corrían. Carmen, por primera vez desde que la conocía, no mostraba ese gesto confiado que solía lucir. Sylvie y Jean Paul parecían realmente calmados, algo que le sorprendió un poco. Y Louis... Éste no paraba de moverse, nervioso como un león enjaulado, con una mezcla de miedo, enfado y ansiedad que estaba en consonancia con la baja opinión que de él tenía Mourad.

—De todas formas, habrá que tomar precauciones —afirmó cuando volvió a hablar—. Para empezar, no podemos quedarnos todos en esta tienda a pasar la noche. Es demasiado pequeña y ninguno de nosotros descansaría.

—¿Qué hacemos entonces? —quiso saber Sylvie, que hasta ese instante se había mantenido extrañamente en silencio.

—La mejor opción sería que Carmen —la miró al decir su nombre, para

asegurarse de que lo entendía, ya que estaba hablando en francés— se quedara aquí con ustedes. No será tan comfortable como si estuvieran solos, pero...

—Deja de tratarnos de usted —le ordenó amigablemente Jean Paul, apoyando su petición con un gesto de la mano.

—Como quieras —aceptó con una inclinación de cabeza—. Carmen debería pasar la noche con vosotros. Louis y yo nos arriesgaremos a llegar a nuestra tienda.

—¡Y una mierda! —espetó el gabacho—. Yo no me muevo de aquí.

—Vas a tener que hacerlo, Louis. —La voz de Jean Paul sonó más firme y dura de lo que nunca se la habían oído antes—. Te separan cuatro metros de tu tienda. Sé un hombre por una vez.

Los brazos del franchute, como resortes, salieron disparados contra el cuello de Jean Paul. Por suerte, él fue más ágil todavía y lo esquivó a tiempo, pero no pudo evitar caer sobre Sylvie, que se golpeó la cabeza contra la rodilla de Carmen. Mourad, por su parte, se precipitó sobre el galo para sujetarle las manos.

—¿Se puede saber qué pretendes, Louis? —Si la voz de su marido había sonado dura, la de Sylvie era puro granito.

Carmen, atónita y, por qué no decirlo, asustada, se inclinó hacia Sylvie para ayudarla a incorporarse.

—Si es necesario, ya me iré yo a mi tienda —murmuró la española, temerosa.

—Ni hablar —soltaron al unísono los Fontaine, con furia.

—Tú te quedas aquí —rebatió Mourad con una dulzura que consiguió sosegarla—. No te preocupes, Louis vendrá conmigo. Sólo ha sido el pánico inicial, ¿verdad? —preguntó dirigiéndose al aludido, al que aún tenía fuertemente sujeto.

—Claro, claro... —aceptó él, resentido y humillado—. Sólo ha sido eso. —A pesar de sus palabras, se prometió a sí mismo que lo pagarían caro, todos y cada uno de ellos.

La situación parecía controlada, así que Mourad, con precaución, fue soltando poco a poco a Louis.

—Si os parece bien —dijo el guía cuando se aseguró de que todo volvía a

estar en orden—, podríamos cenar alguna cosa antes de que nosotros nos vayamos a nuestra tienda.

—¿Cenar? —preguntaron todos a la vez, perplejos.

—Yo estoy famélico, ¿vosotros no? —confesó Mourad como si no hubiera ocurrido nada—. En mi macuto hay queso blanco, pan *kesra* y dátiles. No será una exquisitez, pero nos quitará el hambre.

—¿Y quién dice que no se trata de un manjar? —bromeó Jean Paul, quien, aparentemente, había recuperado su buen humor.

—Con el apetito que tengo, hasta un escorpión me parecería una *delicatessen* —se sumó Sylvie a la broma.

—Pues a cenar se ha dicho —añadió Carmen, intentando dar un toque alegre a su voz, pero sin dejar de mirar las paredes de lona de la tienda, que no paraban de ondularse a causa del viento.

Capítulo 8

Tras una cena frugal, durante la cual el grupo intentó evadirse del azote con el que el viento cargado de arena castigaba el exterior, Mourad y Louis, luchando contra el ataque de sílice, consiguieron recorrer los escasos metros que los separaban de su tienda.

—Recuerda —le advirtió el francés mientras se metía en su saco— que no eres más que un insignificante guía. Me has puesto en ridículo y yo no soy de los que olvidan.

—No te equivoques, Louis: lo único que he hecho ha sido evitar un altercado, y eso sí está entre mis obligaciones —objetó con rotundidad.

—Ese malnacido me ha acusado de no ser un hombre, ¿cómo querías que reaccionara? —se quejó agudizando la voz.

—Para empezar, sin violencia. Sylvie ha recibido un buen golpe en la cabeza por tu culpa.

—Ha sido un daño colateral, yo iba a por su marido.

—Si no eres consciente de que has sido tú y sólo tú quien ha originado la trifulca, no tenemos más que hablar.

—Pues no hablemos. —Se giró sin añadir nada más. No obstante, su cabeza comenzó a recrear la manera de vengarse y de ponerlos a todos en su sitio. A Carmen, para empezar, se la follaría hasta que sangrara, la muy zorra.

A los cinco les costó dormir. El sonido incesante del viento no se lo puso fácil. Por la mañana, sin embargo, reinaba la calma más absoluta. Mourad fue el primero en abandonar su refugio. Lo que se encontró, a pesar de no ser la primera vez que lo veía, lo dejó consternado. Las tiendas, parcialmente, habían desaparecido. De hecho, salir de la suya había resultado ser toda una lucha contra la arena, pues ésta había obstruido la entrada. Tardarían, como poco, una

hora en conseguir despejarlas por completo. Echó una mirada al todoterreno. El marrón de la carrocería se había convertido en dorado debido al polvo que acumulaba encima y las ruedas apenas eran visibles. Con preocupación, se dio cuenta de que deshacerse de los efectos de la tormenta les supondría un tremendo retraso; llegarían a su próximo destino, Timimoun, bien entrada la tarde, alterando así la programación que había elaborado para el viaje. Sin perder tiempo, se acercó al refugio donde habían dormido los Fontaine junto a Carmen y comenzó a escarbar para dejar libre la salida.

—Jean Paul —dijo mientras trabajaba—, estoy despejando la entrada para que podáis salir sin problema. Serán sólo unos minutos.

—De acuerdo —contestó el aludido desde dentro—. ¿Puedo hacer yo algo?

—No, pero gracias. ¿Estáis todos bien? —inquirió sin parar de achicar arena.

—Sí, tranquilo. Estamos perfectamente —le respondió desde dentro.

—Genial. Sólo un poco más y podréis salir.

—Gracias, Mourad —corearon los tres al unísono esta vez.

No tardó en limpiar la parte frontal de la tienda. Una vez conseguido, abrió la cremallera y separó la lona para que salieran sus ocupantes.

—¿Y Louis? —Sylvie, alarmada, miró a su alrededor en busca de su compañero.

—No ha salido todavía —informó, intentando disimular su disgusto—. Voy a llamarlo para que nos ayude a recoger. Hay mucho que hacer.

—Ya veo —intervino Carmen, sacando los sacos del interior—. Manos a la obra, entonces.

Ella y el matrimonio sacudieron los sacos de dormir y los doblaron pulcramente antes de terminar de desenterrar la tienda en la que habían dormido y comenzar a hacer lo mismo con la de la española, que finalmente no se había utilizado. Mientras tanto, Mourad se acercó a la suya y llamó al francés.

—Louis, sal, por favor. Necesitamos tu ayuda.

—¿Para qué? —soltó él desde dentro.

—Sal y lo verás.

De mala gana, el francés abandonó su escondrijo y contempló el desastre que había ocasionado la ventisca.

—¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Despejar de arena nuestras pertenencias..., recogerlas..., guardarlas... —

Abrió los brazos, abarcando todo el campamento como explicación.

—¿Ése no es tu trabajo? —replicó despectivamente.

La voz de Sylvie les llegó desde el otro lado del campamento.

—Louis, deja de ser un cretino y ayuda, tal como estamos haciendo los demás.

La mirada que le dirigió su compatriota fue de todo menos amable; aun así, le hizo caso y se puso manos a la obra. Gracias a la colaboración de todos, el campamento quedó recogido más rápido de lo que habían previsto en un principio. Sólo restaba ocuparse del coche, aunque entre los cinco no tardaron en dejarlo libre y listo para salir. Sin embargo, cuando iban a reiniciar el viaje, como ya había pasado con anterioridad, Mourad oyó otra vez un ronroneo al poner el vehículo en marcha. Sylvie y Jean Paul intercambiaron una mirada, desconcertados e incluso alarmados. Observado de cerca por la pareja, el guía revisó el motor de arriba abajo, pero siguió sin encontrar el foco del ruidito, así que decidió dejarlo correr y retomar la ruta de nuevo lo antes posible. Entre unas cosas y otras ya habían perdido demasiado tiempo.

—Estoy muerto de hambre —afirmó Louis justo cuando se ponían en marcha.

—En la caja roja hay dulces si te apetecen —señaló Sylvie, que en esa ocasión era la copiloto, poniendo los ojos en blanco.

El gabacho se giró hacia la parte de atrás del todoterreno, donde estaba el equipaje, para alcanzar la caja. Con la excusa, aprovechó el movimiento para tocarle de forma intencionada un pecho a Carmen. A ella no le dio tiempo a reaccionar, pues, casi al mismo tiempo, el puño de Jean Paul agarraba fuertemente la mano invasora de su compatriota, apartándosela.

—Procura tener cuidado de dónde pones las manos, Louis —le espetó oprimiendo con más fuerza su agarre—. No queremos que nadie resulte lastimado, ¿verdad? —añadió como advertencia.

—Sólo iba a coger algo de comida —se justificó el franchute, ofendido.

—Pues pon tus manos sólo en la comida.

Louis cogió la caja y, a pesar de querer romperle la crisma a Jean Paul, la

abrió y les ofreció a todos un dulce. La promesa de que se vengaría de toda esa panda de desgraciados subió de categoría y se convirtió en juramento.

Por su parte, Mourad, que había sido testigo mudo de lo que pasaba en el asiento trasero, aglutinó en silencio un montón de sensaciones: agradecimiento por la rápida intervención de Jean Paul, furia difícilmente controlable hacia Louis y preocupación extrema por el bienestar de Carmen. Desvió la mirada de la carretera para centrarla en ella a través del retrovisor, tal como hacía mil veces en cada ocasión que montaban en el Range Rover, y se encontró con los ojos de ella buscando los suyos en una callada petición de apoyo... o eso quiso creer él.

El nuevo altercado, aunque había sido sofocado con pericia por Jean Paul, los había puesto a todos en tensión, enrareciendo el ambiente en el interior del vehículo.

—¿Os habéis fijado en lo indescriptiblemente bello que es el paisaje? —preguntó Sylvie en un intento de relajar el ambiente—. No entiendo por qué existe el mito de que el desierto es monótono. Cambia constantemente.

—Sí —se sumó Mourad a ese comentario, haciéndose eco de la estratagema de la francesa—. Solamente los que no lo han disfrutado con sus propios ojos pueden pensar algo así. El desierto está vivo y tiene mucho que ofrecer.

Las vistas les brindaron un tema de conversación al que todos se aferraron como a un salvavidas. Louis estaba enrareciendo la convivencia, creando situaciones, cuando menos, desagradables. Además, parecía no entender que a Carmen no le interesaba él en absoluto e insistía en incomodarla. Tanto el matrimonio como Mourad temían que la chica no aguantara mucho más antes de explotar. Ya había mostrado un atisbo de su carácter cuando lo puso en su sitio... Por desgracia, Louis no se había dado por aludido y eso sólo podía acabar en un enfrentamiento que a ninguno le apetecía presenciar... aunque por diferentes motivos.

—Eso es una *foggara* —les aclaró Mourad a pocos kilómetros de Timimoun.

—¿Qué es eso? —preguntó Carmen, buscando su mirada en el espejo retrovisor.

—Es un poco largo de explicar —contestó—. Resumiendo mucho, es un sistema de canales de agua subterránea utilizada, principalmente, para abastecer

los oasis.

—Parece magia —declaró Sylvie, asombrada, girándose hacia los demás y levantándose las gafas de sol que le protegían los ojos—, ¿no os parece?

—Como poco, sorprendente, sí —convino su marido.

—En el desierto hay muchas cosas extraordinarias —afirmó Mourad, y volvió a mirar a Carmen—. Ya lo iréis descubriendo; queda todavía mucho viaje por delante.

Llegaron a Timimoun más tarde de lo que le hubiera gustado al guía. Su idea inicial, antes de que los efectos de la arena los retrasaran, había sido la de realizar ese día el circuito de Gourara, lo que les llevaría varias horas, antes de montar las tiendas en el camping La Palmeraie, pero ya no les quedaba tiempo para hacer la excursión antes de que anocheciera. Cambió de planes mientras recorrían las calles de la población en dirección a donde acamparían esa noche.

—El circuito que estaba planeado para hoy, lo aplazamos hasta mañana —los informó—. Lo que haremos en su lugar es visitar esta pequeña y preciosa ciudad; estoy seguro de que no lamentaréis el cambio. De todas formas, no os inquietéis, mañana sí que lo podréis disfrutar y, además, con mucha mejor luz.

—¿Qué tiene de especial esa excursión? —inquirió Louis, agudizando tres tonos su desagradable voz—. Si no vale la pena, podemos pasarla por alto.

—¿Por qué íbamos a hacer tal cosa, Louis? —preguntó Sylvie girando la cabeza por encima del hombro.

—Me gustaría estar mañana en In Salah —contestó ligeramente agitado.

—¿In Salah? —se sorprendió Mourad—. No hay nada interesante allí.

—Me han hablado de las dunas andantes —argumentó el francés, aunque no muy convincentemente.

—No creas que vas a ver cómo *caminan* las dunas —se burló el guía—. Su avance es muy lento, lentísimo: un metro cada cinco años. —Dicho esto, sonrió por la absurda idea de Louis.

—De todas maneras...

—Louis —lo interrumpió Jean Paul—, creo que Mourad sabe muy bien lo que hace. No tiene importancia si vamos mañana, o pasado o, simplemente, no vamos, ¿no crees?

Sylvie se giró en su asiento para mirar a su marido primero y a Louis después.

—Nadie nos espera allí, de todas maneras, ¿no es cierto?

—No —contestó con rotundidad su compatriota. Sin embargo, en el fondo de sus ojos, percibió una alarma que él luchó por disimular.

—¿Qué veremos en el circuito? —intervino la española, ajena a la velada intranquilidad del franchute.

—Eso es algo que descubrirás mañana, Carmen —contestó Mourad con la voz sedosa que reservaba sólo para ella.

En sus asientos, Sylvie y Jean Paul sonrieron divertidos por la tensión sexual no resuelta que flotaba en el aire protagonizada por esos dos.

* * *

El camping La Palmeraie parecía casi europeo; tenía palmeras que ofrecían sombra, duchas con agua caliente..., todo un lujo para alguien que había pasado la noche anterior atemorizado por una ventisca de arena.

Hicieron una hoguera en el espacio que quedaba entre las tres tiendas y se dispusieron a preparar algo de cena antes de retirarse por ese día. La visita a Timimoun —que les había regalado algunos momentos memorables, como la visión de varios edificios de arcilla roja, algunos de estilo sudanés, o el laberinto de callejuelas en la parte vieja, sin olvidar el palmeral, un sitio maravillosamente fresco y sombreado— también los había dejado exhaustos.

Louis fue el primero en ir a ducharse, de manera que dejó el trabajo de acumular leña y prender el fuego para el resto de los componentes del grupo.

—Ese hombre sabe cómo escabullirse —afirmó Jean Paul, viéndolo alejarse.

—Sí, tiene un montón de *virtudes* —ironizó Carmen, lanzando al mismo tiempo un tronco a los que ya estaban amontonados.

—¿No os ha parecido extraño que prefiriera ir a In Salah en lugar de hacer el circuito que ha propuesto Mourad? —Sylvie lo preguntó tratando de sonar despreocupada.

—A mí ya no me extraña nada de lo que hace o dice Louis —contestó Carmen, sacudiéndose las manos—. Si no supiera que es imposible, diría que

tiene un objetivo distinto a nosotros en este viaje.

Sylvie y Jean Paul intercambiaron una significativa mirada. Aquella muchacha había llegado a la misma conclusión que ellos; era una chica muy intuitiva. Louis escondía algo y el matrimonio estaba seguro de saber de qué se trataba..., pero debían mantenerlo en secreto... por el momento.

* * *

La luz de las llamas invitaba a las confidencias. Después de la cena, y a pesar de que todos estaban cansados, permanecieron alrededor del fuego, charlando.

—¿Cómo es que una mujer tan preciosa como tú ha venido sola a esta aventura? —preguntó Louis en un intento inútil de parecer simpático.

—¿Y por qué no? —contestó la aludida, sin dejarse engañar por su tono amistoso—. No había nadie para acompañarme.

—¿Nadie? —intervino Sylvie—. Seguro que hay por ahí algún hombre que...

Carmen miró instintivamente a Mourad, que no apartaba los ojos de ella, y negó con la cabeza.

—¿Es que los españoles están ciegos? —bromeó Jean Paul.

—No me lo he planteado —confesó ella, encogiéndose de hombros—. No creo en la pareja, no creo en el amor y tampoco creo en el compromiso a largo plazo.

—Eso es muy triste —sentenció Mourad.

—¿Por qué? —se defendió ella—. Ya os he contado que soy abogada de familia. Concretamente, me especializo en divorcios. La experiencia me ha enseñado que el «felices para siempre» no existe.

—Sí existe —replicó Mourad con una mirada extraña—. Mis padres llevan casados cuarenta años, han tenido seis hijos, a los que quieren y quienes les adoran, y todavía hay luz en sus ojos cuando se miran.

—Eso es muy bonito. —Sylvie se llevó las manos al pecho, reforzando así sus palabras.

—Sí, muy bonito... —convino ella—... y muy raro. Lo normal es que las parejas se rompan pasados unos cuantos...

—Me parece una afirmación muy cínica, ¿no crees? —la interrumpió Jean Paul.

—Pero muy conveniente —medió Louis—. No necesitas una pareja, con todo lo que ello conlleva: obligaciones, monotonía, monogamia... Son más divertidas las relaciones sin compromiso.

—Considero que es una forma de ver la vida muy descorazonadora —concluyó Mourad categóricamente—. Creo que no hay nada más importante en la vida que poder compartirla con la persona que amas... Crear juntos un futuro, disfrutar de una existencia uno al lado del otro. —Había decepción en su voz, una decepción que caló hondo en el ánimo de Carmen.

—Tal vez —concedió ésta, afectada por las palabras del guía— no he conocido todavía al hombre que me haya hecho cambiar de opinión.

—¡Oh, amiga! —exclamó Sylvie—, eso debe de ser. Cuando lo conozcas, lo sentirás en la piel. Pero, para eso, no debes cerrarte. En la vida hay que arriesgarse. No puedes negarte a sentir algo por alguien cuando ese sentimiento es verdaderamente poderoso.

Carmen meditó sobre lo que acababa de decir Sylvie. Quizá estaba equivocada; quizá simplemente se negaba a aceptar que, en ocasiones, el riesgo llevaba al éxito; quizá nunca había encontrado al hombre por quien mereciera la pena que se arriesgara... y miró a Mourad, porque, de todos los hombres que había conocido en su vida, ninguno como aquel serio, silencioso y enigmático guía le había provocado el deseo de más. Todas las teorías con respecto a él que había estado elaborando desde que lo vio por primera vez le parecieron una estupidez en ese momento. Aturdida ante tal revelación, bajó la vista a sus manos, sin saber qué decir.

El silencio se cernió sobre el grupo durante unos instantes, todos con los ojos fijos en las danzantes llamas de la hoguera. Fue Sylvie quien lo rompió.

—Bueno, me parece que es hora de ir a dormir, ¿vienes, Jean Paul?

—Sí. Después de la noche tan movidita que tuvimos ayer, necesito descansar. —Mirando a sus compañeros de viaje, agregó—: Buenas noches.

Los Fontaine desaparecieron en el interior de su tienda, dejando al resto de los presentes mirando el fuego sin hablar. Al cabo de unos minutos, Louis se

levantó con dificultad.

—Yo me retiro también. Buenas noches —se despidió disimulando un bostezo.

—Buenas noches —dijeron Carmen y Mourad a un tiempo. Después, otra vez el silencio.

Pasaron varios minutos hasta que Mourad deshizo el mutismo.

—Si lo deseas, puedes irte a dormir —dijo poniéndose en pie—. Yo me quedaré para apagar la fogata.

—¿Te importa si me quedo a ayudarte? —preguntó Carmen tímidamente.

—Me encantaría.

Capítulo 9

En silencio, echaron puñados de tierra sobre las brasas para sofocarlas. Mientras lo hacían, sus ojos no dejaban de buscarse en la penumbra de la noche. La luna creciente daba al ambiente un aspecto casi mágico. Las ascuas todavía dejaban sentir algo de su calor. Sólo se oía el sonido amortiguado de las tiendas de alrededor... Estaban solos en la noche..., juntos y, a la vez, lejos el uno del otro.

—Bien, esto ya está —declaró Mourad, sacudiéndose las manos una contra otra—. Gracias por tu colaboración.

—No ha sido nada, sólo he echado un poco de arena al fuego. —Alzó los hombros para restarle importancia a lo que había hecho—. ¿Necesitas que te ayude en algo más?

—No, no hace falta. Sólo queda recoger cuatro cosas y llevarlas al coche.

—¿Me dejas que te acompañe? —preguntó Carmen con vacilación, temiendo su rechazo.

—Por supuesto.

«Acompáñame al fin del mundo si tú quieres», pensó Mourad con el corazón repentinamente alocado.

Doblaron el par de mantas que les habían servido para aislarse del frío suelo y las llevaron al Range Rover sin mediar palabra. Sus manos se rozaron en el momento en que dejaron las mantas en el maletero, produciéndoles una placentera sacudida difícil de explicar. Sus ojos expresaron muchas cosas cuando se miraron: pasión, incertidumbre, renuncia...

—Ya hemos terminado —anunció Mourad para romper la intensidad del momento—. Si quieres... ¿Estás cansada? —De repente se le había ocurrido una idea.

—¿Por qué lo preguntas?

—Me gustaría enseñarte algo.

—Vamos, entonces. —Los nervios se arremolinaron en el centro de su pecho. ¿Qué querría mostrarle *su* guía?

Caminaron durante algunos minutos hacia el desierto, alejándose del campamento y de las luces del recinto. Al llegar a una duna, Mourad se detuvo.

—Ven, siéntate aquí y observa el firmamento —pidió él, tomando asiento y palmeando la arena a su lado.

Ella obedeció sin replicar. Con Mourad, su carácter combativo e independiente se diluía como un azucarillo en el agua, y lo más extraño era que no le importaba. No se sentía amenazada..., sino todo lo contrario. Junto a él, una paz desconocida y reconfortante la envolvía.

—¡Qué maravillosa visión! —exclamó queda, seducida por la belleza del cielo suspendido sobre sus cabezas.

—Sí, es realmente extraordinaria —convino Mourad, mirándola a ella—. La más hermosa que haya visto nunca.

Carmen giró la cabeza en su dirección y se sorprendió al darse cuenta de que era a ella a quien contemplaba. Su corazón empezó a golpearle las costillas, la boca se le secó, sus entrañas se le removieron, exigentes... Era el momento de lanzarse al vacío, de olvidarse de conveniencias y dar rienda suelta a lo que Mourad le provocaba. Sin embargo, por una razón que no supo identificar, no se rindió a lo que su deseo le dictaba. No. Volvió nuevamente la mirada a la bóveda celeste y suspiró, frustrada y enfadada consigo misma por su cobardía.

Permanecieron allí, uno junto al otro, reprimiendo sus instintos, deshaciéndose por dentro por las ganas de tocarse, de besarse, de... Sin embargo, siguieron mirando el firmamento, envueltos por un silencio que decía mucho más que las palabras.

A pesar de que empezaron a sentir el efecto de la bajada de la temperatura y del cansancio, ninguno de los dos hizo nada por moverse de allí. Sólo cuando a Carmen se le escapó un bostezo, Mourad decidió que era buena idea retirarse.

—Va siendo hora de dormir. Mañana empezaremos la excursión temprano.

—De acuerdo —aceptó con tristeza. No quería separarse de él.

El camino de regreso lo realizaron sin hablar, como habían estado

prácticamente todo el rato que habían compartido. No necesitaban hacerlo para expresar lo que sentían. Los dos querían algo que no podían tener. Sabían que una noche de lujuria no sería suficiente... y luego estaba la relación que los unía: él era su guía. Era una locura complicar las cosas... aún más.

* * *

El circuito del Gourara era un recorrido circular de setenta kilómetros que pasaba por diferentes poblaciones situadas en el interior del oasis y cuyo punto fuerte era un lago de agua salada que, para la época del año en el que estaban, iban a encontrar seco por el efecto de la evaporación. La idea era parar allí para comer, visitar los alrededores, caminar por el lecho seco del lago —una experiencia única— y regresar a Timimoun para pasar la noche en el campamento que habían montado en el camping.

Esa mañana, Louis estaba visiblemente inquieto. No paraba de moverse; parecía tener hormigas caminándole por el cuerpo. Con todo, Mourad y Carmen no se daban cuenta de ello; todavía estaban procesando la intensidad de los acontecimientos de la velada anterior. Por el contrario, Sylvie, tan observadora como de costumbre, y Jean Paul, que no perdía detalle de lo que pasaba a su alrededor, lo observaban discretamente.

—¿Estás seguro de que no podemos saltarnos la ruta de hoy? —insistió Louis mientras se retorció las manos, mirando a todos lados.

—Por supuesto que está seguro, hombre. —Jean Paul no dio tiempo a que respondiera el interpelado—. Ya quedó claro ayer. Además, tanto Carmen como nosotros queremos ir. Si no te apetece, te quedas y punto.

En cuanto hubo acabado de hablar, Sylvie le lanzó una mirada amenazante a su marido.

—El grupo no debe separarse..., podría ser peligroso —sentenció.

—No, no. —Negó enfáticamente con la cabeza—. Prefiero ir con vosotros a quedarme solo aquí. Yo hablaba de cambiar el plan de ruta..., pero si no puede ser... —Louis, a regañadientes, pareció resignarse, emitiendo un sonoro suspiro.

—Pues vamos —anunció el argelino en ese preciso instante—. ¿Quién se

sentará hoy a mi lado?

El matrimonio miró divertido a Carmen a la vez. Al notarlo, ésta se ruborizó —algo realmente extraordinario— y negó en silencio.

—Yo seré tu copiloto hoy —intervino el gabacho, en apariencia más tranquilo—. Al menos en la primera etapa del trayecto.

—De acuerdo —aceptó Mourad a desgana, dirigiéndose hacia el todoterreno—. No nos demoremos más.

Antes de que sus clientes se subieran al vehículo, lo puso en marcha. Necesitaba comprobar si ese murmullo que había oído en varias ocasiones persistía o había desaparecido. Ahí estaba de nuevo, y de nuevo no fue capaz de localizar su origen.

—No entiendo qué ocurre —comentó mientras todos subían al Range Rover—. Hay algo en este cacharro que no suena como debería y no logro hallar qué es.

—¿No será peligroso? —quiso saber Carmen, sin ser consciente de cómo los Fontaine intercambiaban miradas—. No nos dejará tirados por ahí, ¿verdad?

—Lo dudo —respondió Mourad—. Es un coche robusto... Además, sólo lo oigo cuando arranco el motor..., es extraño.

—Muy extraño, sí —convinieron Sylvie y Jean Paul, captando al mismo tiempo cómo Louis desviaba, nervioso, la mirada hacia la ventanilla.

Los pequeños oasis parecían sacados de otro cuento de *Las mil y una noches*. Era insólito recorrer kilómetros y kilómetros por un paisaje seco y cobrizo y, de repente, toparse de frente con un vergel de palmeras, regadas por acequias que brotaban no se sabía de dónde. Casas de adobe rojizo daban cobijo a los habitantes de esa zona, en su mayoría de etnia bereber, dedicados al cuidado de los animales y de los cultivos que, casi parecía milagroso en medio del desierto, se labraban en el oasis. Era algo increíblemente fascinante. Pero lo que en realidad los dejó impactados fue la visión del lago seco. La sal creaba un sinfín de diminutos reflejos cegadores que destellaban con los rayos del sol.

Mourad aparcó a la orilla del lago y todos bajaron para admirar las vistas. Era lo más perturbador que Carmen hubiera visto nunca. De una belleza extraordinaria, casi extraterrestre, no podía compararse a nada que ella hubiera

visto antes. El silencio era absoluto; todo lo que sus ojos podían abarcar era de un blanco deslumbrante, aun a través de las gafas de sol que llevaba puestas.

—Me siento como si me hubiesen abducido y llevado a otro planeta — confesó, sobrecogida por lo que veía—. Es sorprendente. Es...

—Sobrecogedor —concluyó la frase Sylvie, tan asombrada como ella.

—Sí —afirmó Mourad—. Es uno de los paisajes más hermosos y extraños que se puedan encontrar en la tierra. Si os apetece, podéis pasear por el lecho del lago.

Con una expresión de euforia, se adentraron en la superficie resplandeciente; todos... menos Louis, que prefirió quedarse cerca del Range Rover.

—Id vosotros —les dijo sentándose sobre una piedra, que debía de abrasar a tenor de su gesto, y recolocándose la gorra que llevaba calada—. Yo esperaré aquí.

Jean Paul y Sylvie, que estaban a unos cuantos metros por delante de él, se giraron para observarlo antes de intercambiar, preocupados, una mirada cómplice.

Durante un buen rato estuvieron deambulando los cuatro en grupo por el suelo salado. Cuando Carmen se detuvo para palpar el terreno, la pareja se alejó un trecho, dejándola a solas con Mourad.

—Has cumplido tu promesa —dijo Carmen todavía agachada, entretenida con la sal—. Estoy viviendo una experiencia que no olvidaré jamás. —Alzó los ojos y se topó con los suyos, mirándola, desde su altura, de aquella manera que le alteraba el pulso.

—Siempre cumplo mis promesas, ya te lo dije. Me gustaría asegurarme de que fuera todavía más inolvidable. —Había una invitación implícita en esas palabras que la abogada no se permitió aceptar... a pesar de cuánto le tentaba.

—Estoy convencida de que aún quedan muchas maravillas por disfrutar. — Intentó esquivar el tema, levantándose al mismo tiempo—. Estoy convencida de que éste va a ser el mejor viaje de toda mi vida.

—Carmen, yo...

El argelino ya no aguantaba más. Necesitaba decirle que sentía algo muy especial por ella, pero ella se lo impidió.

—No, Mourad, no digas nada. Es mejor así.

—Está bien, como quieras, pero...

«¿Cómo silenciar lo que llevaba dentro?»

—No, por favor —pidió afligida.

Buscaron con la mirada a la pareja francesa, en silencio, con muchas cosas que confesarse, pero sin poder decirlas. Mourad deseaba hablarle de lo enloquecedoramente atraído que se sentía por ella. Carmen quería que él supiera cuánto desearía haberlo conocido en otras circunstancias, y que era el primer hombre por el que se había interesado de verdad en toda su vida... Sin embargo, ambos callaron.

Sylvie y Jean Paul estaban a unos cincuenta metros de donde se hallaban ellos. Hablaban... o, mejor dicho, discutían. Ella no dejaba de agitar las manos haciendo espavientos y él señalaba, moviendo enérgicamente el índice, en dirección a donde se encontraban Carmen y el guía. Durante uno de sus erráticos movimientos, Sylvie los miró y les sonrió al saberse pillada, como si nada hubiera ocurrido entre su marido y ella. De inmediato, se puso a caminar hacia donde estaban, seguida de cerca por Jean Paul.

—¡Esto es precioso! —exclamó en cuanto los alcanzó—. Se lo estaba comentando a Jean Paul.

—Es cierto; precioso y asombroso —concedió Carmen, sin demostrar la sorpresa que le había producido verlos reñir.

—¿Vamos a comer? —Mourad, tan discreto como siempre, intentó suavizar la tensión que se había creado, a pesar de los esfuerzos que hizo el matrimonio tratando de ocultar su enfado.

Louis no estaba donde lo habían dejado. Lo vieron a lo lejos, paseando sin rumbo, consultando su reloj cada pocos segundos. Le hicieron un gesto con la mano para llamar su atención, pero les costó un rato que los viera. Al hacerlo, volvió corriendo a reunirse con el grupo.

—Ya era hora. Habéis estado ahí —señaló el lago con la cabeza— casi una hora.

—¿Qué más da el tiempo que hayamos estado? —replicó Sylvie, molesta—. Si no querías esperar, haberte unido a nosotros.

Louis no contestó, pero volvió a mirar su reloj de forma compulsiva.

Montaron una lona sobre sus cabezas para protegerse del agresivo sol y comieron en un ambiente enrarecido, intercambiando a duras penas algunas palabras, casi todas monosílabos y poco más. Cada uno tenía en la cabeza alguna cosa que no quería compartir con los demás. Parecía que aquella jornada, que podía haber sido la mejor desde que empezaran el *tour*, se había convertido en un calvario de silencios y secretos. El trayecto de vuelta a Timimoun no alivió en nada la tensión. Las poblaciones que atravesaban ya no provocaban el interés de ninguno de los integrantes del grupo; las miraban con desidia y sin verlas realmente, a pesar de los esfuerzos titánicos de Mourad por captar su atención con algún detalle del lugar por el que pasaban. Tampoco mejoró nada el ambiente una vez hubieron llegado al camping. Casi inmediatamente después de bajar del vehículo, se dispersaron con la excusa de tomar una ducha para refrescarse y no se volvieron a reunir hasta la hora de cenar. Para entonces, parecía que todos los problemas estaban olvidados y ellos estaban más sosegados y con ganas de hablar, como si nada hubiera ocurrido horas antes. Sin embargo, seguía flotando entre ellos una nebulosa de incomodidad que no había existido antes de aquel día. Louis continuaba consultando el reloj cada pocos segundos, Sylvie se había sentado lo más alejada posible de Jean Paul, Carmen miraba a Mourad disimuladamente, con el corazón encogido, enfadada consigo misma por ser una cobarde y no atreverse a dar rienda suelta al deseo de estar con él, y Mourad... Él apretaba la mandíbula, luchando inútilmente por no parecer abatido; siempre había disfrutado de su profesión, pero en esa ocasión odiaba ser el guía de esa chica, por las limitaciones que ello suponía.

Como la noche anterior, aunque con más prisas, recogieron los restos de la cena entre los cinco, pero no se quedaron para charlar después; no les apetecía fingir durante más tiempo que todo iba estupendamente. Sólo la española y el argelino permanecieron junto al fuego.

—No hace falta que me ayudes hoy.

—Pero es que quiero hacerlo, Mourad.

—Está bien —accedió él, encogiendo un hombro.

Durante más de cinco minutos reinó el silencio absoluto entre ambos; sólo lo

rompía el crepitar de las llamas y el murmullo de la arena al ser removida por Mourad con un palo. En ninguno de esos trescientos segundos, dejaron de mirarse. Por fin Carmen ya no pudo más.

—Tenemos que hablar.

—¿De qué quieres que hablemos?

—Ya lo sabes, Mourad.

—¿Lo sé?

—No me mortifiques más, por favor.

—Está bien, pero no aquí. Apaguemos el fuego y volvamos al mismo sitio de ayer, entre las dunas.

Retomaron su mutismo anterior mientras él echaba arena a la hoguera y Carmen doblaba las mantas.

—Nos llevaremos una cobija —dijo Mourad sin mirarla a la cara y guardando la otra en el maletero del coche.

El lugar la enamoró tanto como la noche anterior; era espectacular. La luna, el cielo estrellado, la arena a sus pies... Entre los dos extendieron la manta que habían llevado consigo y se sentaron encima de ella. Había llegado el momento.

—Carmen, yo...

—Por favor, déjame empezar a mí —le pidió alzando las manos con las palmas mirando hacia delante.

Cerró los ojos, inhaló profundamente, se mordió el labio inferior, se retorció las manos..., no se reconocía. Ella nunca había sido tímida con los chicos, aunque tampoco es que fuera una casquivana... la mayor parte del tiempo. Sin embargo, el hombre que tenía delante la desarmaba. Su manera de mirarla la intimidaba y la excitaba a partes iguales.

—Me gustas —confesó al fin—. No, no, déjame seguir —le rogó levantando de nuevo la mano cuando Mourad intentó interrumpirla—. Me gustas mucho. Nunca le he dicho a nadie algo parecido, jamás, pero es cierto. Me gustan tus ojos, que encierran un misterio que me encantaría resolver. Me gustan tus manos, fuertes, rudas, ágiles... —Se estremeció al pensar de qué manera las sentiría si se deslizaran sobre su piel—. Me gusta tu boca cuando sonrío, me gusta cuando hablas y me gusta cuando no lo haces porque dices más que con

palabras. —Sonrió—. Me gusta cómo juntas las cejas cuando algo te desagrade, o cómo las arqueas cuando alguna cosa llama tu atención. —Suspiró antes de continuar—. Me gusta tu seriedad, tu discreción, tu profesionalidad, el entusiasmo que muestras por tu país, tu sentido del humor, tu carácter fuerte... Me gustas. Te aseguro que nunca me he sentido tan... —buscó una palabra que definiera con exactitud sus sensaciones, pero no la halló, así que utilizó la que más se le acercaba—... atraída por alguien como me siento atraída por ti..., y eso me asusta. Apenas acabo de conocerte y, sin embargo, eres capaz de remover mi interior de una manera desconocida para mí. —Mourad abrió la boca para decir algo, pero ella no le dejó—. Imagino que debes de estar acostumbrado a que tus clientas se cuelen por ti y que, por lo tanto, yo no soy más que otra de tantas..., pero, cuando me miras, siento que lo haces como si yo fuera la única mujer en el mundo para ti. Quizá soy una ingenua, pero creo que me hablas de mil cosas con los ojos... y, a pesar de lo mucho que me cautivas, de lo que me piden a gritos mis entrañas, de lo segura que estoy de que sería una experiencia memorable, sé que no voy a hacerte ningún tipo de proposición.

—Carmen... —Sus ojos no se habían apartado ni un instante de ella.

—Por favor, déjame que suelte todo mi discurso. Me está costando mucho hilvanar las ideas. —Sonrió meneando la cabeza—. Mis profesores de la universidad de Derecho sin duda me reñirían al hacer un alegato sin tenerlo bien preparado... —cerró los ojos, agradeciendo la penumbra que los rodeaba—... y aquí me tienes hablando sin ton ni son... En fin, lo que quiero decir es que, aunque, hipotéticamente, no me rechazaras, aunque mi intuición no me fallara y realmente fuera diferente para ti de lo que han sido tus otras admiradoras, aunque me muera por tener tus manos sobre mi cuerpo —declaró con un deje de desolación muy lejano a su tono seguro y firme habitual—, no me atrevo a ir más allá y dejarme llevar por esto que se ha formado aquí —se señaló el pecho— y aquí —descendió la mano hasta el estómago—. Me da miedo tu rechazo, pero también me da miedo que consientas en... ya sabes. —Bajó la vista a la manta en la que estaba sentada—. Temo que, por primera vez en mi vida, una noche no sea suficiente; que me dejes tan tocada que, al volver a casa, me sobrepase la soledad, que ya de por sí supone una constante en mi vida, sin

necesidad de empeorarla sabiendo lo que podría ser, y no es, tener, sentir, algo más. —Cogió aire de nuevo y fijó sus ojos en los de Mourad—. Pertenece a mundos distintos... Yo volveré a mi realidad en unos días y tú permanecerás aquí. No tiene sentido complicar algo que no tiene futuro. —Se llevó las manos a la cabeza—. ¿Me estás escuchando? —preguntó, abatida—. Futuro, estoy hablando de futuro... Yo que jamás he creído en... —Meneó la cabeza, desbordada, hundió los hombros, levantó la mirada hacia las estrellas y ya no añadió nada más.

Durante unos minutos, ninguno de los dos se aventuró a romper el silencio; se dedicaron a contemplar el firmamento. Ella necesitaba serenarse después de la parrafada que había soltado y tras haber desnudado su corazón por primera vez; él, por su parte, debía asimilar lo que había oído y organizar las ideas para darle una contestación acorde con sus sentimientos.

—Carmen —dijo cuando consiguió encontrar las palabras—, tienes razón en cuanto a las turistas que han contratado mis servicios. Muchas han pretendido de mí algo que yo no he estado dispuesto a dar, por muchas razones: la principal, que por ninguna de ellas merecía la pena arriesgar mi trabajo por una aventura. Algunas eran preciosas, sí, pero ninguna agitaba en mi interior esta miriada de emociones que siento desde que te conozco. Yo sí creo en el amor, Carmen, lo he visto, lo he vivido día a día observando a mis padres, y lo que siento a tu lado es algo que se le asemeja... mucho. No soy tan estúpido como para creer en el amor a primera vista, demasiado romántico para mí, pero hay algo cuando te miro que antes de conocerte no estaba ahí. —Alzó una de las comisuras de la boca en una sonrisa traviesa—. Llámalo enajenación mental transitoria, llámalo deseo, llámalo como quieras, pero hay algo en ti que me tiene embrujado, y no tiene nada que ver con lo bonita que eres, con tu valentía, con tu determinación, con tu seguridad —ella esbozó una sonrisa e intentó interrumpirlo. Esa vez fue él quien no se lo permitió—, con ese cuerpo tentador y provocativo que tienes y la forma en que lo mueves al caminar... No, no tiene nada que ver con todo eso. Ni siquiera con esos ojos de gato que miran con inteligencia, viendo más allá de lo que tienen delante. No, no es nada de eso, es mucho más. Es algo que me conecta a ti como un hilo invisible. Si tú vas a la derecha, necesito ir hacia ese

lado... Si te diriges a la izquierda, me veo obligado a seguirte... —Acercó sus dedos a la mano de Carmen, que en ese momento reposaba sobre la manta, y la rozó apenas—. No hablo tan bien como tú y no sé si me explico con la claridad suficiente como para hacerte comprender lo que quiero decir. Hay una fuerza cósmica que me empuja hacia ti, y creo que a ti te pasa lo mismo conmigo... Aun así, estoy de acuerdo contigo, no podemos sucumbir a ella. —Se alejó de Carmen antes de ponerse en pie frente a ella. Luego, alargó la mano y la ayudó a levantarse—. Como bien has dicho, pertenecemos a mundos diferentes, tenemos horizontes distintos... y pienso como tú: una noche contigo sería mi perdición.

—¿Estamos de acuerdo, entonces? —inquirió más abatida de lo que recordaba haber estado nunca.

—Para mi desdicha, sí —contestó él en el mismo tono—, pero, a riesgo de convertirme en estatua de sal, de que me caiga un rayo fulminante encima o que mi vida se desmorone..., necesito besarte. Una vez, una sola y única vez, para conocer el sabor de la mujer que me embrujó sin proponérselo y que me dejó tocado para siempre.

—Es muy peligroso, Mourad, porque sé que voy a querer que sigas besándome hasta... siempre —se rascó nerviosa la cabeza, deslizó la mano hasta taparse la boca con ella, cerró los ojos y se infundió valor—, pero yo también lo necesito.

Fue un beso amable y sensual, cariñoso y tórrido, afectuoso y ardiente, tierno y erótico, sensible y apasionado..., pero, ante todo, fue demasiado corto. Hubieran deseado que durara eternamente, pero ambos sabían que, si continuaban un instante más, ya no habría vuelta atrás.

El corazón de Carmen, que desde el instante en el que había sentido los labios de Mourad sobre los suyos se había convertido en una estampida de ñus, aceleró todavía más su carrera cuando ella lo miró y vio el deseo flotando en los ojos del argelino. ¡Cómo le gustaría que las cosas fueran diferentes! Haberlo conocido en otras circunstancias, en Barcelona, con la posibilidad de iniciar algo tangible entre ellos. No obstante, la realidad era la que era y lo suyo había acabado antes de empezar. Así lo habían decidido los dos. La sonrisa del guía terminó de

desmoronarla y a punto estuvo de echarse a llorar, pero ella no lloraba... nunca... para su desgracia.

Mourad no estaba mucho mejor. Tenerla entre sus brazos, besarla, sentir la calidez de su piel a través de la tela que los separaba, había sido una dura prueba para su salud mental. Era maravillosa... y tan inalcanzable que parecía una de esas estrellas que brillaban sobre ambos. Sonrió en un intento inútil de relajar sus nervios y de volver a la realidad: Carmen era un imposible para él.

Después de eso, recogieron la manta y volvieron al camping sin emitir una sola palabra; tan cerca el uno del otro y, sin embargo, a un universo de distancia. Sólo se miraron al llegar frente a la tienda de la española. Los ojos de los dos reflejaban dolor por la pérdida de algo que sólo habían rozado con los dedos, para, instantáneamente después, verlo desvanecerse en el aire como virutas de humo.

—Buenas noches, Carmen.

—Buenas noches, Mourad.

Capítulo 10

Mourad no entró en su cabaña de inmediato. Durante unos minutos, paseó sin rumbo, intentando hacerse a la idea de que tendría que seguir viendo a Carmen durante varios días. Iba a suponer un tormento que estuviera tan cerca de él y no pudiera tenerla, pero habían tomado la mejor decisión. En poco más de dos semanas, la española ya no estaría allí. No tenía sentido... Y, a pesar de saber que hacía lo correcto, estuvo tentado de volver a por ella y demostrarle que sí podría existir un futuro para ellos. Para su desolación, no lo hizo, claro.

Todo el campamento estaba en calma... supuestamente. Los campistas dormían... aparentemente. Pero era sólo eso, una ilusión.

Abrió la cremallera de la tienda con sumo cuidado, procurando hacer el menor ruido posible para no molestar a Louis, con quien se veía obligado a volver a compartir tienda por motivos logísticos. Le sorprendió ver la luz de su reloj de pulsera encendida y a él, consultándolo.

—¿No duermes?

—Ya ves que no —contestó de malos modos—. ¿Dónde has estado?, ¿con Carmen? Será mejor que no te acerques a ella; esa muñequita es para mí.

—Supongo que eso tendrá que decidirlo ella, ¿no te parece?

Le hubiera empotrado el puño que tenía apretado junto al cuerpo en esa nariz de estúpido que tenía, pero se contuvo. A fin de cuentas, era un cliente y «el cliente siempre tiene la razón». Con todo, si ese energúmeno se atrevía a volver a incomodar a la española, no dudaría en machacarlo hasta dejarlo hecho puré, tal como tenía ganas de hacer desde hacía días.

—Las mujeres no saben lo que quieren —replicó el francés con una sonrisa de desdén—. Y ésta en particular, no sabe que yo soy su mejor opción.

—Me parece a mí que Carmen tiene las ideas muy claras; no hace falta que la

instruyas.

—Un empujoncito le sentará de perlas.

—Será mejor que la dejes en paz, Louis. —Sus palabras sonaron como la advertencia que eran.

—Bueno, lo que será mejor es que descansemos, ¿no te parece? —replicó el gabacho para quitárselo de encima.

—Sí, será lo mejor.

En la tienda de los Fontaine tampoco se dormía.

—Marie, esos dos acaban de...

—No me llames así —gruñó ella—; se te puede escapar delante de los demás y la operación se vendría abajo.

—Perdona, tienes toda la razón —se disculpó Jean Paul, aunque sin ganas.

—¿Qué decías?

—Que el guía y la abogada ya han vuelto de su *paseo*. Creerán que nos chupamos el dedo y no nos enteramos de nada.

—Deja a esos chicos tranquilos. No estamos aquí para cotillear, por si lo has olvidado.

—No, claro que no. —Cambió de posición, estirando las piernas—. ¿Tú qué opinas? ¿Será pronto?

—Yo creo que está al caer. ¿Te has fijado en lo nervioso que se muestra desde ayer? —recalcó ella, frunciendo luego los labios—. Y lo de esta mañana ha sido revelador.

—Estoy de acuerdo. El intercambio es inminente.

—Ya he avisado al comando para que esté alerta. De hecho, me ha parecido ver a algún agente en el camping.

—Ha sido una suerte que Mourad no encontrara el localizador al revisar el motor. —comentó Jean Paul, rascándose la frente—. Que yo sepa, nunca nadie había detectado antes el murmullo que hace al arrancar el vehículo.

—Recuerda que ese hombre prácticamente vive en ese Range Rover desde hace años —apostilló ella antes de chasquear la lengua—. Conoce a la perfección esa máquina y los ruidos que produce.

—Ya, ya me he dado cuenta, pero no deja de ser asombroso que oiga el más mínimo sonido o rumor que emite.

—Lo que a mí me sorprende es que, con lo observador que parece, no haya sospechado nada de lo que nos llevamos entre manos.

—Bueno, mujer, es que está muy entretenido centrando toda su atención en Carmen —rio por lo bajo.

Sylvie sonrió con complicidad antes de girarse hacia la parte exterior de la tienda; apoyó la cabeza en la ropa que hacía de almohada y palpó la Beretta que tenía escondida ahí—. Te toca el primer turno de guardia. Yo lo hice ayer.

—De acuerdo.

—Al menor movimiento, me avisas —advirtió a su compañero.

—Sí, jefa —bromeó Jean Paul.

—No te hagas el valiente. Al menor indicio... ¿Me oyes?

—No te preocupes. Duerme tranquila.

En otro lugar del camping también se estaba alerta; en una gran tienda, alejada unos veinticinco metros del campamento que había montado el grupo, uno de los cinco agentes de la Interpol —quienes, disfrazados de turistas, controlaban el perímetro como refuerzo del supuesto matrimonio Fontaine— se mantenía en vigilia por si había movimiento. Por el momento, sin embargo, todo parecía en paz a esas horas de la noche.

Mourad, sumido en un duermevela, no dejaba de recrear en su mente el beso que le había dado a Carmen bajo las estrellas... aunque también había otro motivo que no lo dejaba descansar a sus anchas: Louis. El francés no paraba de consultar el reloj —que se iluminaba cada vez— o de agitarse chasqueando la lengua. A pesar de ello, como el argelino no quería volver a iniciar una batalla dialéctica con él, se hacía el dormido con tal de no discutir. En uno de los escasos instantes en los que había logrado llegar a la inconsciencia, sintió más que oyó cómo se abría la cremallera de su tienda.

—¿Qué haces? —preguntó el guía con voz de sonámbulo.

—Nada. Sigue durmiendo.

Mourad se incorporó ligeramente y le pareció entrever un par de sombras en el exterior. No obstante, estaba cansado y casi agradeció que Louis saliera y

parara de molestarlo, así que lo dejó estar y trató de volver a conciliar el sueño... pero le fue imposible, ya que, segundos más tarde, empezó a oír en el exterior el murmullo de unas voces, la del gabacho y la de otros dos hombres más. Su intuición le dijo que aquello no era una buena señal; aun así, se tranquilizó pensando que debía de tratarse de algunos campistas que se habían cruzado con su cliente. Le pareció que las voces se distanciaban poco a poco y dejó de pensar en ello, dándose la vuelta dentro del saco y ahuecando el cojín en el que apoyaba la cabeza.

No habían pasado más de dos minutos, o eso le pareció a él, cuando se desató el caos en el camping. Los murmullos pasaron a ser gritos y las tres voces se convirtieron en más de media docena.

—¡¡Alto!! —oyó tronar a una voz desconocida—. ¡No se mueva o dispare!

Todas las alarmas se dispararon en su cerebro. ¿Qué demonios estaba ocurriendo allí? Su siguiente pensamiento fue Carmen. Abrió la lona de un tirón y sacó la cabeza con la intención de acudir junto a ella.

—No te muevas, Mourad —oyó que le gritaba Sylvie—. Vuelve a meterte en la tienda de inmediato.

—Carmen —fue lo único que salió de sus labios.

Sylvie, que miraba fijamente a un punto determinado delante de ella, lo entendió a la primera.

—Carmen está bien, no te preocupes. Y, ahora, entra de una jodida vez.

En contra de su naturaleza, que le aullaba que fuera a buscar a la chica, hizo caso a lo que su clienta le decía. ¿Sylvie empuñaba un arma? Habría jurado que sí, pero ¿qué hacía esa mujer con una pistola en la mano? ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Por qué estaba allí fuera dirigiendo a varios tipos? Casi se volvió loco de preocupación al no saber cómo estaba la española. ¿Y si había disparos y uno impactaba en su tienda? Si le ocurría algo..., no quería ni pensar en la posibilidad de algo así.

Mientras tanto, los gritos continuaban en una cacofonía difícil de entender. Un chillido de dolor de Louis, más agudo que los demás, habló de una agresión. Todo era confuso. Sylvie sonaba diferente, más autoritaria y ruda, dando órdenes a diestro y siniestro. Jean Paul mandaba callar a alguien que hablaba en árabe...

De pronto se percibió el sonido de unas aspas justo antes de que un potente foco iluminara el interior de su tienda. Aquello era una auténtica locura que se escapaba totalmente a su control.

En ese momento de desconcierto total, Carmen gritó, asustada, y Mourad ya no pudo soportarlo más. Desoyendo la orden que le había dado Sylvie, salió a gatas y corrió desesperado hacia la tienda de la abogada. Una mano atrapó su tobillo y tiró de él antes de que la alcanzara.

—¿A dónde crees que vas, cabrón? —Un desconocido se cernía sobre el guía con clara intención de atacarlo.

—¡Olvídate de él! —vociferó Jean Paul a lo lejos—. Es inofensivo.

Inmediatamente, el hombre lo liberó y él trotó hacia la tienda de Carmen. Al entrar, la encontró encogida en un rincón, temblando y con los ojos muy abiertos y asustados.

—Tranquila, ya estoy aquí.

Ella se aferró a su cuerpo, como si fuera su tabla de salvación, antes de romper a llorar. La fría, calculadora, cínica y distante Carmen Sancho Galván estaba llorando cobijada en los brazos de *un hombre*. Al otro lado de la lona, el jaleo seguía, sin visos de que fuera a terminar enseguida... y, a pesar de eso, ella se sentía segura arrebujada allí, contra el pecho ancho y musculoso de Mourad. En ese instante, nada le importaba excepto lo bien que se sentía abrigada por ese abrazo. Hubiera matado por permanecer así el resto de su vida... Desgraciadamente, no tuvo esa suerte.

No hacía más de media hora que se había formado el Armagedón, cuando el tumulto empezó a desvanecerse. La potente luz del foco del helicóptero seguía sobre sus cabezas, pero no se oyeron más gritos después de que un par de vehículos abandonaran el lugar. Lo que sí se percibía todavía era la voz autoritaria de Sylvie y a Jean Paul haciendo disposiciones e impartiendo órdenes. Momentos después, se abrió la cremallera de la tienda en la que estaban refugiados y apareció un hombre al que no habían visto nunca; éste les pidió que salieran.

Deslumbrados por el reflector, y cogidos de la mano, pestañearon hasta poder enfocar lo que tenían a su alrededor. La mujer que ellos creían *Madame Fontaine*

estaba frente a ellos, con las piernas ligeramente separadas, consultando una tablet hasta que se percató de que ellos estaban allí.

—Debéis de estar muy sorprendidos, ¿no? —preguntó pasándole el dispositivo al tipo vestido de negro que se hallaba a su lado—. Venid, tenemos que hablar.

La siguieron como autómatas, mirando a lado y lado para intentar adivinar qué había sucedido. Se había creado un perímetro para mantener a raya a los curiosos que se habían acercado al oír los disturbios. Las hélices, que giraban incesantemente sobre ellos, levantaban la arena del suelo y, donde había estado encendido el fuego poco antes, en ese momento se apreciaban signos de lucha, incluso algunas gotas de sangre que lograron estremecerlos...

—Enseguida estaré con vosotros —les dijo Jean Paul con una sonrisa de disculpa cuando pasaron junto a él.

Ambos asintieron sin poder modular una sola palabra y continuaron caminando detrás de Sylvie, que se alejaba de todo el follón en dirección al desierto. No se detuvo hasta que no estuvo segura de que nadie podía verlos ni oírlos.

—Siento mucho que os hayáis visto implicados en este asunto —comenzó a decir en un perfecto inglés cuando se giró hacia ellos—, y lamento más todavía no haber podido confiaros lo que estábamos planeando.

—Pero... —Carmen intentó hablar, pero estaba demasiado afectada aún.

—Mejor sentémonos, tienes pinta de que vas a caerte redonda en cualquier momento —comentó la francesa, señalando una roca con la cabeza—. Tengo mucho que contaros y no me gustaría que te desmayaras.

En ese instante apareció *su marido* por detrás de ellos.

—¿Les has explicado algo?

—No todavía. —Sonrió de medio lado—. Te estaba esperando.

—Bien, chicos —su inglés era tanto o mejor que el de Sylvie—, se trata de una larga historia. —Se frotó las manos y comenzó su discurso.

Louis Flaubert, efectivamente, trabajaba en un banco de Lyon, pero, muy al contrario de lo que había afirmado el susodicho, no era más que un cajero de segunda en una sucursal de tercera. Al parecer, una organización terrorista se

había puesto en contacto con él, un don nadie del que no se sospecharía, para hacer una transacción financiera. Su labor consistía en transferir una cantidad de dinero de una cuenta anónima en Suiza a otra en Francia. El número de dicha cuenta, así como el código para acceder a ella, los tendría que entregar a miembros de la cédula violenta que lo había contratado, que esperaban encontrarse con él en In Salah esa misma mañana. El imprevisto cambio de planes, que sin duda había intranquilizado a Louis, como todos habían notado, había acelerado las cosas. Los extremistas no estaban dispuestos a que se los engañara, y no tenían paciencia para esperar... así que, conociendo de antemano el recorrido que iba a llevar a cabo el grupo, decidieron ir población por población hasta dar con el francés. No les resultó difícil hacerlo. Aun así, esperaron a que todos estuvieran dormidos para no alarmar a nadie y que el intercambio pudiera efectuarse en el más absoluto secreto. Para su desgracia, y por fortuna, la Interpol había interceptado algunos mensajes entre los terroristas y Louis Flaubert donde se explicaba parte del plan, como el *tour* por el país para pasar desapercibido y el encuentro clandestino a mitad del recorrido...

—Así que la agencia nos proporcionó unas identidades falsas, nos apuntamos al grupo en el que sabíamos que estaba inscrito él y nos mantuvimos alerta por si veíamos u oíamos algo sospechoso. —Jean Paul, en este punto, parecía un poco avergonzado.

—Los primeros días no notamos nada sospechoso —continuó la narración una Sylvie muy diferente a la que conocían—. Es más, llegamos a pensar que nos habíamos equivocado de hombre. Sin embargo, cuando habló de su trabajo en el banco, cualquier duda quedó disipada. —Se rascó la nuca con los ojos entornados, claramente cansada—. Además, su comportamiento empeoró por momentos; bueno, eso tú ya lo sabes, lo sufriste en primera persona —afirmó mirando a Carmen—. El caso es que hemos estado pendientes de él todos estos días, porque sabíamos que iba a encontrarse con... —hizo un gesto despectivo con la boca—... esos tipejos. Además, nos manteníamos en contacto con nuestro grupo de apoyo con pequeños dispositivos de rastreo.

—Por cierto —intervino Jean Paul—, no te preocupes por tu todoterreno. El ruidito que oías al arrancar el vehículo provenía del localizador colocado en la

parte inferior del motor que habíamos instalado antes de iniciar el viaje. Nos ha extrañado mucho que lo hayas notado, supuestamente son imperceptibles.

—Como os iba diciendo... —volvió a intervenir Sylvie.

—Un momento —la interrumpió Carmen alzando la mano—. Antes de proseguir, me gustaría saber quiénes sois. Acabáis de decir que habéis viajado bajo nombres falsos, ¿no? —Los dos asintieron con la cabeza—. Bien, ¿entonces?

—Mi nombre es Marie Lesage —se presentó, alargando el brazo para estrecharles la mano, primero a Carmen y luego a Mourad—, teniente de la unidad contra el terrorismo internacional de la Interpol.

—¿En qué más nos has mentado, *Marie*? —preguntó con su mejor tono de letrada y haciendo hincapié en la última palabra.

La francesa suspiró lentamente, cerrando los ojos.

—Supongo que confesarnos es lo justo, ¿no? —Ambos afirmaron sin palabras—. Como habéis podido comprobar, hablo algún idioma más, aparte del francés. Domino el inglés, el italiano, el alemán, el ruso... y el español. Realmente soy francesa, pero no estoy casada, ni con él —señaló a su compañero— ni con nadie; mi trabajo no me lo permite... de momento. Por lo demás... hemos intentado ceñirnos a la verdad lo máximo posible en cuanto a edad, número de hermanos y esas cosas.

Carmen y el guía se giraron hacia *Jean Paul* inquisitivamente.

—¡Está bien! Mi turno. —Sonrió a las caras que lo enfrentaban—. Mi nombre es François Maes y no, no soy francés ¡Dios me libre! —bromeó, llevándose una silenciosa reprimenda por parte de Marie—. Soy belga y, como ella —miró a Marie—, también pertenezco a la Interpol, aunque yo sólo soy un sargento. Marie es mi jefa —volvió a bromear—. Nos eligieron porque teníamos el aspecto, la edad y la formación adecuados para la misión. Nos conocimos una semana antes de viajar hasta aquí. Realizamos un aprendizaje acelerado. —Río antes de ver que Marie no parecía muy contenta con sus bromas—. Como veis, también hablo inglés, además de italiano, árabe, japonés y —sonrió en dirección a Carmen— algo de español. Hemos formado un buen equipo.

—¿Hemos estado en verdadero peligro en algún momento? —quiso saber

Mourad, quien, con el brazo sobre los hombros de Carmen, no había abierto la boca hasta ese instante.

Los agentes se miraron entre sí sin saber qué contestar.

—Sí —confesó Marie con pesar—. Lamento que no hayamos podido informaros de lo que estaba pasando, pero era demasiado arriesgado. Era preciso que actuarais con naturalidad. De haberlo sabido, seguramente habríais estado tensos, tal vez atemorizados, y Louis podría haberse percatado de que algo iba mal. Era primordial que no sospechara en ningún momento de nosotros. Espero que lo entendáis.

La luz del amanecer empezaba a deshacer las sombras nocturnas. Desde donde estaban les llegaba el rumor amortiguado de los hombres que habían colaborado con sus compañeros de viaje. El helicóptero hacía un rato que se había marchado. Parecía el nacimiento de un día más..., pero no lo era. Mourad y Carmen estaban impactados por lo ocurrido esa noche, y más aún por lo que les habían revelado los agentes. La abogada no sabía si gritarles barbaridades o agradecerles que se expusieran de ese modo por el bien de la humanidad. Mourad sólo tenía una idea en mente: por culpa de Louis y de aquellos dos, Carmen se había visto en peligro... y eso era algo que le costaba asimilar.

—Una cosa más —puntualizó la sargento primera—: Debes volver a España lo antes posible. Hablaré con mis superiores para que te proporcionen un modo de transporte para salir de Argelia mañana mismo, pasado como mucho.

—¿Por qué? —preguntó ella con los ojos muy abiertos y la mano hecha un puño sobre el pecho.

—Hemos abortado este intercambio y cerrado este caso, pero quedan muchos terroristas de esa misma organización escondidos por estas tierras —argumentó Marie—. Al haber evitado la recepción de los datos que esperaban, lo que hubiese supuesto para ellos tener acceso a mucho dinero, sin duda estarán furiosos y buscarán actuar... y todavía más contra cualquiera que haya podido colaborar con nosotros.

Carmen miró a Mourad con un sentimiento de pérdida inexplicable. Luego sus ojos se desplazaron hasta François.

—Sí, Carmen —le dijo el belga, reforzando sus palabras con un gesto de

cabeza—, debes regresar a tu casa.

Capítulo 11

Carmen apoyaba la cabeza en la ventanilla del coche que la llevaba al aeropuerto. Se sentía terriblemente triste y cansada. En las últimas quince horas habían pasado tantas cosas que su mente no era capaz de terminar de asimilarlas bien. Le había confesado a un hombre que se sentía atraída por él. ¡Ella! También, y a pesar de su historial, había renunciado a acostarse con el único espécimen masculino que le había interesado de verdad: Mourad. Después, los acontecimientos de la noche, la sorpresa de verse envuelta en una misión de la organización internacional de policía criminal; lo asombroso de saber que Louis, además de idiota, era un traidor, el miedo... y, sobre todo, la sensación de pérdida cuando tuvo que separarse definitivamente de *su* guía. Tenía un vago recuerdo de las palabras de Sylvie..., no, de Marie, diciéndole que un helicóptero la recogería a ella y a Jean Paul, mejor dicho, a François, para llevarlos a Argel. Ni siquiera era consciente de haber recogido sus pertenencias, ni de haberlas metido en su mochila; aunque allí estaban, así que debió de hacerlo. Lo que sí tenía grabado en su memoria era la despedida. Mourad la había mirado con aquellos ojos misteriosos concentrados en ella y, en el último momento, le había acunado la cara, limitándose a decirle un escueto adiós y dejando en el aire mil cosas que añadir.

A partir de entonces, el viaje hasta la capital, donde había aterrizado sólo un par de horas antes, tiempo imprescindible para recoger el equipaje que había dejado en la consigna del hotel y subirse al vehículo en el que se encontraba en ese instante... Todo, absolutamente todo, lo tenía como una neblina en la cabeza. Sentía el corazón maltrecho sin explicación aparente. Claro que el recuerdo de los ojos grises más increíbles que había visto en su vida tenía mucho que ver con eso.

Vislumbró la señal que informaba de que ya estaba cerca del aeropuerto y, de repente, cayó en la cuenta de que no le había dicho a nadie que regresaba. En realidad no tenía a nadie a quien decírselo... No, eso no era cierto. Tenía a sus amigas. Rebuscó entre los bolsillos de su zurrón hasta dar con su móvil y comprobó que no tenía batería.

—Por casualidad no tendrá un cargador de teléfono, ¿verdad?

—Sí —contestó el conductor, un hombre de unos cuarenta años, bien parecido y tremendamente serio. Alargó la mano hacia atrás y ella le cedió su *smartphone*—. No hay mucho tiempo para recargarlo, pero lo intentaremos.

Carmen forzó una sonrisa de agradecimiento y volvió a apoyarse en la ventanilla. Desde luego, Mourad había cumplido su promesa con creces; aquélla había resultado ser la experiencia de su vida, y no precisamente por haber sido espectadora de primera fila de una intervención de la Interpol.

Cinco minutos después, el vehículo paraba frente a la puerta de salidas del aeropuerto.

—Dado que no va a tener que hacer cola para pasar el control, podemos esperar un poco a que se cargue la batería.

Ésa era otra. Tras lo que había vivido, la estaban tratando casi como si fuera de la realeza. Ya le habían informado de que no debería facturar el equipaje ni tampoco pasar por el control de seguridad, como sí hacía todo hijo de vecino. No, ella lo haría a través del departamento de protocolo de la terminal, igual que hacían los mandamases. Saber eso no hacía más que reforzar la sucesión de imágenes fija en sus retinas de lo que había pasado la noche anterior.

Observó sin demasiado interés el ir y venir de los viajeros; no muchos, cabría decir. Su avión salía en una hora o poco más. Ése era el tiempo que le quedaba para seguir pisando el mismo país que Mourad. La simple idea la acongojó. ¡A ella!, a la dura y distante Carmen Sancho Galván. Saber que no volvería a verlo se le hizo insoportable y a punto estuvo de sollozar.

—Su móvil ya tiene la mitad de la carga. —La voz del chófer hizo que se volviera hacia él—. ¿Cree que será suficiente?

—Sí, gracias —dijo alargando el brazo para recoger el aparato.

En cuanto lo tuvo en la mano, lo puso en marcha y mando un whatsapp a su

grupo de amigas.

Chicas, vuelvo a casa.

Al acabar de escribirlo, volvió a desconectar el teléfono.

* * *

Mourad había tenido que soportar un intensivo interrogatorio sobre Louis. Marie estaba convencida de que no tenía nada que ver con él ni con sus tejemanejes; no obstante, estaba obligada a preguntarle sobre el modo en que el francés había contactado con él.

Después de una serie de cuestiones y de indagaciones por parte de la Interpol, quedó claro que el argelino no había sido más que otra víctima de la situación. En el momento en el que se lo permitieron, se dirigió a su Range Rover y emprendió viaje de vuelta a Argel.

Durante todo ese proceso, sólo tenía una cosa en mente: Carmen. ¿Estaría bien? ¿Habría tenido problemas durante el vuelo? ¿Lo recordaría una vez estuviera en casa? ¿Podría él olvidarla?

Apenas hizo paradas durante su regreso a la capital. Conducía sin sentir la familiar emoción que solía recorrerlo al atravesar su país. Estaba apático. Por otro lado, no tenía prevista ninguna ruta hasta pasadas tres semanas, por lo que no tendría la tregua que podría darle el trabajo. ¿Qué había hecho esa mujer con él?

Era hijo de una gran familia. La mayoría de sus hermanos y hermanas llevaban años casados, tenían hijos y eran felices en sus matrimonios. Eso era lo que deseaba para sí mismo, pero hasta ese momento nunca había encontrado a nadie que le despertara la magia que veía en los ojos de sus hermanos cuando miraban a sus parejas. Ellos no necesitaban hablar del amor ni decirse que se querían con sus respectivas parejas. No hacía falta, saltaba a la vista.

A veces se veía forzado a soportar las bromas de toda su familia, sus sobrinos incluidos, que aseguraban que era tan feo que ninguna chica se atrevía a acercarse a él. En otras ocasiones percibía su preocupación cuando lo miraban

creyendo que él no los veía... Con treinta y dos años, era extraño que un argelino permaneciera soltero. De todas formas, lo que siempre constituía una constante cuando estaba rodeado de su gente era el cariño con el que lo trataban. La suya, aunque modesta, era una familia llena de afecto, respeto y confianza.

Y, entonces, había aparecido Carmen, una mujer a todas luces inalcanzable, que le había trastocado el alma para dejarle después el corazón hecho trizas. No era culpa de nadie, por supuesto. Ella vivía en otro país, en otro mundo, y marchándose no había hecho otra cosa que lo que se suponía que debía hacer, sobre todo después de lo que había ocurrido la noche anterior. No obstante, eso no mitigaba la terrible congoja que sentía por haber encontrado a la chica que podría haber cambiado su vida y haberla perdido antes siquiera de intentarlo.

Sabía que era estúpido pensar de esa manera, igual que lo era haberse colado por una clienta, una turista, una extranjera..., pero también sabía que era inútil luchar contra los sentimientos. Estaba convencido de que tendría que lidiar muy mucho contra sí mismo para volver a recobrar la calma con la que vivía antes de que la española bajara del avión pocos días atrás, aunque algo le gritaba en su interior que era una batalla perdida de antemano.

* * *

A Carmen, los familiares corredores del aeropuerto de Barcelona no la ayudaron a sentirse en casa. Con el alma encogida, caminaba por ellos con la extraña sensación de que se había dejado algo esencial en Argelia. No quería ponerle nombre, pero unos ojos de un azul acerado parecían caminar a su lado.

Recogió el equipaje de la cinta transportadora con desgana; si era sincera consigo misma, le aterraba volver a su hogar y enfrentarse a la soledad que la esperaba allí... y por eso sus movimientos eran lentos y hasta patosos. Cargó sus maletas en un carro y anduvo hasta las puertas acristaladas que la separaban del exterior sin fijarse en nada, como una autómatas.

—¡Carmen! —oyó tras la barandilla que separaba a los viajeros de aquellos que iban a buscarlos—. ¡Carmen!

Ella no hizo caso, pues no esperaba que nadie fuera a recogerla, pero volvió a

oír su nombre una y otra vez hasta que, impulsada por la insistencia, decidió buscar con la vista el origen de la voz.

Dani estaba allí. ¡Su amiga había ido a por ella!

Daniela corrió al extremo de la valla y la esperó con los brazos abiertos. Sintió que el corazón se le inundaba de un agradecimiento tan inmenso y de un cariño tan grande que, por extraño que pareciera, se le aguaron los ojos y se refugió en el abrazo que le ofrecía su amiga.

—¿Qué ha pasado, cariño? —preguntó Dani mientras la acunaba—. ¿Por qué has regresado tan pronto? Estamos todas locas de preocupación.

—Es largo de explicar —respondió ella contra el hombro de su amiga.

—Bien, pues vamos a casa y me lo cuentas de cabo a rabo —dijo comenzando a caminar en dirección al parking—. Y, en cuanto lleguemos, haremos una videoconferencia con las demás, si no queremos que les dé un infarto.

Oír eso, después de más de veinticuatro horas angustiosas, consiguió que esbozara una tímida sonrisa. En realidad no estaba tan sola como ella creía; nunca lo había estado, sus chicas siempre habían permanecido ahí para ella.

* * *

A pesar de la distancia que las separaba de Merche y María, la tecnología permitió que las sintiera tan cerca como a Dani. Las tres le preguntaron por activa y por pasiva qué había pasado en el viaje, a lo que ella respondió con evasivas al principio. No quería preocuparlas..., pero la conocían demasiado bien y sabían que se guardaba algo, así que insistieron e insistieron sin descanso hasta lograr su objetivo.

—Mira, Carmen, ya me estás hartando. Me vas a contar ahora mismo qué es lo que ha pasado de verdad —le exigió María, mirándola con el ceño fruncido a través del monitor del ordenador.

—No es n...

—Ni se te ocurra decir que no es nada. Tú, aunque sea por tus santos cojones, no vuelves antes de tiempo así como así, o sea que ya estás soltando por esa

boquita —espetó Merche, con un dedo apuntando a la pantalla.

—Si es que no os vais a creer lo que ha hecho —intervino Dani—. Cuando me ha visto, se ha emocionado y se ha echado a llorar.

—¿Cómo? —plantearon al unísono las dos amigas que estaban fuera de España.

—Pues ahora sí que no hay quien te salve. Venga, Carmen, cuenta de una jodida vez qué ha pasado en Argelia —insistió Merche.

No tuvo más remedio que claudicar. Les habló de Louis, de Sylvie, que resultó llamarse Marie, y de su supuesto marido, Jean Paul, en realidad François. Les contó la parte del *tour* que sí había realizado y cómo se habían desarrollado los acontecimientos de la noche anterior. Después, el viaje en helicóptero, el trato VIP en el aeropuerto... pero de Mourad, ni una palabra.

—¡Madre mía! —exclamó Dani, rodeándola con el brazo—. Menos mal que no te pasó nada y que estás aquí, sana y salva.

—Sí —intervino Merche, cabeceando—. Si te hubiera pasado algo...

—¿Qué más ha ocurrido? —inquirió María, tan perceptiva como siempre—. Porque hay más, ¿verdad?

—No sé de qué hablas —mintió Carmen, bajando la mirada a sus manos.

Merche todavía movía la cabeza cuando preguntó:

—¿A qué te refieres, María?

—A que Carmen parece más triste que asustada, ¿a que sí, Carmen?

—No, no... Es sólo...

—Suéltalo de una vez —exigió María.

—Es que...

—¿Qué? —dijeron todas a la vez.

La abogada intentó disimular el temblor de sus labios y la congoja que la invadía, pero fue en vano. Con un fuerte suspiro, se tapó la cara y empezó a sollozar.

—Ahora sí que vas a tener que hablar. ¡Ya! —Dani, alarmada, la apretó más contra su hombro—. ¿Alguien te hizo daño?

—No —hipó.

Desde sus casas, Merche y María se aproximaron a sus pantallas, en un inútil

intento de acercarse más a su amiga. No entendían qué le estaba pasando, pero debía de ser algo muy serio. Carmen no lloraba. Nunca.

—Venga, cariño, tranquilízate y dinos qué te ocurre —pidió María.

En silencio, le dieron tiempo para que se serenase. Fue una espera bastante larga.

—He conocido a alguien en Argelia —confesó aún con los ojos llorosos.

—¡Pero eso no es nada malo, chiquilla! —soltó Merche con un suspiro de alivio.

—Sí, sí que lo es —replicó mirando directamente al monitor—. Vosotras me conocéis, sabéis que yo no creo en sentimentalismos ni esas tonterías, pero...

—Alguna vez tenía que pasar, Carmen —la consoló Dani, con un deje de diversión en la voz.

—No voy a volver a verlo en mi vida —sonó derrotada—. La primera vez que un hombre me interesa de verdad y tiene que ser alguien inalcanzable. Menuda putada, ¿no os parece?

—¿Y por qué no vas a poder verlo de nuevo? —se extrañó Merche.

—¿Por qué él está allí y yo, aquí? —contestó con otra pregunta, secándose las lágrimas que no conseguía detener.

—Siempre puedes volver de vacaciones allí y darte un homenaje, mujer.

—No lo entendéis —soltó pesarosa—. ¡Me he enamorado!

—¿Enamorada?, ¿tú? —Merche por poco se atraganta por la sorpresa.

—Sí.

—Tal vez es algo pasajero —aventuró María.

—No lo sé. ¿Quién sabe? —Encogió un hombro—. Lo único que os puedo decir es que nunca, jamás, he sentido esto por un hombre —afirmó, llevándose el puño con el que se limpiaba las lágrimas al pecho.

A partir de ese momento, sus tres amigas se dedicaron a interrogarla acerca de Mourad. Querían conocer cualquier detalle sobre el chico que había conseguido descongelar el frío corazón de Carmen y, aunque preocupadas por ella, lograron hacerla sonreír con sus bromas. Gracias a eso, ésta sentía el alma algo más ligera cuando finalizó la videoconferencia. Sus propuestas, aunque descabelladas, le habían abierto los ojos en algunos aspectos.

Capítulo 12

Cinco días después de regresar de Argelia, a Carmen ya se le caía la casa encima. Intentaba matar el tiempo saliendo a correr, paseando por la playa o hablando más que de costumbre con sus chicas. Incluso, una tarde, se pasó por la agencia de viajes para narrarle a Saray la odisea que había resultado ser su viaje a tierras argelinas.

No importaba lo que intentara, todo era inútil. Mourad no salía de su cabeza hiciera lo que hiciese. Lo echaba de menos, algo del todo ilógico teniendo en cuenta que apenas había pasado unos días con él, que no habían tenido muchas oportunidades para hablar a solas y que, en realidad, casi no lo conocía. Y a pesar de todo eso, su piel se erizaba cuando recordaba sus ojos al mirarla, el corazón le aleteaba en el pecho cuando evocaba el sabor de sus labios contra su boca, el alma se le rompía cuando revivía el instante en el que le dijo adiós...

Decidió que ya tenía bastante, que estar dándole vueltas a lo mismo todo el tiempo no la ayudaría a salir de ese pozo emocional en el que se había zambullido de sopetón, totalmente sin previo aviso. Tenía que volver al trabajo. Mantener la mente activa y centrada en otras cosas la ayudaría a pasar página..., aunque no estaba convencida realmente de querer hacerlo. Después de haber acariciado el amor con las yemas de los dedos, ya no estaba segura de querer perder esa sensación. El problema consistía en que vivir aquella angustia sin la posibilidad de remediarla tampoco era que la entusiasmara demasiado. Carmen podía ser muchas cosas, sí, pero masoquista no estaba entre ellas. Se marcó el propósito de no ser tan crítica con los sentimientos, de dejar atrás el cinismo que siempre la había caracterizado y, a la vez, tenía la intención de luchar por olvidarse de aquel argelino que le había despertado el corazón.

Se presentó en la oficina sin previo aviso, creando un pequeño revuelo

cuando apareció por la puerta.

—¡Carmen! Pero ¿qué haces tú aquí? —Sara pegó un bote en el asiento al verla—. Te hacía en medio del desierto.

—Sí, ya. Ahí es donde debería estar, pero la cosa se torció un poco y tuve que regresar antes de tiempo.

—Pues le vas a dar un alegrón a Ricardo —le dijo la secretaria con una sonrisita—. Le llegó un caso la semana pasada y desde entonces no hace más que darle largas a la clienta.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Un caso complicado, un divorcio en el que los cónyuges tienen algo que ver con no sé qué cuentas en un paraíso fiscal o algo así.

—Voy a hablar con él —soltó con la mente centrada en la noticia que iba a darle y que sabía que no iba a gustarle en absoluto a su compañero.

—¿Quieres que te prepare un café? —se ofreció Sara mientras ella giraba hacia el despacho de su socio.

—Muchas gracias. Creo que lo voy a necesitar.

Sara se quedó mirando su espalda con los ojos abiertos como platos. No era lo que Carmen había dicho, sino la manera en la que lo había hecho, lo que la sorprendió. Su tono, por una vez, no había sonado avinagrado, más bien todo lo contrario; había destilado una dulzura que no había oído nunca antes en ella.

Se anunció con dos golpes secos en la puerta. Esperó a que Ricardo le diera permiso y entró. Se lo encontró concentrado en unos papeles que cubrían parte de su escritorio y aguardó en silencio hasta que alzó la cabeza para mirarla.

—¡Carmen! Pero ¿tú no...?

—Sí, debería estar de vacaciones, pero he vuelto antes de tiempo. Es una larga historia.

—Por favor, siéntate y me lo explicas. —Ricardo hizo un gesto con la mano, mostrándole la silla que había frente a su mesa—. No sabes lo feliz que estoy de que estés aquí.

Ella reprimió una sonrisa. No estaría tan contento cuando supiera la decisión que había tomado; estaba convencida de ello.

Sara entró en ese momento con dos tazas de café y las dejó sobre la superficie

de madera que separaba a ambos abogados. Antes de retirarse, miró a Carmen.

—Me alegra que estés de vuelta.

Ésta no contestó; no estaba segura de que a ella le pasara igual. El recuerdo de la mirada acerada de Mourad le hizo anhelar estar en otro lugar.

—Bueno, ¿vas a contarme por qué has regresado tan pronto?

Los gestos de asombro y preocupación se intercalaban en el rostro de Ricardo conforme ella le narraba lo sucedido en Argelia. De vez en cuando hacía algún comentario, pero logró mantener a raya su curiosidad para no perderse ni un detalle de lo que le relataba su colega. Una vez finalizada toda la historia, se recostó pesadamente en su sillón y resopló.

—Menos mal que ya estás aquí... —cabeceó enfáticamente—... y sin ningún rasguño.

—Sí, ya estoy aquí... —rememoró el momento en el que Mourad entró en su tienda y la protegió con sus brazos—... y sin ningún rasguño —repitió en un susurro.

—Carmen, te veo rara, ¿te encuentras bien? —Ricardo, preocupado, adelantó el cuerpo en su dirección—. Si necesitas más tiempo para recuperarte del susto...

—No, Ricardo. La verdad es que necesito trabajar. —Frunció el ceño y negó con la cabeza—. Joder, necesito ocupar la mente en asuntos que no tengan nada que ver con aquello.

—Bien, como tú quieras. —Su socio se relajó sobre su asiento y apoyó las manos en los apoyabrazos de su sillón—. Pues me vienes de perlas. Nos ha entrado el caso de una pareja que...

—Sí, me lo han comentado. —Se miró las manos que envolvían la taza de café—. Es la primera vez que no me apetece en absoluto llevar un caso de divorcio.

—¿Perdón? ¿Qué has dicho? —inquirió su colega, creyendo firmemente no haberla entendido.

—Que me va a costar volver a trabajar en separaciones, anulaciones, divorcios ni nada que tenga que ver con los matrimonios.

—Pero Carmen, eso es lo que tú haces... ¡Y lo haces de puta madre, además!

¿A qué viene ahora esta tontería?

—Sólo te pido un poco de tiempo, nada más. Si es preciso que asesore a alguien y que le dé algún que otro consejo, lo haré, pero de momento no quiero llevar el peso de ese tipo de casos.

* * *

—Hermano, ya sé que has pasado un mal trago —Mohand pasó por detrás del sofá donde estaba sentado Mourad y le dio una colleja—, pero tienes que espabilar, chico. Así no puedes seguir, pareces un alma en pena.

—Vale, sí, lo que tú quieras —dijo él con desgana, intentando quitarse de encima a su hermano pequeño.

Desde que había vuelto del fallido *tour*, deambulaba como un zombi por la casa que compartía con el menor de sus hermanos. Su voraz apetito parecía haberse esfumado y la calle la veía sólo a través de las ventanas. No tenía ganas de nada. A Mohand no le faltaba razón, así no podía seguir, pero no tenía ánimo para nada. También era mala suerte haberse colado por una mujer que vivía a miles de kilómetros de él. Su cabeza le decía que tenía que olvidarse de ella, que Carmen tenía su vida en España y que la suya estaba allí, en Argelia; dos mundos diferentes y más alejados entre sí que la distancia misma que los separaba. Sin embargo, el corazón, ese obstinado y ciego órgano, le gritaba que ella era la elegida.

—Deberías salir de aquí. —Mohand se dejó caer pesadamente junto a él—. Faltan más de dos semanas hasta que se presente tu nuevo grupo y, si tengo que seguir viéndote vegetar de esta manera, me va a dar un pasmo.

—¿Y dónde quieres que vaya, hermanito? —preguntó mirándolo de reojo.

—Hombre, ¿a dónde va a ser? —Le dio un amistoso codazo en las costillas—. A casa, a que mamá te prepare una buena comida y las montañas te levanten el espíritu, que buena falta te hace.

Mourad se lo quedó mirando durante un largo minuto mientras se frotaba la frente. Dio una palmada al aire y se levantó de un salto.

—Tienes razón, me voy.

En menos de media hora tenía el petate hecho, se había duchado y presentaba una imagen suficientemente decente. No entendía cómo se le había pasado por alto la posibilidad de ir a su casa, la de sus padres. Para él era un bálsamo que le ayudaba a afrontar cualquier cosa. Con su familia al lado —Mohand no contaba, porque era un poco cabroncete —, podría superar cualquier cosa... incluso el desgarramiento interior que le había dejado la marcha de Carmen.

—¿Quieres que te traiga algo de allí? —inquirió ya en la puerta, con el macuto al hombro y las llaves del Range Rover en una mano.

—Un cargamento de *makrout*, *samsa* y *chebakia*. Nadie hace los dulces como mamá.

En eso su hermano tenía también razón y lo admitió con una inclinación de cabeza y una inesperada sonrisa, la primera desde hacía seis días.

Durante el trayecto de poco más de hora y media, estuvo dándole vueltas a qué les explicaría a sus padres. Lo último que deseaba era inquietarlos y lo que había pasado con la redada de los terroristas que había llevado a cabo la Interpol seguro que los llenaba de preocupación. No, lo más conveniente era que se inventara alguna excusa para aparecer sin motivo en la casa familiar. Tampoco tenía intención de hablarles de Carmen, ¿para qué? Ella sería su secreto. Y cuando le hicieran insinuaciones sobre su soltería, que las harían sin duda, volvería a argumentar que no había conocido todavía a la mujer por la que quería cambiar su estado civil... aunque fuera una gran mentira. Lo cierto, lo indiscutible y que no podía negarse a sí mismo por más tiempo, se resumía en que Carmen era esa mujer, por más que la razón le gritara lo contrario.

En su pequeño pueblo natal todos se conocían. La casa de sus padres estaba entrando en el núcleo urbano, igual que las de sus hermanos; todas las viviendas de su familia no distaban las unas de las otras más de cien metros entre ellas. Les gustaba vivir cerca, compartir el día a día y convivir como la gran familia que eran. Sólo Mohand y él estaban lejos del resto, y exclusivamente por motivos laborales. Por ello, en cuanto apareció su todoterreno por la calle, no hubo ni uno que no se dispusiera a recibirlo, alertado por el sonido del motor.

—Mamá, mamá —gritó su hermana Amina desde la ventana de la casa de al lado—, Mourad está aquí.

En un momento, aparecieron todos por las puertas de sus respectivas casas, moviendo los brazos y haciendo grandes aspavientos. Su madre fue la última en asomarse, con un trapo entre las manos con el que se las secaba.

Apenas tuvo tiempo de aparcar cuando un tumulto rodeó el coche y la puerta del conductor se abrió desde fuera de un golpe.

—Mourad, hijo —lo llamó su padre con los ojos llenos de orgullo—, ¡qué alegría verte!

—Hola, papá —lo saludó, tratando de hacerse un hueco en el suelo para poder apearse del vehículo—. Familia...

Cuando lo consiguió, todos se apresuraron a abrazarlo, desde su sobrinita más pequeña, que apenas empezaba a andar, hasta su hermano Brahim, el mayor de todos ellos. Su madre, Nadia, se reservó el último achuchón.

—Hijo mío. —Dicho esto, enterró la cara en el pecho de Mourad y aspiró con fuerza.

Una hora después, los que habían ido a visitarlo habían vuelto a sus hogares. Más tarde regresaría todo el clan para la cena, pero, de momento, sólo quedaban en la casa Mourad y sus progenitores.

Nadia estaba en la cocina, preparando la comida que disfrutaría la familia esa velada. Brahim, su padre, dormitaba en el sofá frente al televisor, encendido pero con el volumen bajo. Al pasar junto a él, Mourad le apretó el hombro con cuidado de no despertarlo y salió al patio. Aquel lugar era su favorito de todo el edificio. Parecía un vergel; su madre se ocupaba de que así fuera. En el centro, una gran palmera datilera proyectaba su sombra sobre el banco de piedra en el que se sentó. Con el cuerpo inclinado hacia delante y los codos apoyados en las rodillas, dejó fluir las imágenes que atesoraba de Carmen. Era una penitencia y, a la vez, un consuelo. Esa española se había metido bajo su piel y temía mucho que arrancarla de ahí le resultaría muy difícil, por no decir imposible.

Su madre apareció un rato más tarde, con un cuenco lleno de harina y una jarra de agua.

—¿Qué haces aquí solo, Mourad? —Mientras decía esto, depositó su carga sobre la mesa que había junto al banco y empezó a añadir agua al recipiente.

—Nada, madre. Estaba disfrutando de la paz que hay aquí fuera.

—¿Te importa si te hago compañía?

—¡Claro que no, madre!

Nadia terminó de echarle agua a la harina y comenzó a amasar con delicadeza. De vez en cuando, lanzaba una mirada furtiva a su hijo y meneaba la cabeza. A su Mourad le ocurría alguna cosa, pero no lograba deducir mentalmente qué podía ser. El silencio entre ellos era tranquilo; sólo los grillos osaban interrumpirlo... hasta que ella ya no aguantó más.

—¿Me vas a contar qué te pasa? —planteó sin dejar de trastear en el cuenco.

—Nada... —contestó él levantando los ojos de la flor amarilla en la que los tenía fijos—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Soy tu madre, Mourad —le recordó ella con sencillez—. Te conozco desde antes de que nacieras. Recuerdo cómo te meneabas en mi vientre; cómo, en ocasiones, tenía que preguntarme si te habías movido durante el día o no. Entonces sacudía la mano sobre mi ombligo y tú me dabas una patada para tranquilizarme. Por eso sé que algo te inquieta, algo de lo que no quieres hablar, pero que te tiene el alma en vilo.

—Son imaginaciones tuyas, madre.

—No, no lo son —atajó su padre, que estaba observándolos bajo el dintel de la puerta que daba al patio desde hacía un rato.

—¿Usted también, padre? —inquirió él, girándose ligeramente.

—Claro que sí, hijo. —Se fue acercando con lentitud hasta que estuvo a su lado. Le acarició la cabeza y se sentó junto a él.

—Padre —suspiró con resignación—, no me ocurre nada. No tienen de qué preocuparse.

Nadia los miró alternativamente, dejó lo que estaba haciendo, fue hasta la fuente que había en un rincón, se enjuagó las manos, se las secó en el delantal, cogió una silla de enea y se sentó frente a ellos. Tenían una conversación con Mourad y eso era lo más importante en ese momento.

—¿Y bien? —Fue ella la que empezó a hablar.

—Madre, no hay na...

—Nadia —Brahim cogió las manos de su esposa con una de las suyas y la otra la descansó sobre la rodilla de su hijo—, yo sé lo que le pasa a nuestro hijo.

Reconozco los síntomas.

Mourad se volvió hacia él con rapidez. Su padre era una persona muy intuitiva y bien podía haber adivinado lo que le afligía.

—El chico está enamorado —afirmó tranquilamente, dándole una palmada en el muslo a Mourad—. Veo en su cara la misma melancolía angustiosa que tenía yo cuando tu padre me dijo que no podía casarme contigo.

—¿Es eso, hijo?

Hubiera podido seguir negando la evidencia, pero le pareció un esfuerzo inútil. Hundió los hombros y meneó la cabeza afirmativamente. Con voz baja, casi en un susurro, les habló de Carmen; de cómo la había conocido; de lo que había sentido al verla; de cómo, sin proponérselo, y sólo en unos días, se había hecho dueña de su corazón; de la impotencia que experimentaba por no poder estar con ella...

—¿Y cuál es el problema, Mourad? —quiso saber Brahim con sentido práctico.

—Padre, ¿no me ha oído? Ella vive en España y yo... —Abrió los brazos, abarcándolo todo a su alrededor.

—Hijo, ¿tú crees que es la adecuada? —volvió a preguntar su padre, ante la atenta mirada de Nadia.

—Mi cabeza me dice que no, pero mi corazón no está de acuerdo —confesó abatido.

El matrimonio se miró. Sabían que, con el consejo que le iban a dar, perderían a su hijo o, como mínimo, no lo tendrían tan cerca de ellos como les gustaba, pero lo primero para unos padres es la felicidad de sus vástagos, y ellos eran unos buenos padres.

Nadia le cogió las manos con fuerza. Una lágrima se deslizó por su mejilla, pero sonrió.

—Si es ella, no puedes dejarla escapar, Mourad. —Lo besó en la frente con inmenso cariño—. No importa dónde te lleve el amor, lo que importa es agarrarlo con fuerza y no soltarlo jamás. Míranos a tu padre y a mí. En cuanto nos vimos, supimos que no nos separaríamos nunca, y, a pesar de la obstinada oposición de mi padre, no lo hemos hecho.

—No me he arrepentido ni un solo día de haber luchado con todas mis fuerzas contra la cabezonería de tu abuelo. —Miró a Nadia con devoción—. He sido, y sigo siendo, muy feliz junto a tu madre.

—Pero sus costumbres, su forma de vida, todo es tan diferente...

—¿Y qué? —espetó Brahim—. Nada es más importante que estar con la mujer que llena tu corazón. Si esa española lo hace, ve a por ella.

Con la fuerza que le imprimía el ejemplo de sus padres, tomó una determinación.

Capítulo 13

Era el segundo día que pisaba la oficina desde que había vuelto de su viaje. No había pasado buena noche por culpa del recuerdo constante de Mourad, que se colaba en su mente a todas horas. Saludó a Sara, quien se apresuró a ofrecerle un café, al becario, a quien apenas conocía, y, antes de entrar en su despacho, a Ricardo, que le gruñó un «buenos días». Dejó el bolso colgando del respaldo de su silla y encendió el ordenador. Sara entró en ese instante con su bebida y se marchó después de preguntarle si necesitaba algo más.

Lo primero que hizo cuando su PC volvió a la vida fue revisar su correo electrónico. Entre algunos mensajes del Colegio de Abogados de Barcelona, ofertas de suscripciones a revistas jurídicas y un montón de propaganda, encontró uno que le aceleró el corazón: el Gobierno argelino se disculpaba por los problemas que había sufrido en su país y la invitaba, con todos los gastos pagados, a volver cuando quisiera.

Seguro que eso era una señal. Ella, que había aceptado, a riesgo de que se le rompiera el corazón, no volver a ver a Mourad, tenía frente a sí la posibilidad de hacerlo de nuevo. Bien era cierto que siempre habría podido viajar de nuevo a Argelia, pero, tras lo que había pasado entre ellos, estaba estúpidamente resignada a no regresar. No obstante, si el destino se empeñaba en que se reencontraran..., ¿quién era ella para oponerse?

Desde que había pisado otra vez la Ciudad Condal, se lamentaba de no haber cedido a la tentación de acostarse con él. De haberlo hecho, al menos le quedaría el recuerdo de su cuerpo hundiéndose en ella y no sólo evocaría su boca. Había tomado una mala decisión, ahora lo tenía claro. Si la fortuna volvía a ponerlo delante de ella, no dejaría pasar la oportunidad y después... que fuera lo que Dios quisiera. Ya se lamería las heridas en soledad.

Estaba tan alterada debido al *e-mail* recibido que le resultaba imposible concentrarse en el trabajo. Una riada de posibilidades se deslizaba en su imaginación. Necesitaba hablar con alguien... con sus chicas. Sacó el móvil del bolso y grabó un mensaje para ellas.

—Chicas, tengo algo que contaros. Videoconferencia a las siete.
Inmediatamente después de mandarlo, recibió tres respuestas.

Dani: 👍

Merche: Lo siento, tendrá que ser más tarde.

María: Tengo *tour* hasta las ocho. Después, cuando quieras.

A lo que ella contestó rauda.

De acuerdo. A las diez de aquí, las nueve de allí.

Los mensajes que siguieron fueron todos de aceptación.

Se sentía más ligera, como si la gran losa que le aplastaba el pecho hubiera desaparecido. Consultó su agenda, decidida a encontrar una fecha adecuada para regresar a Argelia. Y tenía que ser cercana, porque, después de recibir la invitación por parte del Gobierno argelino, estaba demasiado entusiasmada como para esperar mucho tiempo.

Apenas se enteró de algo de lo que hizo aquel día en el bufete. Había un par de casos menores —un accidente de tráfico sin víctimas y un contrato mercantil— que no despertaban su interés. Resolvió algunas dudas que tenía Ricardo sobre el divorcio que ella no iba a llevar y ayudó al becario con la preparación de la documentación para una demanda civil. Nada interesante y, desde luego, nada que la distrajera del contenido del correo electrónico que había recibido esa mañana... ni de Mourad.

Como le quedaba mucho tiempo aún para su cita virtual, cuando llegó a casa se dio una larga ducha e hizo una ensalada, que comió mientras veía un capítulo de «La caza», una serie que había dejado a medias antes de irse. Cuando terminó el episodio todavía faltaba una hora para iniciar la videoconferencia, así que, para evitar el aburrimiento, buscó los folletos sobre Argelia que le había entregado Saray antes de emprender su viaje y se dedicó a ojearlos. ¡Le habían

quedado tantas cosas en el tintero! Maldijo a Louis por haberle arruinado su aventura... y la posibilidad de pasar más días con *su* guía argelino.

Cinco minutos antes de las diez, dejó lo que estaba haciendo, levantó la tapa de su portátil y se preparó para *encontrarse* con sus amigas.

La primera en conectarse fue Merche; un segundo después, lo hizo Dani, y la última, María, aunque no fue su cara la que vieron, sino la de Sean, su novio.

—Hola, preciosidades —les dijo mostrando una de sus radiantes sonrisas—. María me ha pedido que os salude, pero no os preocupéis que ya os la dejo. —Se levantó y le cedió el sitio a ésta con un beso.

—¡Qué mono! —exclamó Merche al ver el gesto.

—Sí, sí que lo es —convino María, emocionada.

—Tengo a Bruno aquí detrás y me pide que os salude de su parte —comentó Dani.

—Hola, Bruno —corearon las otras tres.

—Rubén me ha pedido lo mismo —añadió Merche.

—Hola, Rubén —volvieron a corear las demás.

—Bien, ahora que ya nos hemos saludado todos —bromeó Merche—, a ver, ¿a qué venía tanta urgencia, Carmen?

—¿No puede ser que sencillamente tuviera ganas de hablar con vosotras, petardas? —planteó levantando la nariz, fingiéndose molesta.

—Sí, claro —soltó con retintín—, pero creo yo que hay algo más, ¿verdad, chicas?

—Sí —afirmó María.

—Fijo que hay algo más —estuvo de acuerdo Dani.

—Vale, está bien. Hay algo más —claudicó Carmen, dedicándoles una amplia sonrisa.

Les hablo acerca del *e-mail* que había recibido esa misma mañana, remitido por el Gobierno de Argelia, y de su decisión de volver a ese país para reencontrarse con Mourad.

—Esta vez, no voy a ser una cobarde. —Dio una palmada frente a su cara para enfatizar sus palabras—. Yo, ¡yo!, me comporté como una mojitata miedosa. Menuda idiotez. —Meneó la cabeza de lado a lado, sin creer que

hubiera sido tan estúpida—. No supe gestionar lo que sentía por Mourad y dejé pasar la oportunidad de acostarme con él... —Meditó un instante y, con una sonrisa, agregó—: La verdad, tampoco es que tuviera ocasión.

—Todavía no me cabe en la cabeza que le dijeras que no te ibas a acostar con él —intervino María con los labios fruncidos.

—Yo sí la entiendo —terció Merche—. Cuando conocí a Rubén, mi primera intención fue abstenerme de hacer el amor con él por miedo a echarlo de menos cuando volviera a Dublín... claro que yo me arrepentí enseguida —soltó con una carcajada, guiñándoles un ojo.

—¿Quién lo hubiera dicho? —bromeó Dani—. ¡Caer en la tentación de acostarse con mi cuñadito!

—Bueno, niñas, ya está bien. Centraos en mí por un momento, ¿vale? —pidió Carmen con el ceño fruncido.

—Perdón —canturrearon las tres amigas a la vez, sin asomo de sentir algún remordimiento por sus bromas.

—A ver, ¿qué tienes planeado hacer? —se interesó María, sin dejar de sonreír.

—Mañana mismo iré a ver a Saray y le pediré que me busque un vuelo.

—Jo, te ha dado fuerte, ¿eh? —Merche agitó la mano de arriba abajo produciendo un chasquido con los dedos—. Vaya vaya con nuestra cínica favorita. Le ha dado muy fuerte.

Las bromas empezaron a sucederse, siendo Carmen la diana de todas ellas. Después de algunos consejos, las confidencias de rigor y de expresar las ganas que tenían todas de estar de nuevo juntas, y no sólo a través de la fibra óptica, se despidieron.

Esa noche, Carmen durmió infinitamente mejor que cualquiera de las anteriores de la última semana. Por fin, ver a Mourad en sueños no era motivo de tristeza, sino un signo de esperanza.

* * *

Carmen había pasado la mañana atareada con los casos de los que se tenía

que encargar. El becario había ocupado buena parte de ese tiempo pidiéndole consejo sobre cómo enfocar el divorcio que traía de cabeza a Ricardo; estaba decidido a hacer méritos frente a él y sabía que la experiencia de Carmen podría ayudarlo en su propósito. Ella, con una paciencia inaudita —teniendo en cuenta su carácter—, había dejado aparcados sus asuntos para atender al novato. Por otro lado, Sara, que no había mejorado como secretaria y seguía siendo un poco desastre, había retrasado su trabajo más de una hora al llevarle, dos veces, unas fotocopias de mala calidad y que necesitaba sin falta para avanzar en uno de los casos... En definitiva, lo que llevaba de jornada había transcurrido sin pena ni gloria.

Faltaba aproximadamente media hora para el parón del mediodía y Carmen había conseguido centrarse en sus asuntos, por fin, cuando dos golpes muy seguidos en su puerta volvieron a interrumpirla.

—Adelante —dijo de mala gana.

Sara asomó la cabeza, dedicándole una sonrisa deslumbrante; después dejó ver el resto de su cuerpo, mostrándose ante ella con las manos entrelazadas a la altura del pecho —dándole una imagen más infantil que de costumbre... si eso era posible— y cambiando el peso de una pierna a otra con nerviosismo.

—Carmen, un hombre muy muy muy guapo pregunta por ti —anunció dando saltitos.

—¿Por mí? —Se señaló a sí misma y luego agitó una mano—. Estoy muy ocupada. —Resopló al mirar el reloj de su ordenador y añadió—: Además, es muy tarde, no tengo tiempo para visitas.

—Oh, pero es que merece la pena que te entretengas con ese señor, en serio. —Sara juntó las manos a la altura de la barbilla y puso los ojos en blanco de una manera muy teatral.

—¿Qué coño quiere? —Carmen, negando con la cabeza al verla, se acodó sobre la mesa y se frotó la frente con ambas manos.

—No lo sé. Sólo sé que ha preguntado por ti. —Y volvió a bailotear, balanceando el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—Joder, ¿no sabe que necesita pedir cita? ¿Lo has informado de eso, por casualidad?

—No creo que lo sepa, no. Y no, no le he dicho nada al respecto, no —afirmó la joven, haciendo un mohín con la boca.

—Pues, *con educación* —dijo utilizando todo su sarcasmo—, le sugieres que pida hora conmigo y listos.

—Carmen, de verdad, de verdad... En serio te digo que creo que tendrías que atenderlo —aseguró exagerando el mohín y poniendo su mejor cara de niña buena—. ¿Le digo que pase?

—No, no. Ya salgo yo, ¡qué le vamos a hacer! —Se quejó alzando las manos en señal de rendición antes de soltar —: Sarita, cielo, a ver si aprendes de una vez lo que tienes que hacer y no me lías más. Otro día, si viene alguien sin haber concertado el encuentro, no lo voy a atender, ¿entendido?

—Oh, sí, sí... pero es que tienes que ver a este hombre. Es...

—Venga, déjate de rollos. Dile que voy en un minuto. —No pensaba salir disparada a atender a un cliente solamente porque se presentara en el despacho exigiendo verla—. Bueno, uno o dos —puntualizó, pensándose mejor.

Estaba claro que ya no tendría tiempo de acabar el informe que estaba redactando, así que grabó lo que ya tenía escrito, puso el ordenador en reposo y ordenó su mesa antes de decidirse a salir para encontrarse con aquel hombre tan impaciente. Se ahuecó la melena, tiró hacia abajo la falda del vestido, que se le había subido al estar sentada, y abrió la puerta.

Efectivamente, había un hombre en la recepción. Estaba de espaldas a la puerta de su despacho, mirando con atención la pared donde tenían expuestos los títulos universitarios de los letrados que trabajaban en el bufete. Algo en su figura le resultó tremendamente familiar, a pesar de los tejanos y la camiseta que vestía, tan diferentes a lo que solía utilizar la persona que le recordaba. Ante la simple idea de que pudiera tratarse de Mourad, no pudo evitar que la respiración se le agitara como si hubiera corrido una maratón. Pensó que su imaginación le estaba gastando una broma pesada y que eran las ganas que tenía de ver a *su* guía las que le hacían figurarse cosas raras. Pero, en ese momento, el hombre se dio la vuelta y la miró directamente a los ojos. Carmen se quedó congelada en su sitio, sin poder reaccionar durante unos segundos; después, cuando fue consciente de

que sus sospechas eran ciertas, sus ojos se humedecieron de alegría y el corazón le rebrincó en el pecho debido a la emoción.

—Mourad —fue lo único que consiguió salir de sus labios antes de correr los escasos dos metros que los separaban y abrazarse a su cintura.

El argelino contestó a su abrazo con tanta desesperación como mostraba Carmen. Un instante después, llevó la mano hasta alcanzar la barbilla de la joven y le alzó la cara para perderse en sus ojos.

—Carmen. —Sin esperar más, inclinó la cabeza y atrapó sus labios con los suyos.

Fue el mejor beso de sus vidas. Ni siquiera el que habían compartido bajo las estrellas podía compararse a éste. Aquél sabía a despedida, éste era la promesa de muchos más.

Siguieron besándose, ajenos a la asombrada mirada de Sara, quien, con los ojos tan abiertos que casi se le salían de las órbitas, comenzó a aplaudir, dando a la vez pequeños grititos de alegría. Al mismo tiempo, en otro punto de la sala de espera, el becario observaba la escena con curiosidad, sin entender lo que estaba pasando allí. Ricardo, alertado por el bullicio que estaba formando la secretaria, salió de su despacho y se encontró con una escena que nunca hubiera imaginado presenciar: Carmen dándose un festín de besos en los brazos de un hombre del que nunca había oído hablar.

Absortos en ellos mismos, les costó un rato percatarse de que eran el centro de las miradas de todos los trabajadores de la firma. Estaban inmersos en su propia burbuja y nada les importaba más que disfrutar de su reencuentro. No obstante, cuando los besos se tornaron más ardientes y su necesidad más vehemente, no tuvieron más remedio que contenerse.

—Me voy a casa —anunció ella sin apartar los ojos de Mourad.

Por respuesta, Sara pasó rápida como un ciclón frente a ellos en dirección al despacho de su jefa y volvió a salir a la misma velocidad para entregarle su bolso.

—Hasta luego, Carmen. Ya nos veremos... cuando sea. —Su voz sonó con un divertido toque de admiración.

Ricardo estuvo tentado de recordarle el trabajo que tenía pendiente, pero no

tuvo valor de hacerlo. No todos los días se veía a Carmen Sancho Galván perder los papeles, así que mantuvo la boca cerrada y los vio desaparecer, todavía sin poder salir de su asombro.

Se fueron cogidos de la mano sin mirar atrás, donde media docena de ojos alucinados los observaban alejarse. Por suerte para ambos, Carmen había aparcado el coche casi en la misma puerta del edificio de la oficina. Subieron al vehículo sin dejar de mirarse; todavía no podían creer que volvían a estar juntos. Durante el trayecto a su casa, con la mano de Mourad agarrando la suya sobre el cambio de marchas, Carmen estaba en tal estado de euforia que apenas era consciente de las calles que recorría. La fortuna, que parecía estar de su parte, les volvió a sonreír cuando llegaron a su destino, ya que no les costó más de un minuto encontrar un hueco donde aparcar. De haber sido de otra manera, les hubiera sido imposible aguantar las ganas que se tenían. En cuanto salieron del automóvil, el argelino corrió a reunirse con ella, que lo aguardaba, ansiosa, en la acera. Caminaron acelerados, con el brazo de uno rodeando la cintura del otro, hacia la intimidad de la casa de la abogada.

—Tenemos mucho de lo que hablar —aseguró Carmen mientras giraba la llave que abría su piso.

En cuanto atravesaron el umbral y la puerta se cerró tras ellos, Mourad respondió:

—Eso, luego.

Capítulo 14

La arrinconó entre la puerta y su cuerpo, dejando de lado las sutilezas, y la besó como si ella fuera el único sustento que deseara saborear el resto de su vida. Probablemente era cierto. Desesperado por percibir la suavidad de su piel, bajó las manos hasta sus nalgas y, sin dejar sus labios, le subió la falda hasta encontrar el borde de sus braguitas. Con los dedos dibujó la línea que las separaban de su sedosa carne hasta introducirlos por debajo de la tela. Lo que encontró fue mil veces mejor de lo que nunca hubiera imaginado.

De un salto, Carmen se colgó de sus caderas, abriéndose más para él.

—No puedo esperar —musitó Mourad sobre sus labios.

—Ni yo —confesó ella sin reservas.

—¿Dónde?

—La segunda puerta a la derecha.

No le hicieron falta más indicaciones. Con ella en brazos, anduvo por el pasillo hasta el sitio indicado y entró empujando la madera con el pie. Una vez en el dormitorio, se acercó a la cama de matrimonio que presidía la estancia y la depositó sobre la colcha con infinita delicadeza. Carmen lo miró extendiendo los brazos hacia él, exigiendo sin palabras que se acercara a ella. Mourad se entretuvo un instante para comérsela con los ojos con total veneración. Con la falda arremangada, enseñándole los muslos y el vértice que escondían, era una tentación a la que no se resistiría ni un segundo más.

—Eres lo más bonito que he visto en mi vida —le susurró acompañando sus palabras con una mirada de puro deseo.

—Ven —rogó Carmen con los brazos extendidos y flexionando los dedos en su dirección.

Fue una invitación que no pudo, ni quiso, rechazar. Sosteniéndose con los

brazos, apoyados a cada lado de la cabeza de Carmen, volvió a besarla una y otra vez, introduciendo la lengua en esa boca carnosa que lo recibía con la misma ferocidad que sentía él. Los besos, cada vez más apasionados, aceleraron sus respiraciones, las cuales, compitiendo alteradas, luchaban por unirse a la del otro. Sus cuerpos también pugnaban por sentirse más cerca, cada vez más desesperados por deshacerse de las barreras de tela que los separaban.

Sin tiempo para sutilezas, sin poder resistirse a las ganas, Mourad se bajó los tejanos y los calzoncillos con una mano, dejando a duras penas libre su erección antes de inclinarse y romperle las bragas a tirones. No hubo tiempo de más. Se recostó sobre ella y, de un único y certero empujón, se introdujo en su interior.

—¡Dios! —exclamó como si hubiera llegado al paraíso—. Eres deliciosa.

—¡Ahhh! —jadeó Carmen, incapaz de articular palabra—. ¡Ahhh!

Comenzaron un vaivén implacable, un baile sensitivo que los impelía inexorablemente a un placer inexplorado, cada vez más desesperado..., cada vez más impaciente..., cada vez más, acercándolos sin tregua a donde los dos querían llegar.

Un estremecimiento de Mourad, enterrado en lo más profundo de su interior, le dijo a Carmen que el final estaba muy cerca. Alzó las caderas para encontrarse con las de él justo en el momento en el que, con una postrera embestida, él se dejaba ir, lanzándola a ella a un orgasmo demoledor.

Quedaron uno sobre la otra, con el aliento entrecortado y el corazón rebotante de felicidad, sin poder articular palabra, pero diciéndose en silencio todo lo que encerraban sus almas. Era demasiado grande la dicha que habían compartido como para romperla con gestos o palabras innecesarios. Allí, los dos, con la ropa aún a medio quitar, con sus cuerpos unidos, no podían aspirar a nada mejor.

Carmen, cuyo único movimiento lo producían sus pulmones al respirar, consiguió, con esa ligera agitación, despertar de nuevo el deseo en él. Con una lentitud casi desquiciante, Mourad comenzó a balancearse otra vez dentro de ella.

—Oh, sí, Mourad, sí... —gimió ella cuando un cosquilleo conocido empezó a gestarse de nuevo en su columna.

—Carmen, me vas a convertir en una bestia insaciable.

Poco a poco fueron acelerando el ritmo hasta convertirlo en una danza frenética con la que ella alcanzó el clímax dos veces antes de sucumbir otra vez cuando lo hizo él.

Mourad recuperó la cordura después del tiempo que dedicó a sosegar y se colocó a un lado de la cama, atrayéndola a ella hasta su pecho. Agotados, y momentáneamente satisfechos y relajados, se dejaron tentar por el sueño.

Mourad fue el primero en despertarse transcurrido un rato. Carmen continuaba sobre su torso, acariciándole con el aliento que exhalaba al respirar. Estaba preciosa, con el pelo revuelto y la cara relajada. En realidad, para él, estaba preciosa siempre, pero tenía que reconocer que verla complacida y feliz después de haber hecho el amor era algo inigualable. Que él hubiera sido capaz de llevarla a esa dicha, era un triunfo, una fantasía hecha realidad. Y quería revivir esa realidad día tras día, semana tras semana, mes tras mes, año tras año... para siempre. De momento tenía dos semanas para lograr que ella la deseara también, y no cejaría en su empeño hasta conseguirlo.

Poco a poco, Carmen fue abriendo los párpados para encontrarse con los ojos de Mourad, del mismo color del acero, fijos en ella. No sonreía, más bien mantenía un gesto serio y circunspecto, aunque sin esconder la pasión que sentía por ella.

—Ha llegado el momento de hablar —aseguró él con deje prudente.

—Sí, tenemos que aclarar muchas cosas, discutir otras tantas y organizar todavía más.

—Creo que lo primordial es saber en qué situación nos encontramos. —Se le notaba nervioso, pero no titubeó—. Carmen, ahora y por poco tiempo, estoy aquí. Necesito saber si sigues pensando lo mismo que me dijiste en el desierto.

Ella miró hacia abajo, donde su falda arremolinada alrededor de su cintura dejaba ver su sexo desnudo junto al de Mourad. Luego, con una determinación absoluta, alzó los ojos para enfrentarse a los de él.

—No, Mourad. —Casi se le rompió el corazón al ver la cara de abatimiento del hombre—. Aquella noche que parece ahora tan lejana, a pesar de haber transcurrido menos de diez días, te dije que me atraías, que me gustabas.

—Sí, ¿y ya no es así? —inquirió con el terror aferrado a los huesos.

—Oh, sí, me sigues gustando. Mucho. Creo que te lo he dejado bien claro hace un rato, ¿no? —preguntó con una sonrisa traviesa—. Lo que quiero decir es que me he dado cuenta, en estos días que no nos hemos visto, de que lo que siento por ti es mucho más que un simple «me gustas».

—¿Qué es, entonces? —quiso saber el argelino, penetrando en su alma con la mirada.

—Mira, Mourad, nunca he estado enamorada; no he creído en el amor... jamás. —Hizo un gesto de disculpa mientras se sentaba frente a él para poder observarlo desde una mejor posición—. Tuve que ir hasta Argelia para que mi corazón despertara de un letargo autoimpuesto, para que un hombre serio y callado, con una mirada abrasadoramente fría, fulminara las barreras del cinismo que lo ceñían. —Eché una ojeada al cuerpo de Mourad, que seguía con los pantalones a la altura de las pantorrillas, con su glorioso sexo a la vista—. Lo que quiero decir es que me he dado cuenta de que lo que creí que era una atracción, en realidad es algo más. Mucho más.

—¿Podrías llamarlo amor? —preguntó reflexivo, temeroso de su respuesta.

—Sí, sin duda —admitió ella con una sonrisa radiante.

Él no pudo contenerse por más tiempo, se irguió complacido y, enmarcándole el rostro con ambas manos, la besó poniendo en sus labios toda la felicidad que le inspiraban aquellas palabras.

—Te quiero, Carmen Sancho —declaró al separarse—. Creo que te quiero desde el mismo instante en que te vi. Eres la mujer que esperaba, la mujer con la que quiero compartir el resto de mi vida. Puede que suene precipitado, pero, cuando un hombre lo sabe, lo sabe. Y yo lo sé.

Ella se lanzó a sus brazos y volvió a besarlo. Todavía quedaban mil cosas que decirse, millares de cosas que solucionar, pero todo eso pasó a un segundo plano cuando sus cuerpos se tocaron de nuevo.

Esa noche se amaron sin freno, sin pararse a cuestionar cómo lograrían permanecer juntos. En ese momento, lo único que importaba era que se habían confesado su amor, y se lo estaban demostrando con sus cuerpos entrelazados.

* * *

Por la mañana, Carmen llamó al bufete y les informó de que se ausentaría las dos semanas siguientes, recordándoles que sus vacaciones no habían concluido. Solamente contaban con ese plazo para estar uno junto al otro... de momento, y no querían desaprovechar ni un segundo de ese tiempo.

Pasaron los siguientes días viviendo en su mundo, eludiendo las decisiones que era preciso tomar. Hablaban sin parar de sus inquietudes, se explicaban anécdotas de sus vidas, se iban conociendo poco a poco gracias a compartir pequeños jirones de la existencia que habían tenido hasta llegar a donde estaban. En otras ocasiones vagaban cogidos de la mano, recorriendo las calles de Barcelona, disfrutando de su mutua compañía. Pero, la mayoría de las veces, esos paseos se interrumpían abruptamente cuando la urgencia de su deseo los obligaba a volver a la intimidad del piso de Carmen. Hacían el amor sin importarles la hora ni la estancia en la que se encontraran. Allí, en su palacio particular, cualquier momento o lugar era bueno para ceder a su pasión.

—Estoy deseando que conozcas a mi familia —reconoció Mourad una tarde que estaban sentados en el sofá, abrazados—. ¿Sabes?, fueron mis padres los que me infundieron el valor para venir a verte. Ellos me hicieron comprender que, si te quería, no podía dejarte escapar.

—Tus padres son sabios.

—Sí, lo son. —Se quedó en silencio un instante sin que sus dedos dejaran de acariciar la espalda de la chica. A continuación, preguntó—: ¿Por qué nunca me hablas de los tuyos?

Ella se envaró e intentó apartarse de él, pero Mourad no la soltó.

—Lo eres todo para mí, Carmen —confesó con sencillez, tomándola por la barbilla y obligándola a mirarlo a los ojos—. Necesito conocer todos tus secretos, todas tus preocupaciones, todo aquello que significa algo para ti.

—No es una historia agradable y dudo que tú puedas entenderlo, teniendo en cuenta la maravillosa familia que tienes.

—Inténtalo —pidió él. Acercó sus labios a los de Carmen y la animó a hablar con un beso.

La abogada exhaló con esfuerzo, cerrando los ojos con fuerza. Los abrió de

golpe, encontrándose con la mirada limpia y cálida de Mourad.

—Poco después de acabar la carrera, mi hermano, un tarambana de mucho cuidado, se metió en un lío muy serio. Se juntó con una gente poco recomendable que lo enredó en un asunto de drogas. —Se frotó los ojos con ambas manos y arrastró los dedos a lo largo de las mejillas hasta juntarlos bajo la barbilla—. Yo llevaba tiempo advirtiéndolo a mis padres sobre el comportamiento de Hugo, pero ellos no me escuchaban. Siempre argumentaban que lo que me movía a hablar mal de mi hermano eran los celos, porque él era encantador y simpático, mientras que yo era muy arisca. Tal vez tenían razón, no lo sé, pero... —Mourad la estrechó entre sus brazos y, con delicadeza, la instó a continuar—. Como te digo, aquellos tipos lo engatusaron para que transportara un alijo de hachís en su coche desde Marruecos, con la promesa de dinero fácil y la cantidad de droga que le viniera en gana. —Encogió los hombros a la vez que con las manos se tapaba la boca—. Lo pillaron, como era de esperar, y lo metieron en la cárcel. Mis padres me pidieron... no, mejor dicho, me ordenaron que lo representara, argumentando que, ya que me habían pagado la carrera, lo mínimo que podía hacer por la familia era hacerme cargo de su caso..., pero yo no podía representarlo. Aparte de algunas nociones que me dieron en la universidad, no sabía nada de derecho penal y me mataba la preocupación y la responsabilidad de saber que a mi hermano lo condenarían si yo fallaba.

—¿Qué pasó entonces? —insistió él, dándole un beso en la frente, tras ver que detenía su explicación.

—Me negué. Les recomendé a un compañero de facultad que sí se había especializado en derecho penal, pensando que era lo mejor que podía hacer por Hugo... pero el caso se perdió y mi hermano fue a la cárcel por un cargo de posesión y contrabando de estupefacientes. Mis padres no me perdonaron y me dijeron que había muerto para ellos... —Suspiró haciendo un esfuerzo sobrehumano por retener las lágrimas... y así ha sido desde entonces. Ni una palabra, ni una llamada. Nada.

—No te preocupes, mi amor, ahora tienes una familia que te acogerá sin condiciones. —Mourad no podía entender a esos padres que repudiaron a su hija

por hacer lo que debía—. Hiciste lo que creías más conveniente para tu hermano; si ellos no quisieron aceptarlo y antepusieron un hijo al otro...

—Por favor —suplicó Carmen con los ojos húmedos—, no volvamos a hablar de este tema. Me hace daño.

—Nunca más, cariño, nunca más.

Otro día, Carmen se empeñó en hacer una videollamada por Skype para contactar con sus amigas y que conocieran a Mourad.

—Así que tú eres el superhombre que ha conseguido enamorar a nuestra Carmen, ¿no? —preguntó Merche cuando lo tuvo delante de la pantalla.

Él miró de reojo a su chica con una sonrisa aflorando en los labios y contestó.

—No sé si soy un superhombre, pero sí que soy muy afortunado por haberlo logrado.

—¡Madre mía! —exclamó María al oírlo—. Carmen, no me extraña que te hayas colgado de este pedazo de tío.

—Y, por lo que parece, a él le pasa lo mismo —intervino Dani.

Se oyó la voz de Sean desde fuera de plano, quejándose:

—María, cielo, que te estoy oyendo.

A lo que otra voz masculina, esta vez desde el portátil de Merche, replicó:

—Sí, cariño, yo también.

Todos rompieron a reír. Nadie estaba más seguro del amor de sus parejas como aquellas cuatro amigas, y a sus respectivos chicos les pasaba lo mismo.

Después de despedirse de sus amigas, Carmen se volvió hacia él, se abrazó a su cintura y, con la barbilla apoyada en su pecho, le confesó:

—Ahora ya soy completamente feliz: ya has conocido a las personas más importantes de mi vida... aparte de ti.

—Yo también soy feliz, porque me has permitido conocerlas. —Y la besó con todo el amor que le tenía enredado en sus labios.

Poco a poco, iban conociéndose mejor, descubriendo en pequeños detalles la clase de persona que era el otro y enamorándose un poco más con cada rasgo

que desvelaban. La fortaleza de Carmen, la determinación que guiaba su vida, su honradez, le conferían, a ojos de Mourad, un halo de honestidad que le parecía admirable. Carmen, por su parte, había descubierto que el hombre serio y aparentemente distante que había tratado en Argel era en realidad una persona tierna, cariñosa y muy divertida. Mourad era el contrapunto que necesitaba en su vida para enterrar, de una vez por todas, el cinismo, bañado de ironía y sarcasmo, que la había caracterizado.

Habían pasado unas jornadas maravillosas, unos momentos que habían llevado a Carmen a sentirse como en una nube. Por desgracia, había demasiados cabos sueltos que debían atar. Por eso, una noche, después de haber compartido un rato memorable de lujuria, Mourad planteó lo que habían dejado aparcado demasiado tiempo ya.

—Carmen, dentro de una semana volveré a Argelia.

—Lo sé —afirmó ella con gravedad, arrebujiándose entre sus brazos—. Sólo de pensarlo, se me resquebraja el corazón.

—¿Qué vamos a hacer? —La besó en la frente para consolarla y reconfortarse a sí mismo—. Dejarte aquí va a ser tremendamente duro, pero, no saber qué va a pasar después, es todavía peor.

—Cualquier decisión que tomemos va a ser egoísta para el otro —adujo Carmen con pesar, acariciándole la mejilla—. No quiero que renuncies a tu tierra, a tu trabajo o a tu familia por mí.

—Nada de eso me importa si no te tengo a ti conmigo, creo que lo sabes.

—Pero...

—Mira, Carmen, soy guía turístico, mi trabajo va conmigo —comenzó a decir, apartándola de su cuerpo para mirarla de frente—. Tenemos el ejemplo de tu amiga María. Yo puedo ejercer mi profesión allá donde vaya. —Le pasó un dedo por la frente para deshacer la arruga de preocupación que se le había formado—; tú, en cambio, no. Tu empleo está aquí... Además, no podemos olvidar que en Argelia las mujeres no tienen las mismas oportunidades laborales de las que gozan en España.

—Pero tú adoras aquello.

—Sí, pero a ti te quiero más. —La miró con toda la intensidad de aquellos

ojos que la desarmaban y añadió bromeando—: Además, nadie ha dicho que no volvámos allí de vez en cuando, ¿verdad?

—¿Estás seguro, Mourad? —preguntó Carmen con un hilo de esperanza en la voz.

—Del todo —sentenció categóricamente—. Ya sabes que tengo que volver en una semana, hay compromisos ineludibles que me veo obligado a atender..., pero volveré. Y el día que lo haga, será para quedarme a tu lado... para siempre.

—¿Y tu familia?

—Ellos quieren lo mejor para mí y lo mejor que me puede pasar eres tú.

—Tendrás que aprender español —apuntó con una sonrisa tímida y a la vez gamberra, muy lejos de las que solía lucir antes de conocerlo.

—Eso está hecho.

De repente, Carmen abrió mucho los ojos, como si una idea la hubiera atravesado como un rayo, y sonrió feliz.

—¿Sabes? Ya sé dónde vamos a pedir trabajo para ti. —La larguirucha de Saray y su desparpajo se pasearon por su mente—. Y vas a estar encantado.

—Si estoy a tu lado, seguro.

No estaba todo resuelto, ni mucho menos, pero un universo de posibilidades se abría ante ellos y lo sondearían tan a fondo como fuera preciso si el resultado era permanecer juntos.

Satisfechos después de las decisiones tomadas, ilusionados con el futuro en común que se habían trazado, utilizaron los días que siguieron, entre otras cosas, para que Mourad se fuera familiarizando con la ciudad que sería su hogar en poco tiempo. También volvieron a contactar por Skype con las chicas y, dado que Dani vivía en la misma ciudad, quedaron con Bruno y con ella una noche para cenar. No había nada como un cara a cara para que él los conociese mejor. También acudieron a la agencia de viajes Un Paraíso Para Ti, donde dejaron caer la posibilidad de que Mourad no tendría inconveniente en aceptar un puesto de trabajo, si se lo ofrecían. A Saray le encantó la idea, y a su jefa, la agría de Marisa, todavía más, para sorpresa de todos.

—Si estás decidido a mudarte a Barcelona, para mí será un placer contratarte —le aseguró Marisa, dejando a sus empleados con la boca abierta de asombro—.

Una persona con el dominio del árabe que tú tienes puede ser un punto muy positivo a nuestro favor —comentó satisfecha mientras los demás imaginaban, divertidos, que se le formaba el signo del euro en los ojos.

—Para mí será un honor trabajar con vosotros.

—Pues decidido. Te espero a tu vuelta.

El tiempo se les agotaba inexorablemente; por eso, la última noche que iban a pasar juntos durante una larga temporada —eterna para ellos—, entre beso y beso, entre abrazo y abrazo, entre orgasmo y orgasmo, fabricaron millones de planes que harían realidad cuando volvieran a estar unidos. Su amor era tan grande que nada podría impedirlo.

La despedida fue muy dura. Las lágrimas de Carmen, que no paraban de manar, le empañaron la boca cuando Mourad la besó una vez más.

—Voy a volverme loco sin ti —le dijo con los labios pegados a los suyos—. Creía que estaba preparado para decirte adiós, pero ahora me doy cuenta de lo equivocado que estaba. Te quiero, Carmen. No lo olvides ni un segundo, por favor.

—Ya te echo de menos y todavía te tengo entre mis brazos. —Sus hipidos impedían que hablara con claridad—. Voy a remover cielo y tierra para que puedas volver muy pronto a mi lado.

—Estaré contigo —le tocó el pecho, justo donde se encontraba su corazón— aquí —llevó sus manos unidas hasta su propio pecho y añadió—, y tú estarás conmigo, aquí.

Se volvieron a besar antes de que Mourad se diera la vuelta y desapareciera entre el gentío que esperaba para pasar el control de seguridad para embarcar a continuación. Entonces, con el corazón roto, fue hasta su coche llorando y preguntándose a sí misma qué era de la Carmen que había partido de esa misma terminal hacía menos de un mes. Sin duda ya poco quedaba de ella. Desde el momento en el que conoció a Mourad, era una mujer mejor; una con el corazón astillado por decirle adiós, sí, pero lleno de amor por él.

Capítulo 15

Los aproximadamente dos meses que permanecieron separados no fueron estériles; en absoluto. Carmen se afanó en conseguir los permisos necesarios para lograr la residencia de Mourad en España. Por desgracia se encontró con un inconveniente tras otro; si quería que los trámites se agilizaran, sólo había un medio eficaz y por el que ella todavía no había podido superar su aversión..., pero, si ésa era la manera de que su chico permaneciera a su lado, estaba dispuesta a tirarse de cabeza a la piscina del matrimonio; sin dudar.

Otro asunto en el que Carmen invirtió su tiempo fue en lograr todos los permisos precisos para asegurarse de que la agencia donde había concertado su viaje a Argelia no tuviera problemas a la hora de contratar a Mourad. Marisa ya había dicho, al conocerlo, que contaba con él, y que estaba deseando que un guía de sus características pasara a formar parte de su plantilla. Para ella, que no hablara español, no era inconveniente; con el tiempo ya lo aprendería. Por el contrario, que dominara a la perfección el árabe, el inglés y el francés era un regalo para su empresa. Ese manejo de idiomas, en especial el de su lengua materna, había sido lo que había hecho decidir finalmente a la dueña de Viajes Un Paraíso Para Ti. Eso, y la profesionalidad de la que presumía sin cesar Carmen cuando le hablaba de él; la respaldaban las recomendaciones de los turoperadores con los que había trabajado el argelino, que le hicieron llegar a Marisa para su tranquilidad. Además, no podía olvidar que el mercado árabe era cada vez mayor, y un guía que hablara el idioma sería todo un puntazo para su negocio.

Los esfuerzos de Carmen por tenerlo todo en orden antes de la vuelta de Mourad estaban dando sus frutos. Había conseguido fecha para su boda unas semanas después de la llegada de Mourad. El lugar escogido era un pequeño

pueblo a las afueras de la Ciudad Condal. El motivo principal de haber elegido aquel enclave era, sin duda, que, al ser tan pequeño, los trámites eran más ágiles y rápidos, que era lo que ellos deseaban.

Aparte de todo lo que se movió para tenerlo pronto de vuelta, le tenía guardada una sorpresa de la que no le había hablado.

Por su parte, Mourad, en Argelia, también se encontró con mucho que hacer. No era fácil emigrar a Europa. Contrariamente a lo que sería lógico imaginar, y por muchas facilidades que le hubieran puesto en el país de acogida, para abandonar definitivamente su patria era preciso superar algún que otro escollo..., pero vencer todos y cada uno de los inconvenientes no era un problema cuando el premio tras superarlos era Carmen.

Lo más duro para él, sin duda, era despedirse de los suyos. Sabía que tardaría un tiempo, que ignoraba cuán largo sería, en volver a verlos y sentía que un trozo de su corazón se quedaría con ellos el día del adiós definitivo.

Faltaba poco para su partida y ya lo tenía todo prácticamente preparado, cuando recibió una inesperada llamada telefónica de la empresa turística con la que había estado trabajando hasta ese momento.

—Mourad —comenzaron a decirle desde el otro lado de la línea—, sé que te vas a España en unos días y que ya no trabajas para nosotros, pero... hay un cliente que nos exige tus servicios para que vayas a recogerlo al aeropuerto. Está empeñado en que seas tú quien lo haga, no acepta a nadie más. No es mucho lo que tendrías que hacer, sólo trasladarlo del aeropuerto a su hotel.

—Yo ya no...

—Sí —insistió su excompañero, un poco desesperado ya que no quería perder al cliente—, lo sé..., pero es que... es muy terco y... o lo atiendes tú o no quiere a nadie más de la agencia.

—Está bien —accedió, frotándose la frente, fastidiado. Miró la maleta abierta sobre su cama pensando en que la acabaría de preparar en otro momento—. ¿Cuándo hay que recogerlo?

—Mañana, a las siete de la mañana.

—Vaya.

—Sí, lo sé, encima te tocará madrugar.

—Está bien. ¿Su nombre? —exigió cada vez más molesto.

—No nos ha dicho cómo se llama, pero nos ha asegurado que no necesitas saberlo.

—Pero...

—Sí, a nosotros también nos ha extrañado esa forma de proceder, pero nos ha garantizado que lo reconocerás sin problemas.

* * *

Cuando esa mañana sonó su despertador, lo que menos le apetecía hacer en ese momento era volver a ocuparse de un turista. Aun así, como se había comprometido y él siempre cumplía su palabra, fue al aeropuerto en busca de ese misterioso pasajero. No estaba precisamente de muy buen humor; todavía le quedaban un par de asuntos pendientes antes de trasladarse a España y le molestaba tener que aplazarlos. Con todo, su sentido del deber lo obligaba a estar ahí, dando erráticos paseos mientras esperaba a su último cliente en Argelia.

Las puertas mecánicas se abrieron, dando comienzo al desfile de personas provenientes del avión que acababa de aterrizar. Él se detuvo delante de la salida de viajeros, sin demasiado interés, e intentó descubrir si reconocía alguna cara... y, de repente, la vio: Carmen.

Como si hubiera sentido su mirada en la piel, ella lo buscó entre el gentío que la rodeaba. No le costó localizarlo. Sus ojos se encontraron en la distancia y se quedaron irremediamente engarzados. Con desesperación, corrieron uno en dirección al otro hasta que, a apenas un suspiro de distancia, se detuvieron. Carmen sentía el latido de su corazón en los labios de tanto que deseaba su boca. A Mourad le hormigueaban los dedos por las ganas que sentía de tocarla. Y sucumbieron a la vez a su anhelo. Se besaron con el ansia acumulada, con la pasión retenida demasiado tiempo ya, con el amor que albergaban en sus pechos.

Sin mediar palabra, porque no eran capaces de articular ni una sílaba, se cogieron de la mano, dedicándose al mismo tiempo una sonrisa, y salieron de la terminal derechos hacia la casa de Mourad.

—Te he echado tanto de menos que creí que me desangraba por dentro — aseguró Mourad, una vez en el todoterreno.

—Yo también te he añorado... mucho, muchísimo.

—¿Por qué no me dijiste que venías? —preguntó mirándola de reojo.

—Quería sorprenderte. Lo he arreglado todo para viajar contigo de vuelta a Barcelona, pero es que ya no podía aguantar ni un segundo más sin verte.

—Me alegro de que estés aquí. ¡Dios! Me alegro tanto de tenerte conmigo que... —Apretó los dedos sobre el volante para contener sus ganas—. Pero ¿cómo lo has conseguido? ¿Cómo lo has podido organizar?

—¿Recuerdas que el Gobierno argelino me regaló un viaje como compensación por todo lo que había pasado en el desierto? ¿Qué mejor momento que ahora para aceptar ese obsequio, no crees?

—Sí. El mejor momento de mi vida.

Llegaron a casa con prisas. Llevaban separados un tiempo que se les había hecho eterno. Demasiado sin tocar la piel del otro, sin aspirar su aroma, sin sentir sus caricias, sin sucumbir al deleite de su cuerpo... No contaban con encontrarse a Mohand en mitad de la sala, tomando un aromático té a la menta mientras veía las noticias de la mañana.

—¿Ya estás aquí, Mourad? —inquirió sin despegar los ojos de la pantalla—. Sí que te has deshecho pronto de tu cliente.

—¡Mohand! —exclamó su hermano, sorprendido—. Pensaba que ya no estarías en casa.

—Pues ya ves. —Se giró para mirarlo, pero se encontró antes con el rostro de Carmen.

—¿Y tú eres...? —demandó el pequeño de los Salek, con el ceño fruncido.

La española, que no entendía ni una palabra de lo que decían, miró desconcertada a Mourad y luego a su hermano. El parecido era tan evidente que llegó a pensar que veía doble. Sólo los diferenciaba el brillo de los ojos, que en Mourad era resplandeciente, y la cara traviesa que caracterizaba a Mohand.

—¿No me dirás que quieres echar una canita al aire antes de lanzarte de cabeza a la vida de casado? —continuó diciendo el joven, con una sonrisa lobuna en los labios.

—Tú estás mal, hermano. —Mourad meneó la cabeza de lado a lado varias veces—. Te presento a Carmen, tu futura cuñada.

—¿Tú eres Carmen? —preguntó cambiando al inglés. Levantándose de golpe, fue derecho hacia ella, la rodeó con sus brazos en un abrazo de oso y le dio un sonoro beso en la mejilla—. Encantado de conocerte, hermanita.

—Quita tus manos de mi chica si no quieres que te rompa los dedos — bromeó Mourad, dándole un puñetazo sin fuerza en el hombro.

Mohand se separó de ella, le sonrió con cariño y, después, se giró hacia su hermano entrecerrando los ojos.

—¡Y parecías tonto! —Le guiñó un ojo, divertido—. Es preciosa.

—Sí, lo es.

—Bueno, pues yo me voy y os dejo para que *os pongáis al día* —soltó como si tal cosa.

Recogió de la mesa su taza de té sin abandonar su sonrisa de truhan, se hizo con unas llaves, que Carmen imaginó que eran de la casa, y, con un gesto de la mano, se despidió y se fue.

Ellos se quedaron en silencio un instante, mirándose fijamente a los ojos, antes de que les diera un ataque de risa.

—Bienvenida a la familia —declaró Mourad con una divertida reverencia, cuando consiguió parar de reír.

Un instante después, ya sin un ápice de diversión y sí de otra cosa, se acercó a ella y la acorraló con sus brazos, hambriento. La besó desesperadamente, enlazando su lengua con la de Carmen. El suspiro que escapó de los labios femeninos fue el detonante de su pasión. A trompicones, se quitaron la ropa el uno al otro, recorriendo con los dedos la porción de piel que iba quedando desnuda y haciéndola arder por la anticipación. Mourad la cogió en brazos, sin despegar su boca de los labios de Carmen, y la llevó hasta su dormitorio. Una vez allí, dejaron que la pasión se hiciera cargo de ellos y sus instintos.

Se veneraron con sus cuerpos, se extasiaron con sus bocas, se embriagaron con sus aromas, se reconocieron en sus gemidos y se perdieron en su danza apasionada. Por fin estaban donde querían estar: en los brazos del otro, para amarse sin freno, sin contemplaciones, sin límite.

No fue hasta mucho más tarde, cuando, exhaustos, se durmieron abrazados, con la cabeza de la chica apoyada sobre el pecho de él, para poder escuchar el latido acompasado de su corazón pulsando por ella. Habían necesitado hacer el amor varias veces para sentirse en paz.

Carmen se despertó al oír un ruido fuera de la habitación. Al girarse en busca de Mourad, se dio cuenta de que estaba sola en la cama. Se levantaba despacio, tratando de adivinar qué originaba ese sonido, cuando se abrió la puerta y apareció él, recién duchado y totalmente vestido.

—Veo que ya estás despierta. Bien, porque tenemos un viaje por delante.

—¿Un viaje? —Miró su desnudez—. ¿Ahora?

—Sí. Anda, ve a ducharte. He preparado algo para reponer fuerzas. —Movié significativamente las cejas arriba y abajo, acompañando el gesto con una sonrisa canalla—. Cuando hayamos terminado de comer, nos iremos.

Una hora después salían del piso que compartía Mourad con su hermano menor, sin que Carmen le hubiera arrancado una palabra sobre a dónde se dirigían.

El camino estuvo salpicado de una sucesión de explicaciones de todos los preparativos que habían estado haciendo para el futuro en común que iniciarían en breve, carantoñas, besos, gestos amorosos y la insistencia de Carmen por conocer el destino al que se dirigían. En esos casos, la respuesta de él siempre era la misma: «Ya lo verás».

La visión de unas cuantas casas a lo lejos, sumada al descenso de velocidad del vehículo, le indicó a ella que estaban llegando al final de su repentino viaje. Por un momento, le sorprendió que Mourad la llevara a un pequeño poblado de casas bajas de adobe encalado. Pero fue eso, sólo un momento. Enseguida empezó a sospechar que aquel sitio no era simplemente un enclave turístico digno de ser visitado sin más. No. Aquella aldea era el hogar de la familia Salek, estaba convencida de ello. Finalmente, el Range Rover se detuvo frente a un grupo de casas de las que empezaron a salir personas de todas las edades, muchas de ellas con un apreciable parecido a Mourad.

—Éste es tu pueblo, ¿verdad? —preguntó un poco cohibida.

—Sí —afirmó él con una sonrisa radiante y satisfecha.

—¿Me vas a presentar a tu familia? —El corazón pareció querer salirse del pecho ante la perspectiva de conocerlos. Sin poder evitarlo, se puso nerviosa; mucho.

—Sí —repitió a la vez que abría la puerta del coche—. No tengas miedo, te gustarán.

—¿Y yo a ellos? —dudó.

—Te adorarán.

Se notaba que todos los presentes estaban expectantes por verla bajar del todoterreno, así que no se hizo esperar. Se enfrentó al grupo con una sonrisa vacilante dirigida a todos en general y a nadie en particular. Una mujer entrada en años llamó su atención en cuanto la vio. Era más bien bajita, con unas adorables arrugas circundándole los ojos y los labios. Tenía una mirada clara y amable y una sonrisa tan despampanante como la que lucía Mourad en ese instante.

—Ven —le dijo él, alargando su brazo hacia ella.

Tímidamente, se agarró a la mano que él le ofrecía y se dejó llevar hasta quedar frente a la hermosa mujer mayor, que estaba rodeada por el resto del grupo. Un hombre, también añoso, aunque atractivo, algo más bajo que Mourad, se hizo un hueco y se posicionó junto a la que Carmen conjeturó que debía de ser la madre de su novio. Ambos la miraron con cariño antes de acercarse a ella y abrazarla los dos a la vez.

—Bienvenida a tu casa, Carmen —dijo Nadia en árabe.

Ella miró a Mourad, desconcertada. No había entendido nada salvo su nombre, dicho con un acento extraño para la española. Él no dudó en traducírselo. Un instante después, una cola de personas se sucedía para abrazarla y repetirle las mismas palabras que le había dedicado la matriarca.

Casi en volandas, la llevaron al interior de una de las casas; Carmen imaginó que se trataba de la de los padres de Mourad. Ella, a pesar de estar encantada con ese maravilloso recibimiento, los miraba a unos y a otros confundida, sin entender una palabra de lo que oía. Fue una joven, más o menos de su edad, la que se dirigió a ella en inglés.

—Estamos todos muy contentos de tenerte en casa al fin —le dijo con una

sonrisa enorme—. Mourad no ha dejado de hablar de ti desde que volvió de Barcelona.

—Yo... —Carmen no sabía qué responder.

—No te preocupes. —Le dio un codazo en el brazo, sonriéndole al mismo tiempo—. Supongo que, cuando habéis estado *juntos*, no ha gastado su tiempo en hablarte de nosotros.

—Oh, sí, sí que lo ha hecho, pero...

—Ya entiendo. Somos muchos y todos con nombres extraños para ti.

Carmen sonrió avergonzada por el hecho de que la hubiera descubierto. Miró a todos lados, intentando localizar a Mourad. Cuando lo hizo, respiró tranquila al saberlo cerca. Lo necesitaba a su lado.

—No te preocupes, ya nos irás conociendo a todos —aseguró Karima, siguiendo su mirada hasta dar con su hermano.

La voz dulce, y a la vez autoritaria, de Nadia interrumpió a su hija.

—Necesito que alguien me traduzca, y no puede ser Mourad —exigió mirando al susodicho con ojos amables pero decididos.

—Yo lo haré, madre —se ofreció Karima, que continuaba al lado de Carmen.

—Está bien. Vamos al patio —hizo un gesto con la mano al resto de congregados—, nosotras tres solas. —Dirigió una mirada cómplice a su marido y añadió—: Tú también debes venir, Brahim.

Una vez fuera, con el rumor de voces proveniente del interior de la casa y el fluir del agua de la fuente como sonido de fondo, Nadia le mostró el banco de piedra para que se sentara y ella lo hizo en su silla de enea frente a la joven; a su lado, su marido, delante también de Carmen y Karima; esta última fue traduciendo toda la conversación a petición de su madre.

—Tenía muchas ganas de conocer a la mujer que ha enamorado a mi hijo —empezó a decir Nadia.

—Yo también deseaba conocerlos a ustedes. Son todos muy importantes para Mourad.

—Sí, lo sé, aunque, ahora, tú eres todavía más importante para él que nosotros.

Carmen se removió, inquieta, en su asiento. Estaba loca por su guía, lo

amaba, pero un pequeñísimo rincón de su mente todavía le hablaba de la posibilidad de que su relación fracasara.

—No tengas miedo, Carmen —dijo la mujer, sujetándole las manos—. Se ve a la legua lo enamorados que estáis. Sé que para mi hijo eres la indicada.

—¿Cómo puede estar tan segura? —preguntó aterrada, mirando directamente a los ojos de aquella encantadora mujer.

—Conozco a mi hijo —intervino su marido—. Es un hombre cabal, sensato. Si no estuviera convencido de ello, no se aventuraría a cambiar todo lo que conoce, su país, su casa, su familia, por ti.

—Pero ¿y yo? —inquirió con pesar—. Nunca he estado enamorada. De hecho, hasta hace unos meses no creía en ese sentimiento.

—Entiendo. —Nadia miró a su marido frotándose la barbilla con el índice. De repente, sonrió y continuó hablando—. Una pregunta —propuso elevando una ceja—: Cuando piensas en ti misma dentro de... pongamos quince años, ¿te ves sola o con Mourad a tu lado?

Carmen no lo dudó

—Con Mourad junto a mí.

—¿Y te has planteado qué pasaría si no volvieras a verlo? ¿Qué tal has estado el tiempo que habéis estado separados?

Carmen sonrió al comprender a dónde quería llegar a parar Nadia.

—Ha sido un infierno. No puedo imaginar no estar con él. Él es lo primero y lo último que pasa por mi cabeza cada día al despertarme o al ir a dormir.

Guardó para ella lo que sentía cuando sus labios se posaban sobre su piel, o cuando sus manos la acariciaban, o cuando se introducía en su interior, inflamando todas y cada una de sus terminaciones nerviosas. Pero al matrimonio no le hizo falta que lo dijera en voz alta; observando su rostro, les fue fácil adivinar qué estaba rememorando.

—Tienen razón —concedió tranquila y confiada al fin—. Quiero a su hijo con todo mi ser. Él es el indicado para mí. Ahora, después de haber hablado con ustedes, ya no albergo ninguna duda.

—Antes tampoco lo hacías, hija —aseguró Nadia, apretándole las manos que mantenía entre las suyas—. Era el recuerdo de una vida sin amor el que dudaba,

no tu corazón.

* * *

Aquella noche, tras un banquete familiar preparado especialmente para darle la bienvenida a Carmen, consistente en toda clase de delicias culinarias y amenizado con baile y risas, el resto de la familia se retiró a sus casas. Nadia le había preparado a la pareja dos habitaciones, una para cada uno, en extremos opuestos de la casa, y les aconsejó que se fueran a dormir.

—Madre, me gustaría pasear un rato por el bosque con mi mujer.

—Todavía no es tu mujer —puntualizó alzando el índice en su dirección—. No lo olvides.

—Lo sé bien.

—De acuerdo, entonces. Ve a pasear con ella por el bosque —sonrió, conspiradora—, aunque con la luz del día veríais mucho más... o tal vez lo que buscas no es admirar el paisaje, ¿no, hijo?

Mourad no respondió. Su madre era sabia y lo conocía bien.

Caminaron entre las sombras, cogidos de la mano, los pocos metros que los separaban de la arboleda cercana. Al llegar a su linde, Carmen se asombró mucho al encontrarse con esa explosión de verdor en medio del desierto. Él, con una mirada cargada de intenciones, la instó a que se adentraran por un camino hasta que la vegetación creó una especie de muro a su alrededor. Seguro de estar ocultos frente a miradas ajenas, Mourad paró de pronto, tiró de ella hacia su pecho y la abarcó con sus brazos mientras la besaba como llevaba horas deseando hacer. Una vez satisfecho su primer impulso, se separó a regañadientes, le acunó el rostro con sus grandes manos y la miró de aquella manera que a ella la volvía loca.

—¿Y bien? ¿Qué te ha parecido el clan al que te has atrevido a unirte?

—Ahora entiendo de dónde sales tú. Tus padres son unas personas maravillosas...

—Y muy tradicionales —añadió él, recordando con una sonrisa de fastidio que tendrían que dormir separados.

—Sí, eso también —reconoció ella, devolviéndole la sonrisa, sabiendo a qué se refería—. Pero, además, han sabido inculcar en sus hijos la importancia de los sentimientos y de lo primordiales que son el cariño y el amor.

Mourad la besó, pero esta vez la pasión cedió a la ternura.

—Es cierto, nos enseñaron que, cuando la persona adecuada toca a tu puerta, debes abrírsele de par en par, arriesgarte; sólo así podrás ganar —susurró—. Y cuando el temor a equivocarnos nos paraliza... saben empujarnos lo suficientemente fuerte como para dejar atrás los miedos e inseguridades. Ellos lo hicieron conmigo y nunca se lo podré compensar lo suficiente.

—Oh, Mourad, ni yo tampoco. —Se puso de puntillas, se colgó de su cuello y acercó sus labios a los de él—. Siempre les agradeceré que crean tan ciegamente en el amor.

Los besos que siguieron fueron una muestra de la gratitud que sentían por estar juntos... pero también de la pasión que los consumía cuando sus cuerpos se tocaban.

* * *

Pasaron los dos días siguientes con la familia Salek, cosa que para Carmen fue una experiencia inolvidable. Todos ellos se esforzaron en hacerle un hueco en el clan, especialmente los padres de Mourad, que la trataron como a una hija y consiguieron que se sintiera como una más de la familia. Fueron dos días maravillosos, en los que sólo echó de menos poder compartir las noches con su chico. Aun así, impulsados por lo que sentían el uno por el otro, supieron aprovechar cualquier instante en el que lograron estar a solas.

Sin embargo, había llegado la hora de despedirse. Su avión salía esa misma noche y debían pasar por Argel, para recoger el equipaje de Mourad antes de ir al aeropuerto. Fue un momento muy emocionante, plagado de lágrimas, palabras de cariño y deseos de felicidad. No sabían cuándo volverían a Argelia, pero harían lo que pudieran para que la separación fuera lo más breve posible. Todos deseaban con toda su alma que Mourad regresara pronto y que lo hiciera con Carmen, para seguir conociéndola. Por su parte, ella deseaba volver a

reencontrarse con esa gente que la había acogido como una más, devolviéndole la fe en la familia.

—Madre —dijo Mourad, acunado en los brazos amorosos de Nadia—, volveremos muy pronto, se lo prometo.

—Hijo mío, no hay nada que desee más que abrazaros a ti y a mi nueva hija. —Le acarició la cabeza como hacía cuando era niño—. No te preocupes por la distancia, Mourad, el corazón no sabe de eso. Tú estás en el mío y en el de nuestra gente... y ahora Carmen también tiene un hueco en ellos. Allí donde tú estés, estaremos todos siempre contigo, dándote fuerza y apoyo en lo que necesites y disfrutando contigo de tu felicidad. —Le besó el pelo con los ojos cerrados—. Te quiero, hijo, mucho. Todos lo hacemos. —Separándose de él, le dio una palmada en el hombro y añadió—: Y ahora márchate ya o vamos a salir nadando con tantos lloros. Anda, hijo, ve a ser feliz.

Y lo fue; lo fueron; juntos; Carmen y él; siempre..., haciendo frente al ir y venir de su vida en común, peleándose contra todo lo que pusiera en peligro su felicidad, haciendo bueno lo que había dicho Nadia en una ocasión: «No importa dónde te lleve el amor, lo que importa es agarrarlo con fuerza y no soltarlo jamás».

Epílogo

—Karima, ¿le puedes decir a tu cuñada que se tranquilice de una vez? —Nadia meneaba la cabeza mientras miraba a su nuera, que no paraba de moverse de un lado a otro—. Los nervios son malos para el bebé.

Karima, quien, como todos sus hermanos, se había acostumbrado a hacer de intérprete entre la matriarca y la española, le tradujo a esta última la recomendación de su madre. Ella le sonrió como respuesta, pero siguió retorciéndose las manos sin control y mirando a cada instante la puerta del patio sin poder evitarlo.

—Ese niño se va a mover más que una lagartija como su madre siga así de ansiosa —refunfuñó la mujer, sin parar de amasar el contenido de un cuenco—. Anda, hija, dale un par de calabacines para que los trocee, a ver si así deja de martirizarse los dedos.

La joven, obedeciendo a su madre, puso delante de Carmen una bolsa con las hortalizas y le ofreció un cuchillo.

—¿Qué quieres que haga con esto? —inquirió, sorprendida por el ofrecimiento de su cuñada.

—Más vale que te encargues de las verduras si no quieres que mi madre siga protestando y quejándose —le murmuró la muchacha.

—Es que ya deberían estar aquí —replicó Carmen, frunciendo el ceño y agarrando el cuchillo para empezar a menearlo hacia todos lados sin ton ni son.

—El avión puede haberse retrasado, por ejemplo, o pueden haber pinchado una rueda, o... ¡yo que sé!

La pobre Karima intentaba por todos sus medios contentar tanto a su madre como a su cuñada, pero se le estaban acabando los argumentos.

—Mourad sabe las ganas que tengo de que mis amigas y sus familias

conozcan todo esto —farfulló haciendo un puchero.

—¿Qué está diciendo Carmen? —las interrumpió la matriarca del clan.

—Nada, madre, que tiene ganas de ver a sus amigas. —Luego, volviéndose hacia la española, añadió—: Lo sabe Mourad, lo sabe mi madre, lo sé yo, lo sabe *toda* la familia... Yo creo que lo saben hasta los alacranes del desierto.

—Muy graciosa, sí, señor —replicó la abogada; por la manera en la que movía el cuchillo, éste más parecía una batuta que un utensilio de cocina.

—Anda, ocúpate de los calabacines para que tu gente se chupe los dedos esta noche con la cena. Así, de paso, te calmas un poquito y mi madre no sufre tanto por ti.

En ese instante se oyó el motor del viejo Range Rover de Mourad, aquel en el que viajaron juntos por primera vez al conocerse y que usaban siempre que volvían a Argelia. Detrás se oyó el rugido menos cansado de otro coche. Carmen soltó lo que tenía en las manos, sin haber comenzado siquiera a cortar un pedazo de hortaliza, y corrió hacia la puerta sin que su incipiente embarazo le restara un ápice de agilidad. Llegó a la calle dando saltitos, aplaudiendo y lanzando pequeños chillidos, cada uno con el nombre de una de sus amigas. De los vehículos empezaron a salir Dani, Merche y María, seguidas de sus parejas y sus niños; a la última, aparte de Sean, su marido, y su bebé, la acompañaba su inseparable labrador negro, *Dark*.

Las cuatro amigas se abrazaron como si hiciera años que no se veían, cuando en realidad sólo habían pasado un par de meses, desde Navidad, cuando todos se habían reunido en Barcelona, aprovechando la visita navideña de las dos que vivían en otro país.

Un instante después de la cordial y ruidosa bienvenida, aparecieron los padres de Mourad, seguidos de sus hijos y nietos, que saludaron a los recién llegados con la cortesía típica de los argelinos.

Mourad sacó las maletas del todoterreno, las dejó en el suelo y se acercó despacio al grupo hasta colocarse detrás de su mujer y agarrarla por la cintura. Aquella reunión era la conmemoración aplazada de su boda civil, acontecida quince meses atrás. En aquella ocasión, por desgracia, sólo pudieron estar presentes unos pocos conocidos de Carmen y sus amigos Dani y Bruno...

aunque había sido divertido tener al resto de sus chicas y parte de la familia Salek vitoreando a los novios a través de la pantalla del portátil de Bruno.

Pero ésa, la que estaban saboreando en ese momento con todas las personas a las que querían, era la verdadera celebración del episodio más dichoso de sus vidas.

—¿Feliz? —le susurró Mourad al oído.

Ella miró a la multitud que se agrupaba a su alrededor para después mirar a su marido por encima del hombro y encontrarse con sus fascinantes ojos grises.

—Contigo a mi lado... siempre.

Agradecimientos

Escribir una novela es un acto solitario; sin embargo, una vez se ha terminado, hay muchas personas que acompañan al autor hasta que su obra llega a manos de los lectores. A esas personas quiero agradecerles haber formado parte del proceso para que esta historia llegara a vosotros. Empezaré por Esther Escoriza, mi editora, que ha puesto su confianza en mí y que me ha ayudado, con su saber hacer, a que estas páginas adquieran el aspecto con el que os las presento.

Pero no ha sido sólo ella quien ha estado a mi lado durante esta travesía. Sin la inestimable paciencia de mi lectora cero, Mar Álvarez, o del coraje y empuje que me ofrecían mis amigas María, Carmen, Julia, Anna, Gloria, Mayte, Marilo, Núria, Irene y tantas otras, mi camino no habría llegado a su meta.

Gracias también a mis compañeras de pluma, que, con sus comentarios de aliento y sus consejos, me han dado las fuerzas necesarias para seguir adelante cuando el desánimo atenazaba mi mano.

Gracias a esas escritoras a las que admiro, que han sido mi ejemplo y que me han tendido su mano siempre que la he necesitado: Olivia Ardey, Lola P. Nieva, Megan Maxwell, de nuevo Mar Álvarez, Irene Mendoza, D. W. Nichols... y todas aquellas otras que han estado ahí para mí en cada momento.

Gracias a mi familia, sin cuyo respaldo me resultaría imposible seguir adelante.

Cuando empecé a dibujar en mi cabeza las peripecias de estas cuatro amigas, nunca imaginé las alegrías y sorpresas que me regalarían. A ellas, Dani, Merche, María y Carmen, también quiero agradecerles que me hayan acompañado durante este periplo y que me hayan ofrecido tantos y tantos momentos mágicos.

Y, por supuesto, no quiero dejarme en el tintero a la Editorial Planeta, que apostó por mí cuando era prácticamente una desconocida y sin la que toda esta

aventura hubiera sido imposible.

A todas ellas, gracias de todo corazón.

Biografía



Luz Guillén, barcelonesa apasionada por la literatura desde muy joven, ha ido incrementando esa pasión con el paso de los años. Sintió la llamada de la escritura a muy temprana edad, pero ha empezado a compartirla desde hace poco tiempo.

Casada desde 1985, ha inculcado en sus hijos el mismo amor por los libros que siente ella.

Administrativa del ambulatorio de un pueblo de la periferia de Barcelona, donde vive, desarrolla su labor con buen humor, intentando facilitar la vida a todos los que la rodean.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en: <https://www.facebook.com/MaryOdds/?fref=ts>

No importa dónde
Luz Guillén

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Luz Guillén, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019

ISBN: 978-84-08-20954-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

